

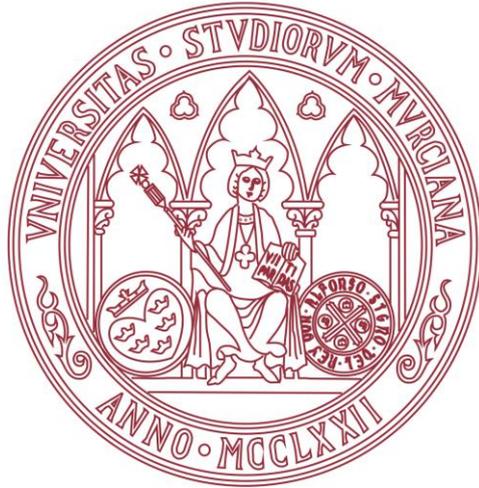


UNIVERSIDAD DE MURCIA

ESCUELA INTERNACIONAL DE DOCTORADO

Bienestar subjetivo y su relación con identidad
de género e inteligencia emocional en personas
adolescentes y adultas

Dña. María Dolores Martínez Marín
2021



UNIVERSIDAD DE MURCIA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Bienestar subjetivo y su relación con identidad de género e inteligencia emocional en personas adolescentes y adultas

Directoras:

Dra. María del Carmen Martínez Martínez

Dra. Consuelo Paterna Bleda

Autora:

D^a. María Dolores Martínez Marín

2021

“Viviendo y aprendiendo”

Antoñina Marín Lucas

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecer a mis directoras de tesis por guiarme y dirigirme en este camino. Gracias Carmen por haberme formado como investigadora y por haberme ayudado a crecer como persona en este camino que iniciamos hace ya unos cuantos años. Probablemente este proyecto no hubiera llegado a su fin si tú no hubieras sido la persona que guio mis pasos en cada momento, que supo esperar y que supo empujarme y motivarme. Eternamente agradecida por tanta profesionalidad y generosidad. Gracias Consuelo por tu importante apoyo, por tu visión crítica, por tu honestidad. Por ser un ejemplo para mí como profesional y por haber estado ahí siempre. A las dos gracias, dos mujeres en las que quiero mirarme y a las que admiro enormemente en muchos aspectos.

Quiero dedicar este trabajo y el valor que para mí tiene a mis dos hijas, Amanda y María Piedad. Gracias por tanto amor recibido. Gracias por sentirnos tan orgullosas de mí. Gracias por abrazar con todo vuestro amor mi parte de madre poco típica. Me habéis hecho crecer como persona y como mujer. Gracias a Juanma compañero de vida, por confiar tanto en mí, por apoyarme incondicionalmente como psicóloga y como investigadora. Desde el principio me animaste en este proyecto, tú lo tuviste claro y siempre supiste que yo era capaz. Con qué orgullo hablas sobre mí. Gracias por tanto amor.

Gracias a mi madre, ejemplo para mí. La mujer más valiente, fuerte y resiliente que conozco. Gracias a mi padre, ejemplo para mí. El hombre más brillante, bueno y justo que conozco. Gracias a los dos por estar siempre a mi lado en todo, en los momentos difíciles y en los felices.

Gracias a mis hermanos, por apoyarme en todo en mi vida, por compartir conmigo, por estar siempre cuando os necesito. Os quiero.

Gracias a mis compañeras de departamento, Carolina Vázquez y Carmen Yago, por ser un apoyo incondicional para mí. Por acompañarme en este camino. Por estar ahí y poder aprender de vosotras.

Gracias a mi amiga Alicia Navarro, mujer valiente, brillante. Que suerte la mía de poder contar contigo. Gracias por acompañarme en este camino y en los que vengan más adelante.

TABLA DE CONTENIDOS

LISTA DE TABLAS

LISTA DE FIGURAS

INTRODUCCIÓN -----	1
CAPÍTULO I. MARCO TEÓRICO -----	5
1.1 Aproximación conceptual al bienestar subjetivo-----	5
1.1.1 Bienestar subjetivo como componente de la calidad de vida -----	5
1.1.2 Modelos explicativos del bienestar subjetivo -----	6
1.1.3 Modelo de bienestar de Diener (1984) -----	8
1.1.4 Determinantes del bienestar subjetivo-----	9
1.1.4.1 Características sociodemográficas -----	11
1.1.4.2 Características psicológicas y psicosociales-----	15
1.1.4.3 Acontecimientos vitales -----	16
1.1.5 Evaluación del bienestar subjetivo-----	16
1.2. Identidad de Género -----	17
1.2.1 Socialización diferencial en la construcción de la identidad de género ---	17
1.2.2 Aproximaciones en el estudio de la identidad de género -----	20
1.2.3 Modelo de masculinidad y feminidad basado en el enfoque de rasgos de personalidad -----	21

1.2.4 Evaluación de la identidad de género. Conceptualización en términos positivos y negativos -----	23
1.3. Inteligencia emocional -----	25
1.3.1 Conceptualización de la inteligencia emocional. Modelos teóricos -----	25
1.3.2 Modelo de habilidades de Salovey y Mayer (1997)-----	26
1.3.3 Medidas de evaluación de la inteligencia emocional desde el modelo de Mayer y Salovey (1997) -----	28
1.3.4 Inteligencia emocional y variables sociodemográficas y psicosociales ---	30
1.3.4.1 Inteligencia emocional en función de la edad-----	30
1.3.4.2 Inteligencia emocional y género -----	31
1.4. Relación entre variables -----	33
1.4.1 Bienestar subjetivo e identidad de género -----	33
1.4.2 Bienestar subjetivo e inteligencia emocional-----	35
1.4.3 Identidad de género e inteligencia emocional -----	36
CAPÍTULO II: OBJETIVOS-----	39
CAPÍTULO III: MÉTODO-----	43
3.1. Participantes -----	43
3.2 Instrumentos-----	44
3.3 Análisis de datos-----	48
CAPÍTULO IV: RESULTADOS-----	51
CAPÍTULO V: PUBLICACIONES-----	57
5.1 Lista de publicaciones -----	57

5.1.1	Publicación 1-----	59
5.1.2	Publicación 2-----	60
5.1.3	Publicación 3-----	61
CAPÍTULO VI: CONCLUSIONES -----		63
RESUMEN GLOBAL-----		75
REFERENCIAS-----		81
ANEXOS-----		105
Anexo 1.	Escala de Satisfacción Vital (SWLS; Atienza, Balaguer y García-Mérita, 2000).-----	106
Anexo 2.	Escala de afecto positivo y negativo para niños/as y adolescentes (PANASN; Sandín, 2003) -----	107
Anexo 3.	Identidad de género en adolescentes. Versión original (GRI-JUG; Krahe, Berger y Möller, 2007) -----	108
Anexo 4.	Identidad de género en adolescentes. Versión española (GRI-JUG-SP15; Martínez-Marín y Martínez, 2019a)-----	109
Anexo 5.	Identidad de género en adultos. Versión original. (PN-SRI; Berger y Krahe, 2013) -----	110
Anexo 6.	Identidad de género en adultos. Versión española ((PN-SRI-SP15; Martínez-Marín, Martínez y Paterna, 2020)-----	111
Anexo 7.	Valencia, tipicidad y deseabilidad de los atributos de identidad de género en adolescentes para chicos y para chicas -----	112
Anexo 8.	Inteligencia emocional. (TMMS-24; Fernández-Berrocal, Extremera y Ramos, 2004). -----	116

LISTA DE TABLAS

Tabla 1. Determinantes del bienestar subjetivo.

Tabla 2. Media y desviación típica para los atributos masculinos del GRI-JUG en deseabilidad y tipicidad por género.

Tabla 3. Media y desviación típica para los atributos femeninos del GRI-JUG en deseabilidad y tipicidad por género.

Tabla 4. Pattern matrix. Cargas estandarizadas del análisis factorial exploratorio.

Tabla 5. Estadísticos descriptivos y diferencias por género del GRI-JUG-SP15 en autoatribuciones.

Tabla 6. Estadísticos descriptivos para la muestra total y por género en adolescentes y correlación entre las variables.

Tabla 7. Efectos indirectos de los atributos típicos de género en las dimensiones del bienestar subjetivo a través de las dimensiones de la inteligencia emocional.

Tabla 8. Comparación entre modelos de mediación a través del índice de mediación.

Tabla 9. Estadísticos descriptivos y cargas estandarizadas del análisis factorial exploratorio.

Tabla 10. Índices de bondad de ajuste de los modelos propuestos.

Tabla 11. Estadísticos de ajuste del modelo para el análisis factorial confirmatorio a través del género del modelo de 4 factores relacionados del PN-SRI-SP20.

Tabla 12. Estadísticos descriptivos y diferencias por género del PN-SRI-SP20.

Tabla 13. Correlaciones entre autoconcepto de género, género e inteligencia emocional por grupos de edad. Estadísticos descriptivos por grupos de edad.

Tabla 14. Regresión múltiple por pasos en función del grupo de edad.

LISTA DE FIGURAS

- Figura 1. Conceptualización del autoconcepto de género basado en los atributos típicos de género en adolescentes.
- Figura 2. Análisis factorial del GRI-JUG-SP15 de acuerdo al modelo de 4 factores de primer orden.
- Figura 3. Modelo de mediación múltiple de las dimensiones de la inteligencia emocional como mediadoras de la relación entre los atributos típicos de género y las dimensiones del bienestar subjetivo.
- Figura 4. Modelo de mediación múltiple paralelo de los atributos típicos de género y satisfacción con la vida. Coeficientes de regresión no estandarizados para Mas+ fuera del paréntesis o corchete, Fem+ dentro del paréntesis y Neg dentro del corchete.
- Figura 5. Modelo de mediación múltiple paralelo de los atributos típicos de género y afecto positivo. Coeficientes de regresión no estandarizados para Mas+ fuera del paréntesis o corchete, Fem+ dentro del paréntesis y Neg dentro del corchete.
- Figura 6. Modelo de mediación múltiple paralelo de los atributos típicos de género y afecto negativo. Coeficientes de regresión no estandarizados para Mas+ fuera del paréntesis o corchete, Fem+ dentro del paréntesis y Neg dentro del corchete.
- Figura 7. Análisis factorial confirmatorio del PN-SRI de acuerdo al modelo de cuatro factores de primer orden.

INTRODUCCIÓN

Esta tesis doctoral se inició con el objetivo de ampliar el conocimiento sobre el bienestar subjetivo en adolescentes y personas adultas. En este sentido, nos planteamos arrojar algo de luz sobre las variables que puedan estar implicadas en el bienestar, el tipo de relación que se establece y los determinantes influyentes. Para ello, se plantea analizar y valorar la relevancia de la identidad de género y la inteligencia emocional en el bienestar subjetivo de adolescentes y adultos.

El bienestar es un importante factor en nuestra salud. El informe europeo del *World Health Organization* (WHO, 2020) sobre las estrategias para el siglo XXI, ha identificado la salud como un recurso social importante y activo, mostrando el bienestar como un factor esencial para el desarrollo económico y social. Considera la necesidad de detallar y trabajar en estrategias e intervenciones diseñadas para mejorar la salud y el bienestar. Además, indica que el estudio de la salud requiere de una estrategia de ciclo vital eficaz para que, con ello, desde cada una de las etapas vitales, se puedan generar beneficios individuales, sociales y económicos. El interés desde la literatura científica por el estudio del comportamiento social en relación con el bienestar y las variables intervinientes proporciona evidencias que respaldan el desarrollo de programas e intervenciones que favorecen el desarrollo comunitario.

A pesar de la importancia otorgada al bienestar, la actualidad de la cuestión en el desarrollo social y de tratarse de un constructo ampliamente estudiado, todavía pueden identificarse lagunas relacionadas con su conceptualización. En esta tesis nos centramos en la línea de investigación que enfatiza el análisis de la relación con otras variables implicadas, lo que puede fomentar la salud individual y comunitaria.

La edad y el género han sido identificados como variables sociodemográficas determinantes en el estudio del bienestar subjetivo. Se ha constatado que en relación con este constructo se experimentan cambios conforme avanza la edad, sin embargo, parece que existen resultados contradictorios en cuanto a su patrón de evolución. Con relación al género, la investigación ha apoyado la existencia de diferencias en bienestar en función del género tanto en adultos como en adolescentes. El informe de la Comisión

Europea (2015) indicaba que las mujeres informan de una mayor satisfacción con la vida que los hombres. Sin embargo, a pesar de esto, ellas están más expuestas a la depresión y tienen menores puntuaciones en bienestar emocional que ellos. Este aspecto podría indicar que quizá otras variables relacionadas con el género y construidas culturalmente podrían explicar estos resultados relativos al bienestar. Así, consideramos que la identidad de género, entendida como la parte del *self* que contiene las adscripciones relativamente estables que las personas hacen de sí mismas en relación con los atributos diferencialmente asociados a masculinidad y feminidad en una cultura determinada (Berger y Krahe, 2013), podrían explicar los resultados encontrados en función del género.

En el análisis de las posibles variables intervinientes en el modelo de bienestar, una vertiente se ha centrado en su relación con la identidad de género (p.e. Pauletti et al., 2017; Yunger et al., 2004). Sin embargo, los resultados no han sido conclusivos en cuanto al modelo de identidad de género principalmente relacionado con el bienestar. La cultura es el marco de construcción de la masculinidad y feminidad, donde a través del proceso de socialización diferencial se desarrollan los mandatos de género, que indican los modelos normativos sobre lo que debe ser una mujer y un hombre. Esto puede dar lugar a diferencias en la relación entre el bienestar y los modelos de identidad de género. Así, se han postulado diferentes hipótesis que basan su justificación en la autoatribución de atributos masculinos, femeninos, andróginos o en la congruencia de identidad de género de las personas y su género.

En el estudio de la masculinidad y feminidad sigue vigente el modelo de androginia de Bem (1974), que considera este constructo como bidimensional, con el continuo masculino-no masculino y el continuo femenino-no femenino. Definiendo la persona andrógina como aquella que se atribuye simultáneamente características femeninas y masculinas, siendo de esta manera definida como autónoma y flexible, ya que tiene mayor rango de comportamientos.

Para medir este constructo, esta autora elaboró el cuestionario *Bem Sex Roles Inventory* (BSRI) el cual ha sido ampliamente utilizado. Sin embargo, son numerosas las críticas que ha recibido. Por ejemplo, debido a su carácter social dinámico, puede que no recoja los cambios que han ocurrido en la situación social de mujeres y hombres desde que fue elaborado el cuestionario hasta la actualidad (Fernández y Quiroga, 2007; García-Mina, 2004; Martínez-Benlloch y Bonilla, 2000; Moya et al., 2001; Vergara y Páez, 1993). Por otro lado, se ha identificado como debilidad del instrumento que ésta

basado principalmente en términos positivos. Sin embargo, se ha propuesto que para abordar el constructo en toda su complejidad sería lógico y necesario integrar además los aspectos negativos en la evaluación de la identidad de género (Berger y Krahé, 2013). En este sentido, hoy día se identifica como laguna de investigación la evaluación de la identidad de género en adultos y adolescentes.

Otra línea de investigación muy prolífica ha abordado la relación entre el bienestar subjetivo y la inteligencia emocional (Fernández-Berrocal y Extremera, 2008; Kong y Zhao, 2013). De manera general, se ha encontrado que las personas con habilidades emocionales experimentan menos emociones negativas y más emociones positivas, es decir, la habilidad emocional se relaciona positivamente con el balance afectivo del bienestar (Zeidner et al., 2012). El estudio de la inteligencia emocional se ha abordado desde la perspectiva de las diferencias entre mujeres y hombres. Aunque bien es cierto que principalmente se ha hallado que las mujeres muestran mejores resultados (Extremera, et al., 2006; Fernández-Berrocal et al., 2012; Mayer et al., 2000; Petrides y Fumham, 2000), un análisis más detallado nos muestra que la investigación no parece ser concluyente, ya que se han hallado resultados contradictorios (Brackkett y Salovey, 2006). Otra visión diferente a la perspectiva de las diferencias de género podría ser la que abordara el estudio desde la identidad de género. Culturalmente se ha establecido que la feminidad está asociada con la capacidad de experimentar, expresar, empatizar y comunicar emociones a los demás, mientras que en el caso de la masculinidad se asocia con la capacidad de reprimir y controlar las propias emociones (Fischer, 2000). Existe poca investigación acerca de la relación entre la identidad de género y la inteligencia emocional, a pesar de que ésta incluye en su definición competencias emocionales supuestamente vinculadas con los roles de género y que desde la socialización diferencial, se han abordado los procesos emocionales y la adecuación o no de la expresión de determinadas emociones a los constructos de masculinidad y feminidad.

Por todo lo anterior, se estableció como objetivo analizar y valorar la relevancia de la identidad de género y la inteligencia emocional en el bienestar subjetivo de adolescentes y adultos. Para ello este documento se organiza de la siguiente forma: El Capítulo 1 es una sección general relativa al marco teórico que muestra una revisión de la literatura científica, con el fin de apoyar y justificar el diseño de la presente

investigación. Está dividida en 4 secciones, una sección para cada una de las 3 variables de este estudio, bienestar subjetivo, identidad de género e inteligencia emocional, y una última sección que recoge la investigación relativa a la relación entre dichas variables. El capítulo 2 enumera el objetivo general y los objetivos específicos planteados para intentar dar respuesta a las preguntas de investigación. Además, se relacionan los objetivos con los artículos que conforman esta tesis doctoral por compendio. El capítulo 3 contiene la metodología que se utilizó en los diferentes estudios que componen esta tesis doctoral. Así, se describen las muestras utilizadas en las diferentes investigaciones, los instrumentos utilizados y el análisis de datos. Posteriormente, en el Capítulo 4, se presenta un breve resumen de los principales resultados y en el Capítulo 5 se adjuntan los estudios publicados, así como la información relativa a las revistas de investigación en las que han sido publicados los artículos. Finalmente, el Capítulo 6 recoge las conclusiones de este trabajo y las pone en relación con los objetivos mencionados. Por último, se realiza un resumen global de los objetivos y de las conclusiones finales, en las que se unifican los resultados parciales presentados en cada uno de los trabajos de la presente Tesis Doctoral por compendio.

Lista de publicaciones incluidas:

- Martínez-Marín, M. D., y Martínez, C. (2019a). Negative and positive attributes of gender stereotypes and gender stereotypes and gender self-attributions: A study with Spanish adolescents. *Child Indicators Research*, 12(3), 1043-1063. <https://doi.org/10.1007/s12187-018-9569-9>.
- Martínez-Marín, M. D., y Martínez, C. (2019b). Subjective well-being and gender typed attributes in adolescents: The relevance of emotional intelligence. *Australian Journal of Psychology*, 71(3), 296-304. <https://doi.org/10.1111/ajpy.12247>.
- Martínez-Marín, M.D., Martínez, C., y Paterna, C. (2020). Gendered self-concept and gender as predictors of emotional intelligence: A comparison through of age. *Current Psychology*. Publicación online. <https://doi.org/10.1007/s12144-020-00904-z>.

CAPÍTULO I. MARCO TEÓRICO

1.1 APROXIMACIÓN CONCEPTUAL AL BIENESTAR SUBJETIVO.

Históricamente la Psicología ha estado interesada en las carencias humanas, en aspectos patológicos y en su posible reparación (Weenhoven, 1991), en definitiva, en lo relacionado con el malestar de las personas. Sin embargo, la salud mental en los últimos tiempos ha cambiado desde el enfoque de la ausencia de enfermedad hacia la promoción del bienestar (Keyes, 2006). De tal manera que en las últimas décadas el estudio del bienestar se ha convertido en un área de especial interés para la investigación y su aplicación en los diferentes campos biopsicosociales.

1.1.1 Bienestar subjetivo como componente de la calidad de vida.

La calidad de vida atiende a la valoración que hacen las personas sobre su propia existencia y las condiciones en las que viven en función del nivel de satisfacción que alcanzan en los dominios de su vida (Cummins y Cahill, 2000). Se entiende por tanto como un concepto multidimensional, ya que además de sus componentes objetivos, incorpora medidas psicosociales de la realidad, consideradas subjetivas, tales como percepciones, evaluaciones, aspiraciones y expectativas relacionadas con las condiciones de vida y que pueden incluir la medición de aspectos como los sentimientos de felicidad y satisfacción (Casas, 1991) de las personas y de los colectivos sociales (Ayuste et al, 2001). De hecho, el bienestar subjetivo ha sido entendido como un indicador de la calidad de vida (Campbell et al., 1976; García-Viniegras y González, 2000; Liberalesso, 2002). Conocer aspectos relacionados con la percepción de las personas sobre lo que es, lo que tiene, sus aspiraciones al lo largo del proceso vital, es información que se debe tener en cuenta para valorar la calidad de vida de las personas, los grupos y los colectivos. Por lo tanto, el bienestar subjetivo permite dar cuenta de la

evaluación global que la persona hace de su calidad de vida ante sus circunstancias vitales (Seligson et al., 2003).

El enfoque cuantitativo de este constructo aporta indicadores sociales (condiciones externas relacionadas con el entorno, como la salud, la educación, el ocio etc.), psicológicos (reacciones subjetivas de las personas a determinadas experiencias vitales) y ecológicos (ajuste entre los recursos del sujeto y las demandas del ambiente) (Olmedo-Alguacil, 2011).

Desde esta perspectiva este trabajo aborda de manera cuantitativa la faceta subjetiva de la calidad de vida, es decir el bienestar subjetivo.

1.1.2 Modelos explicativos del bienestar subjetivo.

La literatura científica ha planteado diferentes modelos explicativos del bienestar subjetivo. Cabe destacar que se ha generado cierto debate, y de alguna manera confusión, debido al uso indistinto de conceptos diferentes, aunque relacionados o afines, como son felicidad, satisfacción vital o bienestar.

A continuación, se recogen las principales teorías que abordan el bienestar subjetivo. El análisis de las mismas nos indica que podemos diferenciar dos grandes grupos. Por un lado, identificamos el grupo que incluye una perspectiva dicotómica, en el cual se encuadran modelos entre los que encontramos las teorías finalistas vs teorías de actividad, placer vs dolor y *bottom-up* vs *top-down*. Estos modelos entienden el bienestar contraponiendo dos visiones o posturas opuestas. Por otro lado, en el grupo que incluye la perspectiva cognitiva, se destacan las teorías asociacionistas y las del juicio. En este caso la explicación del bienestar está centrado en procesos internos y en la comparación de diferentes estándares.

Perspectiva dicotómica

- Las teorías finalistas o teleológicas, defienden que el bienestar se consigue cuando se logra un estado o situación perseguido, que resulta ser un objetivo o aspiración, es decir cuando la necesidad es alcanzada. La teoría de Maslow (1943) con sus jerarquías de necesidades se encuadra en esta perspectiva. Sin embargo, las teorías

de la actividad, afirman que está en la actividad humana en sí y no en la satisfacción de necesidades o logros de metas finales.

- Las teorías del placer vs dolor entienden que se produce dolor cuando existe necesidad o carencia y placer cuando se satisfacen. Por ello, en los casos en los que existe mayor privación o infelicidad, alcanzar la meta u objetivo produce una mayor satisfacción, mientras que en las personas que tienen satisfechos sus deseos y metas desaparece la acción placentera de satisfacer necesidades.

- Los modelos *bottom-up* o situacionales asignan el origen del bienestar a factores externos y son los acontecimientos placenteros la causa del bienestar, de tal modo que la satisfacción de las personas se debe a la suma de momentos agradables en la vida (Diener et al., 1991). Por el contrario, los modelos *top-down* suponen que el bienestar es una disposición general de la personalidad y le otorgan la característica de estabilidad. Bajo esta perspectiva la felicidad es el producto de factores internos, que determinan cómo la persona percibe sus circunstancias vitales y el modo en que esos factores afectan a la valoración que realiza sobre su bienestar.

Diener (1994) defiende la tesis de la certeza parcial de ambas teorías, considerando que en la percepción subjetiva está implicada la reacción a los acontecimientos vitales (procesos *top-down*), así como las circunstancias vitales o eventos placenteros (procesos *bottom-up*).

Perspectiva cognitiva

- Las teorías asociacionistas tienen como objetivo la explicación de la predisposición de las personas a la felicidad teniendo en cuenta los siguientes principios: a) memoria, redes fuertes en asociaciones positivas y más restringidas de asociaciones negativas (Bower, 1981), b) cognitivos, atribución interna y estable de los sucesos positivos (Schwarz y Clore, 1983) y c) condicionamiento afectivo, experiencias afectivas muy positivas asociadas a una gran cantidad de estímulos frecuentes diarios (Zajonc, 1980).

- Las teorías de juicio o valorativas consideran que el bienestar resulta de comparar unas situaciones estándar con las condiciones reales. Pueden clasificarse en función del estándar que se utilice. Entre las más importantes se destacan las siguientes:

1. *La comparación social* (Festinger, 1954). Las personas se comparan con otras tomadas como estándar.
2. *La perspectiva de la adaptación* (Brickman et al., 1978). Bajo este enfoque el estándar es la vida anterior.
3. *La perspectiva de alcance-frecuencia* (Parducci, 1968). Las personas juzgan los nuevos acontecimientos en función de su experiencia previa y la frecuencia de ocurrencia.
4. *El enfoque del nivel de aspiración* (Carp y Carp, 1982). El bienestar depende de la proporción entre los deseos realizados y la totalidad de lo deseado.
5. *Teoría de las Discrepancias Múltiples* (Michalos, 1985). Valoración en función de la discrepancia entre las condiciones actuales y los estándares, entre el logro y las metas.

1.1.3 Modelo de bienestar de Diener (1984).

El constructo de bienestar subjetivo comenzó siendo estudiado desde la Filosofía y ha sido definido de diferentes maneras (Pavot y Diener, 2013). Pero sin duda el modelo que ha obtenido mayor apoyo desde la comunidad investigadora es el de Diener (1984).

El bienestar subjetivo ha sido definido como:

Las evaluaciones cognitivas y afectivas que una persona hace en torno a su vida. Estas evaluaciones incluyen tanto reacciones emocionales a acontecimientos, como juicios sobre satisfacción y logro. Este es un concepto amplio que incluye la experiencia de emociones agradables, bajo nivel de emociones negativas y alto nivel de satisfacción con la vida (Diener, 2000, p. 34).

El bienestar subjetivo consistiría en la experimentación frecuente de afecto positivo y poco frecuente de afecto negativo, unido a una alta satisfacción vital (Diener et al., 1985b). Esta definición es igualmente aplicable a adultos y adolescentes (Ben-Arieh et al., 2014).

Como características distintivas del bienestar subjetivo se han identificado, la subjetividad, ya que se basa en la propia experiencia de la persona; la dimensión global, por la valoración o juicio de todos los aspectos de su vida; y las medidas positivas, ya

que se tiene en cuenta tanto los factores negativos como los positivos (Diener, 1994; Casas, 1999).

En el modelo de Diener (1984) se distinguen dos componentes básicos: el cognitivo (satisfacción con la vida) y el afectivo. Ambos, conformarían sistemas diferentes, de tal modo que cabe la posibilidad de estar satisfecho/a con la trayectoria vital propia y al mismo tiempo, experimentar sensaciones inmediatas poco agradables (Diener, 2009).

El componente cognitivo es un compendio de toda la vida y recoge la discrepancia entre aspiraciones y logros. Se refiere entonces a un amplio rango de evaluación en un continuo que va desde la realización personal hasta la experiencia vital de fracaso o frustración (García, 2002). Una característica que identifica el componente cognitivo, y lo diferencia del afectivo, es que la satisfacción con la vida global está menos influenciada por los estados de ánimo y no cambia con rapidez en relación con los eventos de la vida (Diener et al., 1999).

En relación con el componente afectivo, y desde un plano hedónico, el bienestar podría considerarse en términos de afecto positivo y negativo. El afecto se entiende como las experiencias anímicas y emociones que experimentamos que nos informan sobre la marcha de nuestra vida. El polo positivo o negativo que conferimos al afecto tiene que ver con el tono hedónico (placentero o displacentero) de la experiencia y no tanto con el valor funcional que puedan tener (Vázquez y Hervás, 2009). El afecto positivo incluye estados de ánimo y emociones con contenido subjetivo agradable (por ejemplo, entusiasmo, interés, energía y alegría y alerta). Por su parte, en el afecto negativo el contenido subjetivo es desagradable (por ejemplo, ansiedad, ira, preocupación, tristeza, culpa, envidia y celos), sin embargo, a pesar de que una desproporcionada intensidad o duración o la elevada frecuencia pueden ser contrarias al bienestar (Vázquez et al., 2009), debe tenerse en cuenta la función adaptativa del afecto negativo.

1.1.4 Determinantes del bienestar subjetivo.

Los estudios que abordan los factores determinantes o variables que influyen en el bienestar subjetivo son numerosos. Además, existen diferentes clasificaciones en función del enfoque que determine los estudios, el grado de complejidad y su carácter

más o menos exhaustivo. En la Tabla 1 se recogen diferentes clasificaciones de los determinantes del bienestar subjetivo.

Tabla 1

Determinantes del bienestar subjetivo

Diener (1984, 2000)	<ul style="list-style-type: none"> -Variables sociodemográficas (género, edad, raza, empleo, religión, educación e ingreso) -Conductas y sus consecuencias (contacto social, eventos sociales, actividades cotidianas) -Influencias biológicas (relacionadas con salud física)
García (2002)	<ul style="list-style-type: none"> -Variables sociodemográficas -Características individuales -Variables comportamentales -Acontecimientos vitales -Salud
Lyubomirsky et al., (2005)	<ul style="list-style-type: none"> -Variables genéticas -Circunstancias vitales -Derivadas de actividades relevantes
Omar et al. (2009)	<ul style="list-style-type: none"> -Aspectos cognitivos, emocionales y comportamentales -Características individuales -Factores medio ambientales (edad, género y cultura)

Fuente: Elaboración propia

Teniendo en cuenta la diversidad de factores que pueden influir en el bienestar subjetivo, proponemos una clasificación que, sin ser exhaustiva, pretende abarcar las variables vinculadas al bienestar subjetivo que pueden ser más determinantes. La clasificación atiende a tres dimensiones: variables sociodemográficas (género, edad,

nivel educativo, nivel de ingresos y estado civil), características individuales y acontecimientos vitales.

1.1.4.1 Características sociodemográficas.

El papel que juegan en el bienestar subjetivo determinadas características sociodemográficas tales como, edad, género, nivel educativo, nivel de ingresos o estado civil, ha sido muy discutido. En este sentido, algunas investigaciones han indicado que los factores sociodemográficos tienen un efecto pequeño sobre las dimensiones del bienestar subjetivo (Argyle, 2001; González-Villalobos y Marrero, 2017). En esta misma línea, otros autores afirman que las variables sociodemográficas no son buenas predictoras de la satisfacción vital (Lyubomirsky, 2007). A pesar de ello, la investigación que ha tenido en cuenta la importancia de las variables sociodemográficas ha sido abundante, y ha hallado resultados determinantes en el avance científico. A continuación, se recogen algunas de las evidencias más relevantes en relación con cada una de las variables sociodemográficas.

Género

El género ha sido una de las variables por excelencia en el estudio del bienestar subjetivo. La investigación en general ha apoyado la existencia de diferencias en función de género tanto en adultos como en adolescentes. En el caso de las personas adultas, la imagen general que emerge según el informe de la Comisión Europea (2015) es que las mujeres informan de una mayor satisfacción con la vida que los hombres. Sin embargo, a pesar de esto, ellas están más expuestas a la depresión y tienen menores puntuaciones en bienestar emocional que ellos. Este hecho se da en todos los países del mundo, especialmente en aquellos que tienen ingresos más altos. Estudios transculturales han mostrado que las mujeres experimentan más emociones negativas que los hombres (Lucas y Gohm, 2000) y obtienen mayor puntuación en afecto negativo, depresión y peor en salud subjetiva (Nydegger, 2004). Cabe destacar que esta brecha de género varía a lo largo de la vida. Concretamente, las mujeres informan que son menos felices que los hombres antes de los 18 años, desde la mayoría de edad y hasta los cincuenta son más felices, y a partir de entonces vuelven a ser menos felices

(Senik, 2015). En la comparación por etapas evolutivas se ha encontrado que las mujeres jóvenes informan de una mayor satisfacción que los hombres jóvenes; mientras que en las mujeres mayores se observa el patrón contrario, es decir, ellas se describen con una menor satisfacción (Shmotkin, 1990).

Atendiendo a las diferentes áreas o dominios que reportan bienestar a mujeres y hombres, se ha encontrado que ellos informan de una mayor satisfacción en aquellos dominios orientados a lo exterior o relacionados con la vida pública, como son las áreas de los amigos y el ocio, de lo personal y de lo económico (Vera-Noriega, 2001). Por el contrario, las mujeres hallan mayor satisfacción en áreas relacionadas con lo privado y el cuidado de los demás, en este ámbito están los dominios de familia extensa y amistades, y además mostraron menor satisfacción en el dominio económico (Rojas y Elizondo-Lara, 2012).

Pese a lo anterior, otra línea de investigación afirma que son mayores las similitudes que las diferencias entre los géneros (Hyde, 2005). Sandín et al. (1999) encontraron diferencias significativas únicamente en el afecto negativo, siendo las puntuaciones de las mujeres más altas. Esta corriente afirma que el análisis de las diferencias de género muestra escasas o nulas diferencias en los índices de bienestar personal (García, 2002; Robles y Páez, 2003).

Edad

Se ha constatado que el bienestar experimenta cambios conforme avanza la edad. Sin embargo, parece que existen resultados contradictorios en cuanto a su patrón de evolución. En relación al periodo de adolescencia se ha encontrado un decremento progresivo de los niveles de bienestar subjetivo desde la adolescencia temprana a la tardía (Casas et al., 2012; Goldbeck et al., 2007). Si bien es cierto que se han realizado menos estudios con esta población (González-Carrasco et al., 2017). Por un lado, se ha identificado un perfil en forma de U desde la juventud hasta la etapa adulta, y a partir de los 60 un decremento del bienestar (Wunder et al., 2013). Por el contrario, otros estudios han encontrado que los adultos mayores son más felices con la edad (Bruine de Bruin et al., 2016; Kunzman et al., 2000). Incluso se ha constatado que las personas mayores informan de menor afecto negativo y mayor afecto positivo que los más jóvenes (Hernangómez et al., 2008).

De manera más específica, en el análisis de la evolución del bienestar en función de la edad, se han detectado diferencias en el componente afectivo, concretamente a mayor edad disminuye la intensidad de las emociones positivas (Diener y Suh, 1998; Lucas y Gohm, 2000) y aumenta el control emocional (Gross et al., 1997). El afecto negativo tiene valores más alto en la adolescencia tardía y a partir de esa etapa decrece con la edad hasta al menos la mitad de la vida adulta (Carr, 2004).

En cuanto al componente cognitivo, parece ser que al referirse a la valoración que realiza la persona de toda su trayectoria de vida, los adultos mayores pueden realizar dicha valoración de forma más compleja y elaborada que las personas más jóvenes (Blanch et al., 2010). Así, el mantenimiento de la satisfacción con la vida, a lo largo de los años, puede explicarse por la capacidad de adaptación a las circunstancias de las personas, ya que reajustan sus objetivos y metas a sus posibilidades en cada edad (Diener y Suh, 1998). En este mismo sentido, Kunzman et al. (2000) informan precisamente de la estabilidad del bienestar subjetivo a lo largo de los años, aunque cabe destacar que las afectaciones físicas, que por norma general van aumentando conforme avanza la edad, pueden alterar el bienestar.

Estado civil

Tener pareja es una característica sociodemográfica que ha mostrado estar asociada al bienestar (González-Villalobos y Marrero, 2017). En relación al efecto del matrimonio, Miao et al., (2013) afirman que las personas con altos niveles de bienestar subjetivo previo conservan su matrimonio más exitosamente. Además, afirman que el apoyo social y material que éste proporciona conduce a un mayor bienestar subjetivo. Lee et al. (2001) muestran en relación con la viudedad, un efecto negativo más fuerte en los hombres que en las mujeres. Sin embargo, otros estudios no han confirmado esta asociación positiva. Por ejemplo, Vanassche et al. (2013) afirman que en los países donde existía una mayor aceptación de familias alternativas no se encontraron diferencias en bienestar entre mujeres casadas frente a las que cohabitan con sus parejas. Este resultado parece relacionar la dimensión cultural con el grado de bienestar informado. Así, el efecto del matrimonio en función del tipo de cultura ha sido objeto de estudio. Diener et al. (2000) encontraron diferencias entre las culturas colectivistas e individualistas, siendo el efecto del matrimonio en la satisfacción, mayor en las

colectivistas. Sin embargo, en ambos tipos de cultura las personas casadas mostraron más emociones positivas y menos negativas.

Nivel educativo

El nivel educativo también se relaciona con el bienestar subjetivo (Helliwell, 2003; Witter et al., 1984). La educación podría tener un efecto indirecto en el bienestar, ya que a través de ella cabe la posibilidad de alcanzar metas personales y de una mayor adaptación a los cambios vitales. En este sentido, las personas con mayor nivel educativo manifiestan un mayor estrés cuando pierden su empleo, probablemente relacionado con sus expectativas más altas (García, 2002). Cuñado y Pérez de Gracia (2012) explican la relación entre nivel educativo y bienestar a través de la posibilidad de la probabilidad de conseguir empleo. Concretamente encontraron que las personas con un nivel de educación superior tienen niveles de ingresos más altos y una mayor probabilidad de estar empleados, por lo tanto, informan de niveles más altos de bienestar. Se ha estudiado que la inclusión de recursos individuales como educación e ingresos reduce el tamaño de las diferencias de género en bienestar subjetivo (Tesch-Römer et al., 2008).

Nivel económico

Respecto a la relación entre ingresos y bienestar subjetivo, Brdar et al. (2009) afirman que las sociedades más pobres o en transición asocian el dinero al bienestar ya que proporciona la oportunidad de crecimiento personal. En este mismo sentido, Diener (1994) afirmó que son los niveles de pobreza extrema, el status y el poder los que tienen efectos relevantes sobre el bienestar. Para él, la comparación social que realiza la persona sería la base del efecto del nivel económico. Sin embargo, otros estudios abogan por la poca importancia del dinero en el bienestar (Biswas-Diener et al., 2004). De hecho, en los países llamados desarrollados solo a corto plazo existe relación entre el dinero y la felicidad (Easterlin et al., 2010).

1.1.4.2 Características psicológicas y psicosociales.

Personalidad

La personalidad ha sido identificada como un indicador fuerte y consistente del bienestar subjetivo en diferentes estudios (Cabrera-Darias y Marrero-Quevedo, 2015; Diener et al., 2003). Incluso algunos autores han destacado la mayor relación del bienestar con características individuales que con variables sociodemográficas (DeNeve, Cooper, 1998).

Desde el Modelo Big Five (Costa y McCrae, 1992), se ha encontrado que los rasgos de personalidad extraversión y neuroticismo, poseen una mayor vinculación con el bienestar (DeNeve y Cooper, 1998; García, 2002; Miao et al., 2013; Pavot y Diener, 2013). El neuroticismo es el predictor más potente de la satisfacción vital y el afecto negativo; mientras que el afecto positivo es pronosticado por las dimensiones extraversión y cordialidad (DeNeve y Cooper, 1998).

Autoestima

La autoestima parece ser un predictor importante del bienestar, ya que repercute en la salud física y en la satisfacción con las relaciones y con el trabajo (Orth et al., 2012; Rodríguez-Fernández et al., 2016). En este mismo sentido en el meta-análisis llevado a cabo por Lyubomirsky et al. (2005) parece que la gente feliz se caracteriza por su alto nivel de competencia personal y autoestima (Scheufele y Shah, 2000; Schimmack et al., 2004). En esta misma línea, el autoconcepto, como variable relacionada con la autoestima, explica un 46% de la satisfacción con la vida (Goñi, et al., 2015).

La relevancia del modelo cultural parece que también se muestra en la autoestima, concretamente estudios transculturales afirman que la autoestima tiene una mayor correlación con la felicidad en sociedades individualistas que en las colectivistas, donde las características individuales no son tan relevantes (García, 2002).

Variables psicosociales

Las expectativas y metas, la participación social, y la capacidad de afrontamiento son algunas de las variables psicosociales que pueden ser consideradas como determinantes del bienestar.

En relación a las expectativas y metas se considera que los niveles de aspiraciones están relacionados con el bienestar subjetivo (Emmons, 1992). Concretamente éstas deben ser coherentes con los recursos personales (Diener y Fujita, 1995), además, alcanzar aspiraciones intrínsecas está relacionado positivamente con el bienestar subjetivo (Kasser y Ryan, 1993). Según Diener et al. (1999) el tipo de metas personales que uno tiene, su estructura, el éxito con el que cada cual afronta la lucha por alcanzarlas y el grado de progresión hacia esas metas pueden afectar potencialmente a las emociones individuales y la satisfacción con la vida.

Son numerosos los estudios que han constatado que las redes y el apoyo social, los contactos sociales y sobre todo que la persona perciba como buena y satisfactoria su red de apoyo influyen en el bienestar (Barron, 1996; Marrero y Carballerira, 2010).

El estilo de afrontamiento que la persona adopta tiene una relación directa con el bienestar, ya que dicha capacidad ha sido identificada por Diener et al. (1999) como uno de los indicadores determinantes en el bienestar.

1.1.4.3 Acontecimientos vitales.

Algunos autores consideran que las circunstancias y acontecimientos vitales son variables determinantes en el bienestar. Según Argyle (2011) los acontecimientos negativos y estresantes están asociados al malestar y los positivos al bienestar. Además, indica que la intensidad no tiene tanto efecto sobre el bienestar como la frecuencia de la experiencia positiva. Así mismo, se ha comprobado que las personas que experimentan muchos eventos positivos y escasos negativos informan de un mayor bienestar subjetivo que aquellos que experimentan muchos acontecimientos adversos y pocas experiencias positivas. Las personas que informaron muchas o escasas vivencias de unos y otros acontecimientos, presentaban puntuaciones intermedias (Eronen y Nurmi, 1999).

1.1.5 Evaluación del bienestar subjetivo.

La medición del bienestar subjetivo puede llevarse a cabo a través tanto de metodología cuantitativa como cualitativa. En este estudio de investigación se realizará la evaluación a través de cuestionarios, siguiendo una metodología cuantitativa.

Este tipo de evaluación ha ido evolucionando desde su medición con un único ítem integrado en estudios, hasta los instrumentos más complejos constituidos por varios ítems. Estas medidas evalúan, a través del autoinforme, la frecuencia o intensidad de las emociones en un período de tiempo determinado (Lucas et al., 2003). Concretamente, en la medición de la satisfacción con la vida Diener et al. (1985a) ya consideraron una escala con varios ítems para evaluar el componente cognitivo y solventar los sesgos que presentaba su evaluación a través de un solo ítem. Bien es cierto que este tipo de evaluación no está exenta de sesgos, como los de memoria, factores contextuales, estado de ánimo a la hora de cumplimentarlos o sesgos de efecto del contenido de los ítems (Kurtz y Lyubomirsky, 2011; Pavot y Diener, 1993). Sin embargo, y a pesar de ello, la evidencia acumulada afirma su fiabilidad y validez (Lucas y Diener, 2008).

Diener et al. (1985a) elaboraron el instrumento *Satisfaction With Life Scale* (SWLS) para la evaluación del componente cognitivo del bienestar subjetivo, siendo ésta una de las escalas más utilizadas en el campo de la investigación. Respecto a la evaluación del componente afectivo, el instrumento *Positive and Negative Affect Schedule* (PANAS; Watson et al., 1988), es el que se sustenta bajo el modelo de bienestar subjetivo de Diener.

Estos instrumentos han sido adaptados a distintos idiomas, por lo que se pueden encontrar datos normativos de los numerosos estudios transculturales que se han realizado. Su validez convergente y discriminante respecto a los afectos positivos y negativos se ha constatado ampliamente (Atienza et al., 2000).

1.2 IDENTIDAD DE GÉNERO

1.2.1 Socialización diferencial en la construcción de la identidad de género

Decía Simone de Beauvoir que “la mujer no nace, se hace”, por ende, podemos extender esta idea en relación a la construcción del hombre. Entender la feminidad y la masculinidad desde una perspectiva de género lleva implícito poner el énfasis en la

cultura, como marco de construcción de los modos de ser mujer y de ser hombre. La cultura es la dimensión de la vida, producto de la relación dialéctica entre los modos de vida y las concepciones del mundo, históricamente constituidos (Lagarde, 2005). Así nos construimos como mujeres y como hombres en un momento histórico, político, económico, familiar y social determinado.

Desde la Psicología, la identidad se ha estudiado como la conceptualización que implica la idea de singularidad, pero también en relación con la homogeneidad con su grupo de referencia en una cultura determinada (Rocha, 2009). Concretamente, en el ámbito de la Psicología Social, los estereotipos de género se entienden como el conjunto estructurado de creencias compartidas dentro de una cultura o grupo acerca de los atributos o características que posee cada género (Moya, 2003). Así, el género se refiere a los significados culturales adscritos a las categorías sociales de mujer y hombre (Wood y Eagly, 2009). De tal modo que refleja la comprensión de las personas sobre ellas mismas en relación a lo que la cultura define para ellas y ellos (Wood y Eagly, 2015). En este marco se encuadra la investigación del origen y desarrollo de la identidad de género, donde se ha identificado el sistema social patriarcal, sustentado en una ideología que legitima y mantiene las normas que se consideran adecuadas para ellos, focalizadas en el poder, el éxito y la autoconfianza entre otras, y para ellas, como la sumisión, la obediencia y la renuncia (Ferrer-Pérez, 2019). El proceso de socialización que se deriva de este sistema patriarcal se configura como un aspecto interviniente, y de alguna manera como punto de partida, en la percepción diferencial entre mujeres y hombres, además del establecimiento jerárquico de los géneros (Calvo, 2014; Lagarde, 2005).

La Teoría de la Socialización Diferencial (Walker y Barton, 1983) afirma que las personas, a partir de los agentes socializadores, adquieren identidades diferenciadas de género que conllevan estilos cognitivos, actitudinales y conductuales, códigos axiológicos y morales y normas estereotípicas de la conducta asignada a cada género. La socialización ha sido definida como el proceso mediante el cual las personas aprenden los valores, actitudes, expectativas y comportamientos característicos de la sociedad en la que están inmersos/as (Giddens, 2001). En definitiva, es el mecanismo mediante el cual se aprenden las pautas de comportamiento social de su entorno (Ferrer-Pérez y Bosch-Fiol, 2013). Esta socialización diferencial tiende a asociar la masculinidad con el poder, la racionalidad, la vida pública, básicamente para llegar a ser

hombres con éxito en su vida laboral. Mientras que la feminidad se vincula a la pasividad, la dependencia, la vida privada, el cuidado y la afectividad (Alcántara, 2002; Rebollo, 2010). Aunque en el caso de las chicas se han producido algunos cambios, ya que los procesos de socialización están incluyendo la formación y el desarrollo de la vida laboral como elementos importantes, todavía el eje principal de sus proyectos vitales se refiere a la vida familiar y el cuidado de los/as demás (Ferrer-Pérez, 2019).

Diferentes autores han argumentado cómo a través del proceso de socialización se desarrollan los mandatos de género y cómo los modelos normativos indican lo que debe ser un hombre masculino y una mujer femenina. De tal manera que el mandato de género tradicional masculino se caracteriza como “ser-para-sí” mientras que el mandato de género tradicional femenino estaría enfocado en “ser-para-otros” (Bonilla, 2008; Díez, 2015; Lagarde, 2005; Martínez-Benlloch, 2008). El objetivo sería tener la máxima similitud con los cánones de feminidad y masculinidad propuestos en los modelos normativos, con el fin de evitar el rechazo y de alguna manera el castigo social al que se somete a las personas que lo trasgreden (Gil y Lloret, 2007). Así los modelos de masculinidad y feminidad estructuran la vida cotidiana a través de una normativa que señalan los derechos, deberes, prohibiciones y privilegios que cada persona tiene por el hecho de pertenecer a un sexo determinado (Lagarde, 1996).

Estos modelos de masculinidad y feminidad, y en relación con los estereotipos de género, parecen estar cambiando con el paso del tiempo (Bosak et al., 2017; Donnelly y Twenge, 2017; García-Retamero et al. 2011). No obstante, habría que destacar que, en su mayor parte, los estudios en este ámbito han sido llevados a cabo con personas adultas americanas. Sin embargo, es más escasa la investigación con adolescentes, a pesar de ser ésta una etapa en la que es crucial la influencia de la socialización diferencial. Por ejemplo, con niños/as estadounidenses, Patterson (2012) encontró que aquellos/as menores que se percibían como menos típicos de género tenían actitudes más igualitarias que quienes se percibían como más típicos de género.

En definitiva, la construcción de la identidad de género en una cultura determinada, a través de la socialización diferencial, engloba las cualidades, atributos, comportamientos que son considerados como típicos y deseables para mujeres y hombres en una sociedad.

1.2.2 Aproximaciones en el estudio de la identidad de género

En la literatura científica se han utilizado varios términos para describir la parte del *self* que contiene las adscripciones relativamente estables que las personas hacen de sí mismas en relación con los atributos diferencialmente asociados a masculinidad y feminidad en una cultura determinada. Los términos que se han usado en la literatura, y en la mayoría de los casos como sinónimos, son *sex-role orientation* (Bem, 1974), *gender role self-concept* (Athenstaedt, 2003), *gendered self-concept* (Wood y Eagly, 2015) *gender identity* (Deaux y LaFrance, 1998), *sex-role identity* (Berger y Krahé, 2013) y *gender typing* (Bem, 1981). En esta tesis utilizamos el concepto de identidad de género, considerándolo como un elemento fundamental en la construcción de la persona dentro de la estructura social (Stets y Burke, 2000).

Wood y Eagly (2015) identificaron dos tradiciones en el estudio de la identidad de género. Por un lado, el enfoque basado en la autocategorización pone de relieve el sentido de pertenencia a la categoría social o grupo de mujeres u hombres. Implica la identidad colectiva que las personas adoptan cuando explícitamente se definen como miembros de un grupo u otro. Esta categorización puede ser en términos descriptivos, la cual se refiere a lo que usualmente es típico para mujeres y para hombres en una sociedad, o en sentido prescriptivo, que refleja lo deseable para un género u otro (Prislin y Wood, 2005). Con base en este enfoque, se entiende que la autocategorización como hombre o mujer produce autoestereotipos y podría predecir las reacciones a nivel grupal, tales como el favoritismo endogrupal y la diferenciación con el exogrupo (Wood y Eagly, 2015). La tendencia a definirse como mujer u hombre puede variar en función de la relevancia del género en un contexto social particular (Sinclair et al., 2006), por ejemplo, ser representante en solitario de su grupo de género en una reunión mixta (White y Gardner, 2009). Algunas medidas de autoinforme se basan en la creencia de cómo se consideran las personas de típicos en su grupo de género y en cómo de importante es el grupo de género en su autoconcepto (Eagan y Perry, 2001). En cambio, otras se centran en la categorización prescriptiva, por ejemplo, cómo de importante es para las personas la semejanza con el hombre o mujer ideal (Wood et al., 1997). La medida más conocida de autocategorización es la propuesta por Luhtanen y Crocker (1992), la cual plantea 4 ítems para evaluar la autocategorización descriptiva de género.

Por otro lado, el enfoque de personalidad clásico de la identidad de género está basado en los atributos de personalidad estereotípicos de género. Este atiende a los rasgos *communal*, *agentic* y a los intereses. Basado en este enfoque se podría predecir los comportamientos *communal* y *agentic* (Wood y Eagly, 2015).

Bajo este enfoque se encuentran los modelos de Bem (1974) y Spence y Helmreich (1978), cuyos instrumentos de evaluación son *el Bem's Sex Rol Inventory* (BSRI, 1974) y el *Personal Attributes Questionnaire* (PAQ, Spence et al., 1975) respectivamente.

Esta investigación parte del enfoque de personalidad clásico de la identidad de género basado en la autoasignación de los atributos de personalidad estereotípicos de género. A continuación, se hace un breve recorrido en la evolución de los modelos de masculinidad y feminidad basados en este enfoque.

1.2.3 Modelo de masculinidad y feminidad basado en el enfoque de rasgos de personalidad

El estudio psicológico sobre masculinidad y feminidad tiene su inicio en el modelo congruente o clásico, con las investigaciones de los pioneros Lewis Terman y Catharine Miles, que operativizaron estos constructos en 1936 en el Cuestionario de Análisis de Actitudes e Intereses (M-F). Este se centraba en proporcionar de manera sistemática las dimensiones de la personalidad en las que difieren mujeres y hombres. El modelo entiende el constructo masculinidad-feminidad como un continuo bipolar opuesto en el que las personas debían clasificarse como masculinas o femeninas. El objetivo de este marco inicial, además de la medición de estas dimensiones desde un aspecto psicológico, era distinguir a las personas con buena salud mental de los que sufrían patología. De esta manera lo patológico se concebía como la falta de concordancia entre la variable sexo (varón y mujer) y la variable psicológica (masculinidad y feminidad) respectivamente. La crisis de este modelo de congruencia debido a la falta de apoyo empírico, dio paso al estudio de los constructos desde una perspectiva multidimensional. En esta línea destacan autores/as como Sandra Bem, Janet Spence y Robert Helmreich.

El modelo andrógino o actual propuesto por Bem (1974), propone un marco teórico en el que se clasifica a las personas en categorías consideradas independientes y ortogonales. Las categorías son: masculino (alta puntuación en masculinidad y baja en feminidad), femenino (alta puntuación en feminidad y baja en masculinidad), andrógino (altas puntuaciones en masculinidad y feminidad) e indiferenciado (bajas puntuaciones en masculinidad y feminidad). Este modelo defiende que la identidad andrógina es la que conlleva un mejor ajuste psicológico.

Los conceptos que fundamentan el modelo de Bem ya fueron introducidos por Bakan en 1966, quién identificó la masculinidad y la feminidad con dos dimensiones. Por un lado, la modalidad *agency* se orienta hacia las necesidades del *self*, establece separaciones y se aísla de los demás, se refiere a los roles estereotípicamente masculinos. Por otro lado, la dimensión *communion* está orientada al mantenimiento de las relaciones y las necesidades de los/as otros/as, crea uniones y se integra en los grupos, representa a los roles estereotípicamente femeninos. En la misma línea, los constructos de instrumentalidad (rasgos estereotípicamente masculinos) y expresividad (rasgos estereotípicamente femeninos), propuestos por Spence y Helmreich (1978) han sustentado la investigación desde esta perspectiva. En definitiva, desde el modelo de Bem (1974), la masculinidad queda asociada a las dimensiones *agentic* o instrumental y la feminidad a la personalidad *communal* o expresiva.

Recientemente, se ha realizado una revisión del trabajo de Sandra Bem, con el fin de conocer su influencia en la literatura relativa al género (Keener y Mehta, 2017). Diferentes autores han afirmado que su contribución a la teoría y a la investigación transformó la psicología feminista, y ha tenido un impacto significativo en la comprensión de los roles de género, estereotipos, ideologías implícitas sobre el género, entre otras cuestiones (Golden y McHugh, 2017). En general, los estudios siguen en la línea de demostrar que el género es multidimensional, dependiente del contexto e independiente del sexo biológico asignado. Martin et al. (2017) afirmaron que la conceptualización de la androginia introdujo una nueva forma de pensar sobre el género que consideraba una forma adaptativa de flexibilidad que promovía un mejor ajuste psicológico. Basado en los principios de la teoría del esquema de género, Menon (2017) afirmó que los estilos de relación de género atípicos se asocian negativamente con la tipicidad de género y la satisfacción con el género, mientras que los estilos de relación típicos de género se asociaron positivamente con el sentimiento de presión.

Otros autores han examinado el rol del contexto inmediato en la flexibilidad de la masculinidad y feminidad. Mehta y Dementieva (2017) encontraron que los hombres informaban de mayor feminidad cuando estaban con mujeres en comparación a cuando estaban con hombres. Mientras que hombres y mujeres informaban de mayor masculinidad cuando estaban con hombres en comparación con la situación en la que estaban con mujeres.

Otra futura dirección en el estudio del género se refiere al desarrollo de nuevas medidas. Fleming et al. (2016) desarrollaron una técnica que evalúa la expresión de género midiendo el grado en el que los comportamientos de una persona son similares o diferentes a los comportamientos informados por otras personas del mismo género. Según los autores esta técnica está basada en el BSRI, instrumento basado en el modelo de Sandra Bem, pero evalúa *doing gender* en lugar de *having gender*.

Otra línea de investigación se ha orientado a investigar la conceptualización de la androginia asociada a otros aspectos como la autoestima, menor presión por la diferenciación de género, menos creencias sexistas (Pauletti et al., 2016) y el bienestar (Bukowski et al, 2016).

En definitiva, las ideas de Bem han tenido una gran influencia en cómo pensamos y estudiamos el género, continúa inspirando a feministas que creen que el género es una construcción social, que ha creado y perpetuado la desigualdad social a través de estándares prescriptivos para mujeres y hombres (Carr et al., 2015).

1.2.4 Evaluación de la identidad de género. Conceptualización en términos positivos y negativos

Los instrumentos más utilizados en la medición de la identidad de género han sido el BRSI (Bem, 1974) y PAQ (Spence et al., 1975), los cuales recogen los atributos deseables de la estructura bidimensional, masculinidad y feminidad. Únicamente el *Extended Personal Attributes Questionnaire* (EPAQ; Spence et al., 1979) incluye las escalas positiva y negativa de masculinidad y feminidad.

La literatura científica ha identificado algunas de las debilidades que plantean las medidas de identidad de género principalmente utilizadas. En primer lugar, están

focalizadas en los atributos positivos. Según la Teoría de la Identidad Social (Tajfel y Turner, 1986), la Teoría de la Identidad de Género (Spence, 1993) y la Teoría de Autoestereotipos Selectiva (Biernat et al., 1996), tanto los hombres como las mujeres tienden a esforzarse para la autoimagen positiva y por tanto existe una tendencia o preferencia por la autoatribución de aspectos positivos en su autoconcepto. Sin embargo, conceptualizar la identidad de género únicamente con características positivas puede caer en un reduccionismo del constructo y desembocar en dificultades teóricas y empíricas. Conceptualmente, el autoconcepto representa la totalidad de las respuestas de la persona a la pregunta “¿quién soy yo?”, que incluye tanto fortalezas (atributos positivos) como debilidades (atributos negativos). Por tanto, sería lógico, y necesario, integrar tanto los aspectos positivos como los negativos en la identidad de género (Berger y Krahe, 2013).

En segundo lugar, los atributos que conforman una medida de identidad de género deben de recoger además de la deseabilidad de estos para mujeres y hombres, el grado en que son típicos para ellos y ellas. En este sentido, se debe atender además de la dimensión prescriptiva, la descriptiva que indica los atributos que se encuentran con mayor frecuencia en un grupo de género con relación a otro. Para proporcionar una amplia y completa evaluación de la identidad de género, los atributos masculino y femenino deben ser tanto más típico y deseable (en el caso de los atributos positivos) y menos típico y deseable (en el caso de los atributos negativos) para los respectivos grupos de género (Berger y Krahe, 2013).

En tercer lugar, cabe destacar que al tratarse de un constructo social dinámico, que varía a lo largo del tiempo, el espacio y entre culturas (García-Mina, 2004; Martínez-Benlloch y Bonilla, 2000; Moya et al., 2001; Vergara y Páez, 1993) debería hacerse una revisión con el fin de actualizar y recoger las variaciones que puedan producirse. Sin embargo, estas medidas principalmente utilizadas, no tienen en cuenta los cambios que se han producido en mujeres y hombres desde los años 70, época en la que fueron desarrolladas hasta la época actual. Precisamente, la investigación ha mostrado el cambio de los estereotipos de género con el paso del tiempo (Bosak et al., 2017; Donnelly y Twenge, 2017; García-Retamero et al., 2011), lo que podría generar dudas sobre la validez del contenido del BSRI, precisamente Ferrer-Pérez y Bosh-Fiol (2014) señalan la necesidad de realizar actualizaciones en su análisis del BSRI. Este aspecto puede influir en la dimensión descriptiva, ya que la tipicidad de los atributos viene

determinada por lo mayormente observado. Estos cambios pueden alterar la adecuación de los atributos relativos a las dimensiones de género (Diekman y Eagly, 2000). Otro de los aspectos que ha variado con el paso de las décadas es la autoatribución de mujeres y hombres en las dimensiones de la identidad de género. De hecho, se ha encontrado que las mujeres han incrementado su autoatribución en atributos *agentic* (Croft. et al., 2015). En general, las personas perciben los estereotipos y roles de las mujeres están cambiando más rápidamente a lo largo del tiempo que los de los hombres. quienes no son percibidos con características *communal* (López-Zafra y García-Retamero, 2012).

En la adecuación de las medidas a través de las culturas, se ha criticado las medidas tradicionalmente utilizadas debido a que su aplicación en diferentes culturas ha mostrado que el grado en el que las personas se autoasignan los atributos masculinos y femeninos difieren ampliamente (Troche et al., 2007; Twenge 1997). Por lo tanto, se hace necesaria la adecuación en tiempo y contexto cultural de las medidas relacionadas con constructos de género, como es la identidad de género.

1.3 INTELIGENCIA EMOCIONAL

1.3.1 Conceptualización de la inteligencia emocional. Modelos teóricos

La razón y la emoción se han estudiado de manera independiente, sin embargo, el concepto Inteligencia Emocional (en adelante IE) los aúna, de tal manera que no son concebidos como independientes sino más bien como sistemas complementarios, ya que hay una interrelación entre las emociones y los procesos cognitivos (Mayer et al., 2011).

El constructo IE tiene su soporte en el concepto de inteligencia social de Thorndike (1920) quien la definió como "la habilidad para comprender y dirigir a los hombres y mujeres, muchachos y muchachas, y actuar sabiamente en las relaciones humanas" (p.228). La producción científica en torno a la IE es muy prolífica, especialmente a raíz de que Goleman popularizara el término con la publicación de su libro Inteligencia Emocional (Goleman, 1995).

La investigación sobre IE puede dividirse en tres áreas: a) estudio y análisis del constructo, b) desarrollo y medición de instrumentos para su medida y c) su relación con variables criterio (García, 2015). En líneas generales, su estudio se ha centrado más

en las consecuencias y relaciones con otras variables o factores que en sus antecedentes. Concretamente, altos niveles de IE se han relacionado positivamente con la salud (Martins et al., 2010; Mikolajczak et al., 2015), con la promoción del bienestar subjetivo (Sánchez-Alvarez et al., 2016), con el rendimiento académico (Mohzan et al., 2013), con la mejora de las relaciones sociales (Mestre y Fernández-Berrocal, 2007) y con la disminución del consumo de sustancias adictivas (Kun y Demetrovics, 2010).

A nivel teórico la IE se conceptualiza desde dos grandes planteamientos. Por un lado, los modelos de habilidad tienen en cuenta las habilidades mentales en relación a las emociones para mejorar el proceso cognitivo, destacando como modelo más relevante el propuesto por Mayer y Salovey (1997). Por otro lado, los modelos mixtos o de rasgos, hacen referencia a una tendencia o disposición de la persona al manejo de las emociones. Estos modelos se centran en rasgos de comportamientos estables y en variables de personalidad, además de otros como la motivación. Ejemplos de este tipo de modelos son el de competencias emocionales (Goleman, 1995), de habilidades socioemocionales (Bar-On, 1997) y el modelo de autoeficacia emocional de Petrides y Furnham, (2003).

Las diferencias entre ambos planteamientos residen básicamente en la concepción teórica, en relación a las dimensiones que conforman el análisis del constructo IE (Mayer et al., 2008; Petrides y Furnham, 2001) y por ende, el diferente tratamiento en cuanto a evaluación de las mismas. El modelo de habilidad de Mayer y Salovey (1997) es el que cuenta con mayor rigor científico y apoyo teórico. A diferencia de los modelos de rasgo, la IE conceptualizada como una habilidad posee la capacidad de ser modificada, mientras que los rasgos de personalidad son entendidos como más estables y duraderos (Kotsou et al., 2011; Nelis et al., 2011). Desde el modelo de habilidad las emociones se abordan desde su perspectiva cognitiva, adaptativa y teniendo en cuenta su funcionalidad, en ningún caso las emociones se clasifican como positivas o negativas. Por todo lo anterior, esta investigación se fundamenta desde el modelo de IE como habilidad de Mayer y Salovey (1997).

1.3.2 Modelo de habilidades de Mayer y Salovey (1997)

Salovey y Mayer (1990) definen la IE como “una parte de la inteligencia social que incluye la capacidad de supervisar y entender nuestras emociones y las de los

demás, discriminar entre ellas y usar dicha información para guiar nuestro pensamiento y nuestros comportamientos” (p. 239). Este modelo presentaba algunas limitaciones, ya que ponía el énfasis en la rama de percepción y expresión, desconsiderando la capacidad para comprender y reflexionar sobre ellas. Para solventar esta carencia, y con la intención de potenciar el efecto de las emociones para mejorar y guiar el pensamiento, estos autores desarrollaron un modelo teórico en 1997.

Mayer y Salovey (1997) elaboraron una nueva propuesta a raíz del anterior, haciendo hincapié en la dimensión cognitiva de la IE y contemplando la habilidad de reflexionar sobre las propias emociones, de tal manera que la nueva aproximación podría considerarse más completa que la formulada en 1990. Otras características personales como autoconcepto, optimismo, competencias sociales, etc., incluidas en otros modelos que abordan la IE, quedan fuera del planteamiento teórico del modelo, convirtiéndose de esta manera en la propuesta que cuenta con el mayor rigor científico. Mayer y Salovey (1997) definen la IE como “la habilidad para percibir, valorar y expresar las emociones con exactitud; la habilidad para acceder y generar sentimientos que faciliten el pensamiento; la habilidad para entender la emoción y el conocimiento emocional; y la habilidad para regular las emociones y promover el crecimiento emocional e intelectual” (Mayer y Salovey, 1997, p.10).

El modelo de habilidad de Mayer y Salovey (1997) considera que la IE se estructura en cuatro habilidades. Jerarquizadas de menor a mayor complejidad las cuatro ramas son las siguientes:

-Percepción y expresión de las emociones: Comprende la habilidad más básica y se refiere a la habilidad para identificar las emociones propias, de otras personas y en estímulos. Además, se incluye la habilidad para expresar emociones y discriminar entre expresiones emocionales honestas vs deshonestas.

-Facilitación emocional: En el segundo lugar de la jerarquía del modelo, esta habilidad hace referencia a cómo las emociones determinan y dirigen la atención a la información importante. Además de la capacidad de generar emociones que facilitan la toma de decisiones, así como, la capacidad para modificar los estados de ánimo para favorecer los procesos cognitivos.

-Comprensión emocional: En un nivel más alto de complejidad, la capacidad de reflexionar acerca de las emociones en relación a sus causas y consecuencias, así como las relaciones entre emociones, la simultaneidad de las mismas y las progresiones en el tiempo.

-Regulación emocional: En el lugar más alto, en esta rama se recoge la habilidad para estar abiertos a las emociones propias y de los demás, tanto agradables como desagradables, mitigando las emociones displacenteras e intensificando las placenteras, sin reprimir o exagerar la información que conllevan. En definitiva, la habilidad de regular nuestras emociones y estados de ánimo, así como la de los demás.

1.3.3 Medidas de evaluación de la inteligencia emocional desde el modelo de Mayer y Salovey (1997)

La evaluación de la IE se aborda principalmente desde tres tipos de medida: a) autoinformes, instrumentos que miden las creencias y expectativas de las personas sobre si pueden percibir, discriminar y controlar sus emociones a través de enunciados cortos con una escala Likert; b) medidas de habilidad o ejecución, que implica que la persona resuelva problemas emocionales; c) las basadas en observadores externos, que evalúan el nivel de habilidad emocional de la persona percibido por los demás, como pueden ser familiares o compañeros/as de clase o de trabajo.

Las medidas que se fundamentan desde el modelo de Mayer y Salovey (1997) son la medida de ejecución *Mayer-Salovey-Caruso Emotional Intelligence Test* (MSCEIT; Mayer et al., 2001), adaptada al castellano por Extremera et al., (2006); Extremera y Fernández- Berrocal (2009) y el autoinforme *Trait Meta-Mood Scale* (TMMS; Salovey et al., 1995).

La medida de habilidad o ejecución MSCEIT v.2.0 mide el nivel de rendimiento de una persona en una tarea emocional concreta. Consta de 141 ítems con 5 opciones de respuesta, divididos en 8 tareas, 2 para cada una de las 4 ramas definidas por Mayer y Salovey (1997).

La rama de percepción emocional, en la que se trata de identificar las emociones en rostros, fotografías y dibujos abstractos, se realiza a través de dos tareas: caras y paisajes y diseños. En la evaluación de la facilitación emocional, se debe realizar la elección del mejor estado de ánimo o emoción para llevar a cabo diferentes tareas y emparejamiento de emociones a sensaciones. Las tareas para tal fin son: sensaciones y facilitación. En relación a la comprensión emocional, se evalúa con las tareas combinaciones y cambios, en las que se plantean preguntas sobre vocabulario emocional, diversas combinaciones de emociones simples y complejas y cómo las emociones cambian a lo largo del tiempo. En la rama de regulación emocional, se identifican y eligen diversas acciones en situaciones socio-emocionales que ayudan a mejorar nuestros propios estados de ánimo o el de los demás en situaciones conflictivas. Las tareas correspondientes son: manejo de emociones y relaciones emocionales.

El instrumento ofrece 2 puntuaciones por área (experiencial y estratégica) y una puntuación global. La medida ha mostrado una adecuada fiabilidad, especialmente se ha destacado que es menos sensible a la discapacidad social que los instrumentos de autoinforme. En cuanto a sus desventajas se destaca la longitud y el costo económico que requiere.

TMMS – 48 (*Trait Meta- Mood Scale*; Salovey et al., 1995) es una escala de inteligencia emocional percibida basada en el modelo de Mayer y Salovey. Este instrumento fue reducido y adaptado al español por Fernández-Berrocal et al. (2004) dando lugar al *Spanish modified Trait Meta-Mood Scale 24* (TMMS-24). Está compuesta por tres dimensiones, atención (grado en que las personas creen prestar atención a sus emociones y sentimientos), claridad (comprensión del propio conocimiento emocional) y reparación (capacidad de regular los estados emocionales de forma correcta). El instrumento consta con 24 ítems, 8 para cada uno de los factores. Las personas participantes deben evaluar el grado en el que están de acuerdo con cada uno de los ítems en una escala tipo Likert de 5 puntos (1 = *Nada de acuerdo*, 5 = *Totalmente de acuerdo*). La fiabilidad de la escala es adecuada: Atención (.90); Claridad (.90) y Reparación (.86).

La ventajas y limitaciones de la evaluación de la IE a través de autoinforme han sido bastante estudiadas. Así, entre las ventajas se destaca la rápida estimación, la escasa inversión económica y la mayor validez predictiva. En relación a las limitaciones

se destacan las propias y comunes a otras medidas de autoinforme, como el solapamiento con variables de personalidad o la deseabilidad social (Brackett y Salovey, 2006; Extremera y Fernández-Berrocal, 2007). También, las medidas de autoinforme son más propensas a ser influenciadas por los estereotipos de género que las medidas de rendimiento (López-Zafra et al., 2014). Además, el TMMS-24 fue diseñado como medida de meta-conocimiento y como tal sólo mide habilidades intrapersonales.

1.3.4 Inteligencia emocional, variables sociodemográficas y psicosociales

1.3.4.1 Inteligencia emocional en función de la edad

La edad ha demostrado ser una variable sociodemográfica relevante en la evolución de la IE (Mayer, Caruso y Salovey, 1999). Schaie (2001) hipotetizó que la evolución de la IE debería seguir la misma tendencia que otras inteligencias, de tal modo que con la edad y la experiencia aumentará. Diferentes investigaciones han mostrado generalmente una relación positiva entre la IE y la edad (Fariselli et al., 2006) que se desarrolla desde la niñez hasta la edad adulta. Concretamente se ha encontrado que las personas mayores obtienen puntuaciones más altas en IE que las personas adultas jóvenes (Gardner y Qualter, 2011; Mayer et al., 2000; Tsaousis y Kazi, 2013). Una posible explicación de estos resultados viene dada a través del aprendizaje y el conocimiento acumulado (Kaufman et al., 2008), ya que las personas mayores han podido tener más oportunidades para poner en práctica sus habilidades emocionales, lo que les ha podido proporcionar una mejor comprensión de las emociones (Blanchard-Fields, 2007). Además, se ha demostrado que las personas mayores usan mejores estrategias de regulación emocional que personas adultas más jóvenes (Gross y John, 2003; John y Gross, 2004) y pueden autorregular las emociones reorganizando sus entornos o adquiriendo estrategias y capacidades para gestionarlos (Carstensen et al., 2000; Labouvie-Vief y Medler, 2002).

Otros estudios encontraron una relación más compleja entre edad e IE. Cabello et al. (2016) hallaron que la IE como habilidad varía con la edad conforme a una curva U invertida: jóvenes y personas mayores puntúan menos en IE que las personas adultas de mediana edad, excepto en comprensión de las emociones. En conjunto, estos

hallazgos apoyan firmemente la idea de que la edad es una variable que debe tenerse en cuenta en el estudio de la IE.

1.3.4.2 Inteligencia emocional y género

La relación entre IE y género ha sido ampliamente estudiada por la literatura científica (p.e. M. T. et al., 2008) principalmente desde la perspectiva de las diferencias entre mujeres y hombres (Gartzia et al., 2012). Sin embargo, la investigación no parece ser concluyente, ya que los resultados han sido contradictorios (Brackkett y Salovey, 2006). Bien es cierto, que la línea que apoya la diferencia en IE en función del género es la que parece tener mayor apoyo empírico. Además, en el caso de los modelos que conceptualizan la IE como habilidades cognitivas, es donde se encuentran diferencias especialmente marcadas (Mayer et al., 2000). Por ejemplo, se ha encontrado en algunos estudios, que las mujeres puntúan más que los hombres en IE (Extremera, et al., 2006; Fernández-Berrocal et al., 2012; Mayer et al., 2000; Petrides y Fumham, 2000). Sin embargo, en otras investigaciones los resultados indican que son los hombres los que tienen mejor manejo de las emociones que las mujeres (Fernández-Berrocal y Extremera, 2008). Contrariamente a estos resultados, algunos estudios no han identificado un efecto del género en IE (Fernández-Berrocal et al., 2004, Whitman et al., 2009).

La comprensión de tales diferencias podría hallarse en algunos procesos de muy diversa índole. Por un lado, la explicación biológica se basa en la tesis de que ciertas áreas cerebrales dedicadas al procesamiento emocional son mayores en las mujeres que en los hombres (Baron-Cohen, 2002; 2003). Por otro lado, la explicación social y más acorde con la línea de investigación de esta tesis, indica que mujeres y hombres reciben una socialización diferencial en relación a las emociones. A pesar de que se están aconteciendo cambios hacia la igualdad entre mujeres y hombres, en la actualidad todavía los agentes socializadores como el sistema educativo, familia, medios de comunicación etc. socializan a niñas y mujeres hacia un mayor contacto con lo emocional en general y más en particular hacia ciertas emociones relacionadas con la afectividad o el cuidado de los demás (Suberviola, 2018). Así sabemos que a los hombres se les socializa fomentando la inexpresividad emocional y de alguna manera se les castiga o censura la expresión emocional de determinadas emociones como la

tristeza y el miedo (Brody y Hall, 2000). Precisamente, algunas investigaciones han indicado que las diferencias de género en IE aparecen desde la infancia debida a la educación diferencial que tienen ellas frente a ellos (M. T. Sánchez et al., 2008). Prueba de ello es que especialmente en la adolescencia, etapa en la cual se acentúan las diferencias de género, las chicas utilizan ampliamente la estrategia de rumiación, lo que provoca un mayor nivel de ansiedad y depresión (Resurrección et al., 2016).

Un análisis más detallado sobre las dimensiones en las que las mujeres obtienen puntuaciones mayores que los hombres en IE revela resultados mixtos, aunque hay algunas dimensiones en las cuales las mujeres parecen mostrar particularmente puntuaciones más altas. Concretamente las mujeres son superiores en la dimensión atención (Bar-On, 2006; Carretero y Nolasco, 2016; Pérez-Pérez y Castejón, 2005), percepción (Molero et al., 2010) y expresión emocional (Bar On, 2006). Otros autores añaden además la facilitación emocional (Castro-Schilo y Kee, 2010), mientras que otros se centran en la mayor habilidad de las mujeres en competencias interpersonales (Reyna y Brussino, 2015) y en la comprensión emocional (R. Sánchez et al., 2008). Concretamente, las mujeres mostraron mayor capacidad de comprensión de los contextos de emociones relacionadas con la tristeza y emociones complejas o contradictorias. Como muestra el meta-análisis de Joseph y Newman (2010), las mujeres obtienen puntuaciones superiores en todas las dimensiones de inteligencia emocional, con un tamaño de efecto entre .29 y .49.

No obstante, y a pesar de los estudios que constatan las mayores puntuaciones de las mujeres en IE respecto de los hombres, ellas tienen una percepción más baja de sus habilidades. Los hombres autoinforman una IE superior a la que posteriormente ejecutan, mientras que ellas informan de una IE inferior a la que muestran en pruebas de ejecución (Brackett y Mayer, 2003; Brackett y Salovey, 2006; M. T. Sánchez et al., 2008).

Las dimensiones en las que los hombres puntúan más alto suelen ser las de claridad y reparación emocional (Carretero y Nolasco, 2016; Fernández-Berrocal y Extremera, 2003; Molero et al., 2010; Pérez-Pérez y Castejón, 2005). Esto supone un mejor manejo de las emociones por parte de los hombres (Fernández-Berrocal y Extremera, 2008), lo que puede implicar un nivel jerárquico superior de la IE. En el ajuste psicológico se requiere de cierta atención a las emociones, unido a una conveniente claridad y reparación. La extrema atención a las emociones, sin adecuadas habilidades de reparación, puede desencadenar procesos rumiativos, lo cual puede

mantener un afecto negativo (Fernández-Berrocal et al., 2001). En este mismo sentido, niveles moderados de atención junto con la adecuada claridad y reparación emocional se relacionan con el procesamiento óptimo de las mismas y con una toma de decisiones eficaz (Thayer et al., 2003), lo cual puede funcionar como protectores de la salud en relación a la asunción de riesgos que atenten contra ella (Sánchez-López et al., 2018).

Estos resultados mixtos y en ocasiones contradictorios requieren tomar con precaución la conclusión de que el género es un factor determinante en IE, especialmente sin considerar posibles interacciones con otras variables (Fernández-Berrocal et al., 2012). El género como factor explicativo, siempre opera en interacciones complejas con otros factores demográficos y socioculturales (McIntyre y Edwards, 2009). Una vía en el estudio de las relaciones entre IE y género sería considerar cómo las mujeres y hombres se comprenden a sí mismos/as de acuerdo al significado cultural femenino y masculino (Eagly y Wood, 2013), lo cual contiene elementos relativos a las emociones (Chaplin, 2015). Analizar las dimensiones de masculinidad y feminidad podría clarificar los resultados mixtos y contradictorios en relación a las diferencias entre mujeres y hombres en IE.

1.4 RELACIÓN ENTRE VARIABLES

1.4.1 Bienestar subjetivo e identidad de género

Tradicionalmente, diferentes modelos han explicado la relación entre bienestar subjetivo e identidad de género (Whitley, 1985): a) la hipótesis de la congruencia, según la cual el bienestar resulta de la congruencia entre la identidad de género de una persona y su género; b) la hipótesis de la androginia, donde el bienestar se maximiza cuando las personas incorporan atributos relativos a la masculinidad y feminidad; c) la hipótesis de la masculinidad, que postula que un mayor bienestar está relacionado con la asunción de atributos de masculinidad; y d) la hipótesis de la feminidad en relación al bienestar, en la cual se enfatiza en los atributos femeninos (Wolfram et al., 2009).

Varios estudios han explorado la relación entre bienestar y autoconcepto de género (p.e. Pauletti et al., 2017; Yunger et al., 2004). Sin embargo, la investigación no ha sido conclusiva en relación a cuál de los modelos cuenta con mayor rigor científico.

Una línea de investigación ha apoyado que las personas andróginas disfrutan de un mayor bienestar que aquellas que se perciben a sí mismas como poseedoras de características de un solo género (Bem, 1974). Esto podría explicarse debido al amplio conjunto de atributos y opciones de comportamiento que estas personas podrían mostrar, lo que les permitiría comportarse de manera flexible en diversas demandas situacionales (Vonk y Ashmore, 1993). En línea con este modelo, algunos autores/as han afirmado que las personas andróginas disfrutan de una mejor salud mental y bienestar subjetivo que las personas que se atribuyen características estereotípicas de un solo género (Díaz y Bui, 2017; Pauletti et al., 2017; Woodhill y Samuels, 2003). En este mismo sentido, Wang (2016) encontró que el bienestar subjetivo ha sido positivamente relacionado con *agency* y *communal*. Bukowski et al. (2016) encontraron que los menores con amistades andróginas informaron de un mayor bienestar que aquellos con amistades principalmente del mismo sexo. Así, afirmaron que la andrógina en las amistades predijo y fue predicha por el bienestar.

Por otro lado, de acuerdo con el modelo de masculinidad, se podría asumir que el autoconcepto masculino podría estar vinculado a un mayor bienestar, ya que los estos atributos son más valorados en la mayoría de las sociedades que enfatizan en el éxito y el logro. En el meta-análisis realizado por Whitley (1984) se concluyó que la relación entre masculinidad y bienestar es más fuerte que la relación entre feminidad y bienestar. Estudios más recientes han confirmado estos resultados, subrayando el énfasis de la masculinidad en pro del bienestar (Wolfram et al., 2009). En este mismo sentido, DiDonato y Berenbaum (2011) encontraron que el ajuste está positivamente asociado con la instrumentalidad y mínimamente con la expresividad.

Algunos estudios han apoyado la hipótesis de la feminidad en relación al bienestar (Wolfram et al., 2009). Por ejemplo, Díaz y Bui (2017) confirmaron que la identidad de género femenina predice el afecto positivo. Así mismo se han identificado ciertas diferencias en función del género. Por ejemplo, Sieverding (1999) halló que, en los hombres, pero no en las mujeres, la feminidad está asociada con el bienestar.

Por último, parece que el modelo que menor apoyo científico ha tenido es el relativo al modelo de congruencia con el género. DiDonato y Berenbaum (2011) informaron sobre la relación positiva entre el ajuste psicológico y la identidad congruente con el género. Relacionado con este modelo una baja tipicidad de género puede conducir a la internalización de problemas (Yunger et al., 2004) lo que podría estar relacionado con un menor bienestar.

El estudio de Woodhill y Samuels (2003) introdujo un concepto interesante en relación al bienestar. Concretamente mencionan la androginia positiva y negativa, ya que se utilizan los atributos positivos y negativos a la hora de evaluar el autoconcepto de género. Los autores encontraron beneficios de las características positivas asociadas con la androginia en un conjunto de medidas de salud psicológica y bienestar. También mostraron los riesgos asociados con las características masculinas negativas tanto femeninas como negativas. Esta diferenciación entre aspectos positivos y negativos puede ser un elemento importante para calificar los efectos de la masculinidad y la feminidad en el bienestar.

1.4.3 Bienestar subjetivo e inteligencia emocional

Existe un gran número de estudios que han probado la relación entre IE y el bienestar subjetivo (Fernández-Berrocal y Extremera, 2008; Kong y Zhao, 2013). De manera general, se demuestra que la IE está relacionada con diferentes variables que pueden estar influyendo en el bienestar, como por ejemplo con el afrontamiento adaptativo (Salovey et al., 2000), el afrontamiento del estrés y los conflictos en el día a día de manera adaptativa, el establecimiento de relaciones más satisfactorias y la disposición de mayor apoyo social (Zeidner et al., 2012).

En el análisis de esta relación en función del componente del bienestar subjetivo, se ha hallado que las personas con habilidades emocionales contribuyen a experimentar menos emociones negativas y más emociones positivas, es decir, está relacionado positivamente con el balance afectivo del bienestar (Zeidner et al., 2012). A pesar de ello, se ha encontrado una mayor asociación entre el componente cognitivo y la IE, que con el componente afectivo (Sánchez-Álvarez et al., 2016).

En relación a las dimensiones de la IE, la literatura constató la relación positiva de las dimensiones de regulación emocional y claridad, tanto con el componente cognitivo como con el afectivo del bienestar subjetivo. Por un lado, se observa que las personas con adecuadas puntuaciones en la habilidad para regular sus emociones tienden a sentirse mejor consigo mismas e informan de una mayor satisfacción con su vida (Fernández-Berrocal et al., 2004). Por otro lado, la claridad emocional parece una variable predictora de altos niveles de afecto positivo y de la satisfacción con la vida y bajos de afecto negativo (Fernández-Berrocal y Extremera,

2008). Sin embargo, los resultados en relación a la atención emocional han sido más controvertidos, ya que a pesar de que algunos estudios hallaron una relación positiva entre atención y bienestar subjetivo (Rey et al., 2011), otros encontraron resultados opuestos; es decir, la atención se relaciona con altos niveles de afecto negativo y bajos niveles de satisfacción con la vida (Extremera, et al., 2009).

1.4.3 Identidad de género e inteligencia emocional

Existe poca investigación en la relación entre identidad de género y la IE, a pesar de que la IE incluye en su definición competencias emocionales supuestamente vinculadas con los roles de género y que desde la socialización diferencial, se han abordado los procesos emocionales y la adecuación o no de la expresión de determinadas emociones a los constructos de masculinidad y feminidad.

A pesar de la escasa literatura, a grandes rasgos se ha encontrado que *agency* y *communal* se relacionan con las dimensiones intrapersonal e interpersonal de la IE respectivamente (Siegling et al., 2012; Kenner et al., 2012). Mujeres y hombres difieren en el promedio de dichas dimensiones: ellas puntúan más en la dimensión interpersonal de la IE y ellos en la intrapersonal (McIntyre, 2010).

Tres líneas de investigación se han identificado en el estudio de estas variables, las cuales difieren en la importancia que se les otorga a las dimensiones *agency* y *communal* en relación con la IE.

Por un lado, Vesely et al. (2013) identificaron la dimensión *agentive* como el predictor más fuerte de la IE en comparación con la dimensión *communal*, lo cual podría sugerir que las características masculinas podrían beneficiar el desarrollo de la IE. Específicamente se ha encontrado que estos atributos correlacionan más fuertemente con la dimensión intrapersonal de la IE (Siegling et al., 2012). En esta misma línea, algunos estudios han confirmado que la asignación de rasgos instrumentales, como independencia o autoconfianza, implica una menor tendencia a centrarse en emociones negativas (Conway et al., 1990). En definitiva, en esta vertiente se apoya la tesis de la mayor vinculación de las características instrumentales con la mejora de la IE.

Por otro lado, parece demostrado que las características *communal* correlacionan más con la dimensión interpersonal de la IE (Kenner et al., 2012). Lo que se relaciona con el hecho de que las niñas y mujeres son socializadas para atender a los demás y son orientadas a mantener la armonía en las relaciones (Chaplin, 2015). Los

rasgos de expresividad, los cuales son asumidos en mayor medida por las mujeres que por los hombres (Gartzia et al., 2012), están relacionados con el desarrollo de características emocionales de orientación interpersonal (Conway, 2000). Este hecho podría explicar por qué las mujeres obtienen mayores puntuaciones que los hombres en IE.

Finalmente, otra línea de investigación ha confirmado la relevancia de la androginia en el desarrollo de la IE. La investigación realizada indica que las personas con atributos femeninos y masculinos se focalizan menos en las emociones negativas que las que se describen a sí mismos/as como femeninos/as (Conway et al., 1990). Además, estas personas andróginas muestran mayores niveles de IE (Guastello y Guastello, 2003) que aquellas que se describen con un autoconcepto de género únicamente masculino o femenino (Gartzia et al., 2012).

Estos diferentes hallazgos dificultan llegar a una conclusión general sobre la relación entre la identidad de género y la IE. Una pregunta aún por responder es qué relación específica existe entre masculinidad y feminidad y las diferentes dimensiones de la IE. Además, poco se conoce sobre los cambios que puedan identificarse respecto de los diferentes grupos de edad.

CAPÍTULO II: OBJETIVOS

En el primer capítulo se ha recogido el marco general en relación al estado teórico de las variables objeto de este estudio: bienestar subjetivo, identidad de género e inteligencia emocional. Tras la revisión teórica surgen algunas preguntas de investigación, las cuales han sido abordadas a través de los tres estudios que componen esta tesis.

El bienestar subjetivo ha sido identificado como un componente de la calidad de vida, y se considera una dimensión importante y ampliamente estudiada a lo largo de la literatura científica. Diferentes estudios han abordado numerosos factores determinantes o variables influyentes en el bienestar subjetivo. Sin embargo, no se han analizado detenidamente las relaciones con variables como identidad de género e inteligencia emocional en el modelo de bienestar subjetivo.

Por tanto, el objetivo principal de este estudio es:

- Ampliar el conocimiento sobre el bienestar subjetivo en adolescentes y personas adultas. Para ello se plantea analizar y valorar la relevancia de la identidad de género y la inteligencia emocional en el bienestar subjetivo de adolescentes y personas adultas. Esta diferenciación en función de la etapa evolutiva, viene dada por la importancia de la adolescencia en el desarrollo de la identidad de género y la inteligencia emocional.

De forma más específica varias preguntas de investigación han guiado estos estudios, las cuales se plantean de la siguiente manera:

- ¿Cómo se configura la identidad de género en los y las adolescentes españoles en la segunda década del siglo XXI?
- ¿Cuál es el instrumento más adecuado para la medición de la identidad de género en adolescentes españoles?
- ¿Existe alguna relación entre identidad de género, inteligencia emocional y bienestar subjetivo? En caso de existir ¿Qué tipo de relación?

- El tipo de relación identificada entre las variables objeto de estudio, ¿varía en función de la edad?

La respuesta a estas preguntas de investigación tiene como punto de partida conocer la identidad de género de los y las adolescentes españoles. Así, nuestro primer objetivo específico fue conceptualizar la identidad de género de los y las adolescentes españoles en términos de valencia, deseabilidad y tipicidad. Por otro lado, dada la importancia de la adecuación al contexto cultural y de la actualización temporal de los instrumentos para la evaluación de la identidad de género, nos planteamos identificar el instrumento más adecuado para su medición en adolescentes en el contexto español y actualizado temporalmente.

El siguiente paso en la investigación fue identificar el papel que desempeñan en el modelo del bienestar las variables identidad de género e inteligencia emocional. Para ello se tiene en cuenta que la literatura ha determinado la importancia de analizar la inteligencia emocional en función de sus diferentes componentes. Por un lado, las conclusiones en la investigación no solo son confusas, sino que además no son concluyentes a la hora de identificar la conveniencia de la masculinidad, la femineidad o la androginia en la promoción del bienestar subjetivo. Por otro lado, las mayores puntuaciones de las mujeres en inteligencia emocional parece que no se corresponden con mayor bienestar, ya que, a pesar de informar de una mayor satisfacción con la vida, están más expuestas a la depresión, tienen un menor bienestar emocional y experimentan más emociones negativas (Nydegger 2004; Lucas y Gohm, 2000; Senik, 2015). Obviamente, no está claro qué tipo de relación se establece entre estas variables. En consecuencia, nos proponemos identificar la relación entre las variables bienestar subjetivo, identidad de género e inteligencia emocional.

La edad ha sido una variable sociodemográfica determinante en las variables de análisis. Por lo tanto, nos interesa conocer la evolución o el posible cambio que pueda producirse con la edad, en la relación identificada entre las variables objeto de estudio.

Los objetivos específicos planteados en esta tesis son:

Sección 1: Identidad de género en adolescentes

Estudio 1: Negative and positive attributes of gender stereotypes and gender stereotypes and gender self-attributions: A study with spanish adolescents (Martínez-Marín y Martínez, 2019a).

- Conocer la conceptualización de la identidad de género en adolescentes españoles.
- Evaluar de manera adecuada la identidad de género de adolescentes teniendo en cuenta el contexto cultural y temporal.

Sección 2: Relación entre las variables bienestar subjetivo, identidad de género e inteligencia emocional en adolescentes

Estudio 2: Subjective well-being and gender typed attributes in adolescents: The relevance of emotional intelligence (Martínez-Marín y Martínez, 2019b).

- Establecer la relación entre las variables bienestar subjetivo, identidad de género e inteligencia emocional en adolescentes
- Conocer las características de la relación entre las variables atendiendo a las dimensiones de la inteligencia emocional.

Sección 3: Análisis de la identidad de género y la inteligencia emocional en función de la edad

Estudio 3: Gendered self-concept and gender as predictors of emotional intelligence: a comparison through of age (Martínez-Marín, Martínez y Paterna, 2020).

- Conocer la conceptualización de la identidad de género en diferentes grupos de edad.
- Evaluar de manera adecuada la identidad de género en personas adultas teniendo en cuenta el contexto cultural y temporal.
- Investigar la relevancia de la identidad de género y el género en la predicción de la inteligencia emocional en función de la edad

Un cuarto estudio [Gender-typed attributes, emotional intelligence and subjective well-being. A mediational model (Martínez-Marín y Martínez, 2020. En revisión)], aborda la evolución de la relación entre las variables bienestar subjetivo, identidad de género e inteligencia emocional en función de la edad. Este estudio permitirá establecer la relación entre las variables bienestar subjetivo, identidad de género e inteligencia emocional en personas adultas.

CAPÍTULO III: MÉTODO

3.1 Participantes

Las personas que han participado en esta tesis doctoral fueron adolescentes y personas adultas. Concretamente, se utilizaron cuatro muestras de adolescentes, para los tres estudios que conforman la tesis, con un total de 1.405 chicos y chicas de entre 11 y 20 años y $M_{\text{edad}} = 15,2$.

-Estudio 1 (Martínez-Marín y Martínez, 2019a), se utilizaron 3 muestras.

- Muestra 1: $N = 413$ ($M_{\text{edad}} = 13.8$)

- Muestra 2: $N = 400$ ($M_{\text{edad}} = 14.1$)

- Muestra 3: $N = 365$ ($M_{\text{edad}} = 13.9$)

-Estudio 2 (Martínez-Marín y Martínez, 2019b)

- Muestra: $N = 365$ ($M_{\text{edad}} = 13.9$)

-Estudio 3 (Martínez-Marín, Martínez y Paterna, 2020)

-Muestra: $N = 227$ ($M_{\text{edad}} = 19$)

Tres muestras se utilizaron en el estudio 3. Con un total de 2.403 mujeres y hombres de entre 18 y 60 años y $M_{\text{edad}} = 30$ años.

-Estudio 3 (Martínez-Marín, Martínez y Paterna, 2020)

-Muestra 1: $N = 1.949$ ($M_{\text{edad}} = 24$)

-Muestra 2: $N = 227$ ($M_{\text{edad}} = 24$)

-Muestra 3: $N = 227$ ($M_{\text{edad}} = 40$)

La muestra de adolescentes se obtuvo de cuatro centros escolares de un municipio de la Región de Murcia. Requirió el consentimiento informado de los padres a través de departamentos de dirección, de los centros escolares. Los cuales fueron informados sobre el uso y objeto de los datos, así como de los instrumentos que se utilizarían. Se garantizó el anonimato y la participación fue voluntaria. Los/as estudiantes cumplimentaron los cuestionarios en horario de tutoría con la investigadora principal presente en las aulas, con el fin de explicar las instrucciones y solventar las dudas que pudieran surgir.

La participación de personas adultas se obtuvo a través de la plataforma online de la Universidad de Murcia, donde tanto estudiantes, PAS y profesorado procedían de todos sus departamentos y facultades. El cuestionario informaba de los objetivos del estudio, solicitaba la participación voluntaria e informaba de los instrumentos a utilizar. No hubo compensación alguna por la cumplimentación de los mismos. Se garantizó el anonimato de los/as participantes, ya que posteriormente a la cumplimentación del cuestionario, al que se accede a través de un link, no queda rastro que pueda identificar a la persona.

3.2 Instrumentos

Los instrumentos de evaluación utilizados para cada una de las variables objeto de estudio se describen a continuación.

Bienestar subjetivo

1. El componente cognitivo del bienestar subjetivo fue evaluado a través de la versión española de la escala *Satisfaction With Life Scale* (SWLS; Diener et al., 1985) desarrollada por Atienza et al. (2000). Esta escala consta de 5 ítems y evalúa el juicio global que hacen las personas sobre la satisfacción con su vida. La versión española presenta una escala tipo Likert con valores de respuesta que oscilan entre 1 (*Totalmente en desacuerdo*) a 5 (*Totalmente de acuerdo*). El coeficiente alpha de Cronbach de la versión española fue de .84 (ver Anexo 1).

2. El componente afectivo del bienestar subjetivo se midió con el instrumento *Positive and Negative Affect* (PANASN; Sandín, 2003), siendo esta la versión para niños/as y adolescentes del PANAS (Watson et al., 1988). Esta medida de autoinforme está compuesta por 20 ítems, 10 para la medición del afecto negativo (por ejemplo, “Siento miedo”) y 10 ítems para el afecto positivo (por ejemplo, “Soy un chico/a activo/a). Los/as participantes puntúan los ítems de 1 (*Totalmente en desacuerdo*) a 5 (*Totalmente de acuerdo*) (ver Anexo 2).

Identidad de género

Identidad de género en adolescentes. Escala original

Se utilizó la medida *Geschlechtsrollenorientierung im Jugendalter* (GRI-JUG; Krahé et al., 2007) (ver Anexo 1). El instrumento define 4 subescalas: a) masculino positivo (Mas+): gracioso, fuerte, valiente, deportista y sociable; b) masculino negativo (Mas-): desordenado, perezoso, chulo, agresivo y buscar peleas y disfrutar y; c) femenino positivo (Fem+): romántico, simpático, comprensivo, sentimental y trabajador; y d) femenino negativo (Fem-): vanidoso, rencoroso, mentiroso, actuar con mala intención y chismoso. Los/as participantes informan el grado en el cual consideran que los adjetivos les describen a ellos/as mismos/as en sentido general, en una escala tipo Likert que oscila de 1 (*Nada*) a 5 (*Totalmente*). El coeficiente Alpha de Cronbach de la versión alemana fue Mas+: $\alpha = .73$; Mas-: $\alpha = .80$; Fem+: $\alpha = .84$ y Fem-: $\alpha = .75$ (ver Anexo 3).

Identidad de género en adolescentes. Versión española

La versión española del GRI-JIG (GRI-JUG-SP15; Martínez-Marín y Martínez, 2019a) se utilizó en la evaluación de la identidad de género en adolescentes. Los/as participantes indican el grado en el cual les describe a ellos/as mismos cada uno de los 15 adjetivos de manera general. La escala tipo Likert que oscila de 1 (*Nada*) a 5 (*Totalmente*). En el instrumento la dimensión positiva de la identidad de género está asociada a la masculinidad positiva (Mas+) cuyos atributos son: valiente, fuerte y deportista; y a feminidad positiva (Fem+) con los ítems: sentimental, romántico, comprensivo y simpático. Sin embargo, la dimensión negativa de la identidad de género

no atiende a constructos de masculinidad o feminidad, sino que se define en términos de actividad o pasividad. Los dos factores de la dimensión negativa son negativo activo (NegAc) cuyos ítems son: chulo, agresivo, chismoso, actuar con mala intención, buscar peleas y disfrutar; y negativo pasivo (NegPas) con los ítems: desordenado, perezoso y mentiroso. La consistencia interna del instrumento es: Mas+: $\alpha = .64$; NegAc: $\alpha = .66$; Fem+: $\alpha = .70$; NegPas: $\alpha = .55$. El alpha ordinal es: Mas+ = .75; NegAc = .77; Fem+ = .64; NegPas = .61 (ver Anexo 4).

Identidad de género en adultos. Escala original

La evaluación de la identidad de género en personas adultas se realizó a través del *Positive-Negative Sex-Role Inventory* (PN-SRI; Berger y Krahe (2013). El cual incluye aspectos positivos y negativos distribuidos en 4 escalas: a) masculino positivo (Mas+) con los atributos: analítico/a, lógico/a, objetivo/a, práctico/a, racional y resolutivo/a; b) masculino negativo (Mas-) cuyos atributos son: arrogante, presuntuoso/a, seco/a, desconsiderado/a, ostentoso/a y ambicioso/a; c) femenino positivo (Fem+) siendo los atributos: emocional, empático/a, cariñoso/a, pasional, sensible y tierno/a; y d) femenino negativo (Fem-) formado por: ansioso/a, desorientado/a, ingenuo/a, cauteloso/a, hipersensible y dubitativo/a. Los participantes deben indicar el grado en el cual les describe a ellos/as mismos cada uno de los atributos. La escala tipo Likert va desde 1 (*nada característico*) hasta 5 (*totalmente característico*). La escala original cuenta con una alta fiabilidad: Mas+ .81, Mas- .80, Fem+ .88 y Fem- .74 (ver Anexo 5).

Identidad de género en adultos. Versión española

La versión española del PN-SRI (PN-SRI-SP20; Martínez-Marín, Martínez y Paterna, 2020) se utilizó en la evaluación de la identidad de género en personas adultas. La cual incluye aspectos positivos y negativos distribuidos en 4 escalas: a) masculino positivo (Mas+) con los atributos: analítico/a, lógico/a, objetivo/a, práctico/a, cauteloso/a, racional y resolutivo/a; b) masculino negativo (Mas-) cuyos atributos son: arrogante, presuntuoso/a, ostentoso/a y ambicioso/a; c) femenino positivo (Fem+) siendo los atributos: cariñoso/a, seco/a (-) pasional y tierno/a; y d) femenino negativo (Fem-) formado por: emocional, sensible, ingenuo/a e hipersensible. Los participantes deben indicar el grado en el cual les describe a ellos/as mismos cada uno de los

atributos. La escala tipo Likert va desde 1 (*nada característico*) hasta 5 (*totalmente característico*). La escala original cuenta con una adecuada fiabilidad, los índices ω_T fueron los siguientes: $Mas+ = .85$, $Mas- = .67$, $Fem+ = .76$ y $Fem- = .80$ (ver Anexo 6).

Valencia, deseabilidad y tipicidad de los atributos de identidad de género en adolescentes

Para valorar la valencia de los atributos del GRI-JUG se pidió a los participantes que clasificaran cada uno de los adjetivos como positivo o negativo en general.

En la evaluación de la deseabilidad de los ítems del GRI-JUG se pidió a los/as participantes que valoraran los atributos para chicos o para chicas en una escala tipo Likert que oscila de 1 (*Muy negativo*) a 5 (*Muy positivo*). Por ejemplo: “La gente piensa que para una chica ser graciosa es...”.

La tipicidad de los ítems también se evaluó para los ambos sexos. Los estudiantes valoraron cada ítem en una escala tipo Likert que oscila de 1 (*Nada*) a 5 (*Totalmente*). Por ejemplo: “Los chicos en nuestra sociedad son desordenados”. Pueden consultarse en el Anexo 7 estos instrumentos.

Inteligencia emocional

La evaluación de la IE se llevó a cabo a través del Trait Meta Mood Scale (TMMS-24) de Fernández-Berrocal et al. (2004). Esta medida de autoinforme evalúa los procesos emocionales que caracterizan a las personas emocionalmente inteligentes. Se compone de 24 ítems agrupados en tres dimensiones con 8 ítems cada: a) Atención, grado en que atendemos nuestros sentimientos, emociones o humor, b) Claridad, grado de comprensión e identificación de nuestros estados emocionales, y c) Reparación, las creencias individuales sobre la habilidad de regular nuestros sentimientos y emociones. La escala tipo Likert oscila de 1 (*Nada de acuerdo*) a 5 (*Totalmente de acuerdo*). En nuestro estudio la consistencia interna fue adecuada: Atención ($\alpha = .90$), Claridad ($\alpha = .90$) y Reparación ($\alpha = .86$) (ver Anexo 8).

3.3 Análisis de datos

En cada uno de los estudios que conforman esta tesis doctoral se realizó el análisis de datos pertinente para los objetivos planeados. En este apartado se muestran los principales métodos y pruebas estadísticas utilizadas.

El análisis descriptivo de los datos se realizó en todos los estudios, para describir las características de las muestras seleccionadas y de las variables en cuestión. El coeficiente de correlación de Pearson se utilizó para estudiar la relación entre parejas de variables, su intensidad y dirección.

Se llevaron a cabo pruebas estadísticas paramétricas, concretamente, t de Students, ANOVAs y MANOVAs para comparar medias.

Previo al análisis factorial se llevó a cabo el procedimiento de validación cruzada. Siguiendo las recomendaciones de Izquierdo et al. (2014) la muestra fue aleatoriamente dividida en dos submuestras. En la primera submuestra se llevó a cabo el análisis factorial exploratorio y posteriormente un análisis factorial confirmatorio se realizó con la segunda submuestra.

El análisis factorial exploratorio tuvo como objetivo identificar la estructura de los datos de la variable identidad de género. Se estableció el método de estimación, de rotación y el tipo de correlación. La decisión del número de factores extraídos se realizó basado en el *scree test*. Se estableció .35 como criterio de mínima carga factorial en el caso de la versión para adultos y de .40 en el caso de los/as adolescentes. Además, se realizó el test de esfericidad de Bartlett y el Kaiser-Meyer-Olkin (KMO) para determinar la adecuación de la muestra.

El análisis factorial confirmatorio se llevó a cabo para confirmar la estructura de los datos identificada en el análisis factorial exploratorio. Se determinó el método de estimación, tipo de rotación y de correlación. La bondad de ajuste fue evaluada con (a) medidas de ajuste absoluto (RMSEA y GFI), (b) medidas de ajuste incremental (TLI y CFI) y (c) medida de ajuste de parsimonia, AGFI.

En el análisis factorial confirmatorio multigrupo se hallaron los cuatro niveles de invariancia factorial identificados según Timmons (2010): invariancia configuracional,

débil, fuerte y estricta. Así, exploramos si la estructura factorial identificada en los datos de identidad de género era invariante a través del género mediante análisis multigrupo, para detectar un posible sesgo de género. En primer lugar, se define un modelo base con un patrón de cargas similar para todos los grupos, aunque las cargas, las intersecciones y otros parámetros pueden ser diferentes entre los grupos. A continuación, el ajuste de cada modelo se compara con el ajuste del modelo previo. Si el ajuste del modelo no empeora, se selecciona el modelo siguiente. La comparación entre modelos se realizó utilizando la prueba chi-cuadrado corregida y cambio en CFI y RMSEA, si el Δ es bajo (generalmente aceptado $\Delta < .01$), se asume que existe invariancia (Cheung y Rensvold, 2002).

Para realizar el análisis de fiabilidad utilizamos el alpha de Cronbach y el coeficiente omega total (McDonald, 1999). Este último ha sido identificado como mejor opción en comparación con el alpha en el caso de ítems con asimetría (Trizano-Hermosilla y Alvarado, 2016).

Para explorar la validez divergente, calculamos el coeficiente de correlación entre las dimensiones de la identidad de género y el constructo que se espera esté relacionado. De tal manera que, calculamos la correlación entre cada una de las dimensiones de la versión española de la identidad de género con la medida de depresión *Beck-II Depression Inventory* (BDI-II, Vazquez y Sanz, 1991).

El análisis de mediación se realizó utilizando la macro PROCESS (Hayes, 2013). Según lo recomendado por Preacher y Hayes (2008), se utilizó el análisis bootstrap, un procedimiento de muestreo no paramétrico, para probar la significancia de los efectos indirectos. Los análisis utilizaron 10.000 muestras bootstrapping con un nivel de confianza del 95% para determinar los intervalos y determinar si el efecto indirecto es estadísticamente significativo. El efecto indirecto es significativo con una $p < .05$ si no se incluye el cero en el intervalo de confianza del 95% para ese efecto indirecto.

CAPÍTULO IV: RESULTADOS

En este apartado se resumen los principales resultados de esta tesis doctoral. Dichos resultados están orientados a la consecución del objetivo general de este estudio, conocer la relevancia de la identidad de género y la inteligencia emocional en el bienestar subjetivo en adolescentes y adultos. Así como, intentar dar respuesta a las preguntas de investigación planteadas.

Sección 1: Identidad de género en adolescentes

Estudio 1: Negative and positive attributes of gender stereotypes and gender stereotypes and gender self-attributions: A study with Spanish adolescents (Martínez-Marín y Martínez, 2019a).

El objetivo de este estudio fue conocer la conceptualización de la identidad de género en adolescentes españoles, y elaborar la versión española del instrumento GRI-JUG, el cual utiliza tanto atributos positivos como negativos en la evaluación de la identidad de género. Para ello se diseñaron tres estudios. En el primer estudio se evaluaron los atributos en términos de valencia, deseabilidad y tipicidad. En el segundo estudio se exploró la estructura de los atributos con el fin de identificar la nueva medida de identidad de género. En el tercer estudio se examinaron las autoatribuciones en la estructura identificada en el estudio 2 en adolescentes españoles.

Los resultados del primer estudio mostraron que existe un amplio acuerdo entre chicos y chicas en relación a la valencia de los atributos. En cuanto a la deseabilidad y tipicidad, existe tanto un efecto de género de quien responde como del *target gender*.

En deseabilidad y respecto de la deseabilidad de los atributos masculinos, se halló que los chicos y las chicas consideraron los atributos *fuerte* y *deportista* (atributos masculinos) y *actuar con mala intención* (atributo femenino) como más deseables para

chicos que para chicas. Mientras que los atributos *romántico*, *sentimental*, *comprensivo* y *simpático* (atributos femeninos) y *sociable* (atributo masculino) como más deseable para las chicas. En cuanto al efecto del género del participante se halló que las chicas consideran los atributos *fuerte*, *valiente* (atributos masculinos), *empático* y *simpático* (atributos femeninos) como más deseable que los chicos. Mientras que los chicos consideraron *vanidoso*, como más deseable. Los 10 atributos femeninos tomados conjuntamente fueron más deseables para las chicas. Sin embargo, no fue significativo en el caso de los 10 atributos masculinos para ellos. Las chicas consideraron los 10 atributos masculinos conjuntamente como más deseables, mientras que ellos no lo consideraron así respecto de los 10 atributos femeninos.

En tipicalidad, se halló que los chicos y las chicas consideraron los atributos *desordenado*, *perezoso*, *buscar peleas* y *disfrutar*, *chulo*, *fuerte*, *agresivo*, *deportista* (atributos masculinos), *vanidoso* y *actuar con mala intención* (atributos femeninos) como más típicos para chicos que para chicas. Mientras que los atributos *romántico*, *simpático*, *chismoso*, *empático*, *sentimental* y *trabajador* como más típico de chicas que de chicos. En cuanto al efecto del género y su interacción con *target gender* se halló que los chicos consideraron *gracioso*, *valiente*, *fuerte* y *buscar peleas* y *disfrutar* como más típico en chicos. Mientras que las chicas identificaron *gracioso* y *valiente* como más típico en chicas y *fuerte* y *buscar peleas* y *disfrutar* como más típico en chicos. El set de atributos femeninos fue considerado como más típico en chicas y el set masculino como más típico en chicos.

El análisis factorial en el segundo estudio, identificó 4 dimensiones en la versión española de la medida de identidad de género (GRI-JUG-SP15). De tal modo que, mientras los atributos positivos están relacionados con las dimensiones masculina y femenina y los atributos negativos se describen en términos de pasividad y actividad. Finalmente, los chicos, pero no las chicas, usan atributos negativos para su autodescripción. Estos hallazgos sugieren que los estereotipos de género y las autoatribuciones están cambiando en los adolescentes.

El análisis factorial exploratorio identificó 4 factores. Se eliminaron 5 atributos por saturación compleja y carga inferior a .40. Basado en análisis factorial confirmatorio los factores de la dimensión positiva fueron definidos como Masculino positivo (Mas+) y Femenino positivo (Fem+), mientras que la dimensión negativa fue definida como

Negativo activo (NegAc) y Negativo pasivo (NegPa). Los datos mostraron un adecuado ajuste estadístico.

En relación al tercer estudio, el análisis de las diferencias en autoatribución en Mas+, Fem+, NegAc y NegPa indicó que los chicos se atribuyen más que las chicas *desordenado, fuerte, mentiroso, fuerte y actuar con mala intención*. Mientras que las chicas se autoatribuyen *empático y sentimental* más que los chicos. Los chicos se describen a ellos mismos con la dimensión Mas+ y las chicas lo hacen con la dimensión Fem+.

Sección 2: Relación entre las variables bienestar subjetivo, identidad de género e inteligencia emocional en adolescentes

Estudio 2: Subjective well-being and gender typed attributes in adolescents: The relevance of emotional intelligence (Martínez-Marín y Martínez, 2019b).

El objetivo de estudio fue analizar la relación entre las variables bienestar subjetivo, identidad de género e IE en adolescentes. Los resultados indicaron que, en relación a las diferencias de género en las variables, las chicas puntúan más que los chicos en afecto negativo, atención emocional y Fem+, mientras que los chicos puntúan más que las chicas en Mas+. Se hallaron correlaciones entre las tres variables objeto de estudio. La claridad y la reparación se asociaron positivamente con el bienestar subjetivo, mientras que, la atención se asoció positivamente con el afecto positivo y el afecto negativo.

Se halló que la IE es mediadora en la relación entre bienestar subjetivo e identidad de género. La mediación relativa al componente cognitivo del bienestar subjetivo indicó que: a) la autoatribución de atributos Mas+ incrementa la satisfacción con la vida, a través de la claridad y la reparación; b) en el caso de los Fem+, se produce a través de la atención, claridad y reparación y c) la autoatribución de atributos negativos decrece la satisfacción con la vida, a través de la claridad y la reparación.

En relación al afecto positivo del bienestar subjetivo, el modelo de mediación indicó que la autoatribución de Mas+ y Fem+ incrementa el afecto positivo y los atributos negativos lo decrecen, a través de la claridad y la reparación.

En cuanto al afecto negativo, los atributos Mas+ lo disminuyen a través de la claridad y la reparación. Para Fem+ se halló que disminuye el afecto negativo a través de claridad y reparación, mientras que lo aumenta a través de la atención emocional. En el caso de los atributos negativos, el modelo indica que aumentan el afecto negativo a través de la claridad y la reparación.

Sección 3: Análisis de la identidad de género y la inteligencia emocional en función de la edad

Estudio 3: Gendered self-concept and gender as predictors of emotional intelligence: a comparison through of age (Martínez-Marín, Martínez y Paterna, 2020).

Este estudio tiene como objetivos: a) conocer la conceptualización de la identidad de género en diferentes grupos de edad; b) investigar la relevancia de la identidad de género y el género como predictores de la IE en función de la edad y c) realizar la versión española del instrumento PN-SRI, el cual utiliza tanto atributos positivos como negativos en la evaluación de la identidad de género en adultos.

El análisis factorial identificó que la versión española de la medida de identidad de género para adultos (PN-SRI-SP20) se ajustan a un modelo de 4 factores relacionados, en. Las dimensiones son: a) Masculino positivo (Mas+): analítico, lógico, objetivo, práctico, cauteloso, racional y resolutivo; b) Femenino positivo (Fem+): cariñoso, seco (ítem inverso), tierno y pasional; c) Masculino negativo (Mas-): arrogante, presuntuoso, ostentoso y ambicioso y d) Femenino negativo (Fem-): emocional, hipersensible, sensible, ingenuo y dubitativo. Tres de los ítems fueron eliminados por saturación compleja y dos por carga inferior a .35. El análisis factorial multigrupo indicó que la medida es invariante al género. La fiabilidad de la medida fue adecuada para todas las dimensiones, los índices omega total oscilaron entre .67 y .85.

Los resultados indicaron diferencias en identidad de género en función del género. Las mujeres puntúan en mayor medida que los hombres en las dimensiones femeninas tanto positiva como negativa. Mientras que los hombres lo hacen en mayor medida que las mujeres en las dimensiones masculinas positivas y negativas.

Se hallaron diferencias en identidad de género en función de la edad, concretamente, los adolescentes se autoatribuyen principalmente atributos Mas-, los jóvenes, Fem- y las personas de mediana edad, Mas+. Así podríamos afirmar que la identidad de género es más positiva con la edad. Analizando estas diferencias entre los grupos de edad por género se encontró que, los hombres adolescentes y de mediana edad se atribuyen las dimensiones positivas y negativas de la masculinidad, mientras que el grupo de hombres jóvenes se asignan los atributos Mas+. En el caso de las mujeres, en el grupo adolescente se atribuyen la identidad de género femenino positivo y negativo, mientras que en los grupos de mayor edad únicamente se atribuyen la dimensión negativa de la feminidad.

Las diferencias en IE en función de los grupos de edad indicaron que la IE mejora con la edad. Las personas de mediana edad puntuaron más en claridad y reparación que los otros grupos de edad.

El análisis de regresión indicó que la identidad de género fue más relevante que el género para predecir la IE en todos los grupos de edad. El género solo fue relevante para la reparación en el grupo de personas de mediana edad. Además, la dimensión negativa de la identidad de género fue un predictor positivo de la atención en todos los grupos de edad.

CAPÍTULO V: PUBLICACIONES

5.1 Lista de publicaciones

Esta tesis doctoral está basada en 3 estudios publicados en revistas indexadas en *Journal Citation Reprot* (JCR):

- Martínez-Marín, M. D., y Martínez, C. (2019a). Negative and positive attributes of gender stereotypes and gender stereotypes and gender self-attributions: A study with Spanish adolescents. *Child Indicators Research*, 12(3), 1043-1063. <https://doi.org/10.1007/s12187-018-9569-9>.

Información autoras:

María Dolores Martínez-Marín^a y Carmen Martínez Martínez^a

^a Departamento de Psiquiatría y Psicología Social de Universidad de Murcia, Murcia, España.

Información de la revista *Child Indicators Research* (2019):

-Categoría de JCR: Ciencias sociales, interdisciplinar

-Clasificación en la categoría: 50/108

-Cuartil en la categoría: Q2

- Martínez-Marín, M. D., y Martínez, C. (2019b). Subjective well-being and gender typed attributes in adolescents: The relevance of emotional intelligence. *Australian Journal of Psychology*, 71(3), 296-304. <https://doi.org/10.1111/ajpy.12247>.

Información autoras:

María Dolores Martínez-Marín^a y Carmen Martínez Martínez^a

^a Departamento de Psiquiatría y Psicología Social de Universidad de Murcia, Murcia, España.

Información de la revista *Australian Journal of Psychology* (2019):

-Categoría de JCR: Psicología, multidisciplinar

-Clasificación en la categoría: 65/138

-Cuartil en la categoría: Q2

- Martínez-Marín, M.D., Martínez, C., y Paterna, C. (2020). Gendered self-concept and gender as predictors of emotional intelligence: A comparison through of age. *Current Psychology*. Publicación online. <https://doi.org/10.1007/s12144-020-00904-z>.

Información autoras:

María Dolores Martínez-Marín^a, Carmen Martínez Martínez^a y Consuelo Paterna Bleda^a

^a Departamento de Psiquiatría y Psicología Social de Universidad de Murcia, Murcia, España.

Información de la revista *Current Psychology* (2019):

-Categoría de JCR: Psicología, multidisciplinar

-Clasificación en la categoría: 46/138

-Cuartil en la categoría: Q2

La contribución en estos tres artículos de la doctoranda consistió en la participación en el diseño del estudio, búsqueda bibliográfica, análisis de datos, descripción e interpretación de los resultados y elaboración del manuscrito, siendo todos estos pasos supervisados.

5.1.1 Publicación 1

Martínez-Marín, M. D., y Martínez, C. (2019a). Negative and positive attributes of gender stereotypes and gender self-attributions: A study with Spanish adolescents. *Child Indicators Research*, 12(3), 1043-1063. <https://doi.org/10.1007/s12187-018-9569-9>.

Resumen: La dinámica cambiante de los estereotipos de género y el efecto del contexto en adultos son dos aspectos que han sido confirmados en la literatura. Sin embargo, menos investigaciones se han realizado con adolescentes. Este artículo analiza los estereotipos de género y las autoatribuciones en adolescentes españoles utilizando los atributos tipificados de género positivos y negativos de GRI-JUG. El estudio 1 evaluó los atributos en términos de valencia, deseabilidad y tipicidad. En el estudio 2, se exploró la estructura de los atributos para identificar una nueva medida de identidad de género. En el estudio 3, se examinaron las autoatribuciones de los/as adolescentes. Los resultados mostraron un amplio acuerdo entre chicos y chicas en relación con la valencia de atributos. Con respecto a la deseabilidad y la tipicidad, se halló efecto tanto para el género del participante como para el *target gender*. El análisis factorial confirmatorio identificó cuatro dimensiones en la nueva medida. Mientras que los atributos positivos estaban relacionados con las dimensiones masculinidad y feminidad, las negativas se describieron mejor en términos de actividad y pasividad. Finalmente, los chicos, pero no las chicas, utilizaron atributos negativos para su autodescripción. Estos hallazgos sugieren que los estereotipos de género y las autoatribuciones están cambiando en adolescentes. Además, nuestros resultados pueden considerarse un análisis empírico en la confirmación de cierta ruptura de la asociación masculinidad-hombre y feminidad-mujer.

5.1.2. Publicación 2

Martínez-Marín, M. D., y Martínez, C. (2019b). Subjective well-being and gender typed attributes in adolescents: The relevance of emotional intelligence. *Australian Journal of Psychology*, 71(3), 296-304. <https://doi.org/10.1111/ajpy.12247>.

Resumen: La vinculación entre bienestar subjetivo, género e inteligencia emocional ha sido estudiada, sin embargo, no está claro el tipo de relación establecida entre estas variables. El objetivo de este estudio fue examinar los efectos directos e indirectos de la inteligencia emocional en la relación entre atributos tipificados de género y el bienestar subjetivo. Método: Los participantes fueron 365 estudiantes españoles, con una edad media de 13,9. Los instrumentos utilizados fueron la versión española del GRI-JUG (GRI-JUG-SP15) para los atributos tipificados de género, TMMS-24 para inteligencia emocional, PANASN para afecto positivo y negativo, y SWLS para la satisfacción con la vida. Se realizó un análisis de mediación utilizando la inteligencia emocional (atención, reparación y claridad) como variable mediadora, con el fin de conocer los efectos sobre el bienestar. Resultados: Los hallazgos indicaron que la inteligencia emocional medió significativamente en la relación entre atributos tipificados por género y el bienestar subjetivo. En particular, la claridad y la reparación están asociadas positivamente con el bienestar subjetivo, mientras que la atención se asocia negativamente con el bienestar subjetivo. Además, se puede considerar, según los modelos de mediación identificados y el tamaño de efecto, que la claridad y la reparación son más importantes que la atención en la promoción del bienestar subjetivo. La claridad y la reparación fueron mediadores en los atributos femeninos y masculinos, mientras que la atención solo fue mediadora para los atributos femeninos positivos. Conclusión: Para los y las adolescentes que informan de una autoatribución de atributos femeninos positivos, un aspecto que mejoraría el bienestar subjetivo es a través del aumento de la claridad y reparación y la disminución de la atención. Se necesita más investigación para examinar el grado en el cual estos resultados se generaliza en otros contextos, y para explorar la relevancia de las emociones negativas en el desarrollo de cuestiones relacionadas con lo afectivo.

5.1.3 Publicación 3

Martínez-Marín, M. D., Martínez, C., y Paterna, C. (2020). Gendered self-concept and gender as predictors of emotional intelligence: A comparison through of age. *Current Psychology*. Publicación online. <https://doi.org/10.1007/s12144-020-00904-z>.

Resumen: Este estudio investigó la relevancia del autoconcepto de género y el género como predictores de la inteligencia emocional en diferentes grupos de edad: adolescentes, jóvenes y personas de mediana edad. El estudio 1 analizó las propiedades psicométricas del *Positive-Negative Sex-Roles Inventory*, para realizar su versión española (PN-SRI-SP20). El estudio 2 analizó la relación entre el autoconcepto de género, género y edad: a) examinar las diferencias por género y edad en el autoconcepto de género e inteligencia emocional y b) identificar la capacidad predictiva del autoconcepto de género y el género en la inteligencia emocional en los tres grupos de edad. Los resultados indicaron que el PN-SRI-SP20 presenta una estructura factorial de 4 factores relacionados (femenino positivo, femenino negativo, masculino positivo y masculino negativo) y adecuada fiabilidad, por lo que es una medida apropiada para evaluar el autoconcepto de género. Tanto hombres como mujeres mantienen un autoconcepto tradicional de género, sin embargo, se encontraron diferencias según la edad. El autoconcepto de género se vuelve más positivo con la edad. En cuanto a la inteligencia emocional, también se encontraron diferencias entre los distintos grupos de edad, las personas de mediana edad obtuvieron puntuaciones más altas. Además, el autoconcepto de género fue más relevante que el género para predecir la inteligencia emocional en todos los grupos de edad. La atención emocional se predice por el autoconcepto de género femenino, sin embargo, claridad y reparación mediante el autoconcepto de género femenino y masculino. El género solo fue relevante para la reparación en el grupo de mediana edad. Se discute la relevancia de promover el autoconcepto de género femenino y masculino para potenciar la inteligencia emocional.

CAPÍTULO VI: CONCLUSIONES

Esta tesis doctoral pretende ampliar el conocimiento del bienestar subjetivo, y para ello ha abordado como objetivo principal conocer la relevancia, en el bienestar subjetivo, tanto en adolescentes como en personas adultas, de la inteligencia emocional y la identidad de género, entendida como la autoatribución que hacen las personas en relación a los atributos asociados a las categorías sociales masculina y femenina en un contexto cultural determinado (Wood y Eagly, 2015). A tal fin, se diseñaron 3 estudios. En el primero de ellos, se planteó como objetivo analizar las características del constructo identidad de género en la etapa de la adolescencia, así como su evaluación, teniendo en cuenta el contexto cultural y temporal y desde una conceptualización más completa, al incluir en el mismo, tanto la dimensión positiva como la negativa. Una vez abordados los objetivos descriptivos y evaluativos de la identidad de género en adolescentes, en el siguiente estudio se plantea conocer si existe relación, así como las características de la misma, entre las variables bienestar subjetivo, identidad de género e inteligencia emocional en adolescentes. El siguiente paso en la investigación, aborda el análisis de la identidad de género y la inteligencia emocional en función de la edad. Para ello en primer lugar, se planteó como objetivo la evaluación de la identidad de género en adultos, al igual que en el caso de los adolescentes, atendiendo al contexto cultural y temporal e incluyendo las dimensiones positivas y negativas. Por último, se analiza la conceptualización de la identidad de género y características de inteligencia emocional en función de la edad.

Finalmente, los resultados del estudio en fase de revisión, analizan el tipo de relación entre las variables en adultos. Los resultados han mostrado que la inteligencia emocional media la relación entre la identidad de género y el bienestar subjetivo en personas adultas.

En su conjunto las tres investigaciones nos permiten afirmar la relevancia de la identidad de género y la inteligencia emocional en el bienestar subjetivo tanto en adolescentes como en adultos.

En la sección 1, el estudio 1 (Martínez-Marín y Martínez, 2019a), ha permitido identificar un ligero cambio en los estereotipos de género en los y las adolescentes españoles. En general, nuestros resultados han mostrado en población adolescente cierta ruptura en la tradicional asociación masculinidad-hombre y feminidad-mujer. Este hallazgo se considera interesante en tanto en cuanto puede significar un cambio en los mandatos tradicionales de género hacia una postura de semejanza perceptiva, ha podido ser identificado por el uso de nuevo instrumento de identidad de género (GRI-JUG-SP15) que tiene en cuenta tanto la dimensión positiva como la negativa del *gendered self-concept*. Los cambios en los estereotipos de género son lentos y difíciles de identificar en sus inicios, por lo que es importante el uso de instrumentos actualizados en tiempo y contexto, para evitar sesgos en los resultados, y así facilitar la detección de las pequeñas modificaciones que se puedan producir, en este caso en población adolescente. Consideramos que ha sido esencial evaluar la valencia, la deseabilidad y la tipicidad de los atributos en la población de estudio, para obtener una conceptualización adecuada y actual de la identidad de género de la población diana.

En la nueva medida de la identidad de género en adolescentes, los resultados identificaron un modelo de 4 factores y 15 atributos (GRI-JUG-SP15). El número de dimensiones identificadas fue el mismo con población adolescente española y alemana. Sin embargo, se hallaron diferencias en relación al contenido de las mismas. Esto viene a confirmar la necesidad de revisar las medidas de identidad de género para cada país y según la cultura (Berger y Krahe, 2013). Un análisis de las dimensiones en sus polos positivo y negativo indica, por un lado, el mantenimiento de las dimensiones positivas de masculinidad y feminidad tanto en el instrumento original alemán como en la versión española. Los resultados son consistentes con el estudio de Schmader y Block (2015), el cual enfatiza la separación conceptual entre atributos vinculados a la masculinidad y feminidad. Sin embargo, los atributos negativos en la versión española no están relacionados con la masculinidad o la feminidad, sino que se definen mejor en términos de pasividad y actividad. En este sentido, el hecho de que los/as adolescentes separen lo negativo de la masculinidad y la feminidad es un cambio relevante. Esto implicaría que

lo negativo no tiene género, no está asociado a lo culturalmente vinculado a lo masculino o a lo femenino. El análisis de los atributos negativos, dimensión del autoconcepto de género que hasta ahora no había sido analizada de manera pormenorizada, nos ha permitido identificar una posible fisura en la asociación tradicionalmente establecida. Otro continuo, pasividad-actividad, diferente del género puede explicar la dimensión negativa en el autoconcepto de género. Probablemente son diferentes factores los que están influyendo en este inicio de cambio en los estereotipos de los y las adolescentes españoles. El contexto educativo, los medios de comunicación, la diversidad familiar y social pueden estar influyendo en el proceso de socialización en la etapa adolescente.

En cuanto a la conceptualización de la identidad de género en adolescentes, se puso de manifiesto el amplio acuerdo entre chicos y chicas en relación con la valencia de los atributos. Estos resultados, contrarios a la hipótesis de la Teoría de la Construcción de Estatus (Ridgeway 2001), afirman que los atributos asociados estereotípicamente a los hombres no son necesariamente más positivos en valencia que los asociados a las mujeres (Glick et al. 2004).

Respecto de la deseabilidad, se halló un efecto del género y del *target gender*. Es decir, los chicos y las chicas evalúan de diferente manera la deseabilidad de los atributos independientemente de a quién vayan dirigidos, y también cuando son asociados a ellos o a ellas. La dimensión prescriptiva del *gendered self-concept*, entendida como lo deseable para ellos y ellas, indicó que en el caso de las chicas y de los atributos femeninos, están ocurriendo algunos cambios con respecto a los estereotipos tradicionales de género. Es podría afirmar que se están incluyendo atributos masculinos positivos como deseables para ellas y las chicas están considerando como deseables los atributos tradicionalmente asociados a ellos. Concretamente, los resultados indicaron que los y las adolescentes consideraron: a) deseable para las chicas los adjetivos femeninos y masculinos positivos; b) el conjunto de atributos femeninos como más deseable para chicas. Sin embargo, los y las adolescentes no consideraron deseable para los chicos los atributos femeninos positivos, ni los chicos consideraron los atributos femeninos como más deseables. Estos hallazgos son consistentes con aquellos que indican que se percibe que los estereotipos de género de las mujeres están cambiando más rápidamente que los de los hombres (López-Zafra y García-Retamero,

2012), además de la mayor flexibilidad en las actitudes y comportamiento de las mujeres (Bosson y Michniewicz, 2013). El hecho de que los chicos solo consideren los adjetivos masculinos como deseables, parece estar relacionado con la relevancia de la antifeminidad como componente central de la masculinidad (Connell, 2003). Los cambios que se producen en población adolescente parecen estar encaminados a mantener en la esfera pública a los hombres, mientras que las mujeres siguen manteniendo la esfera privada al tiempo que están incorporándose en el ámbito público.

El hecho de que el efecto del género del participante y del *target gender* fuera más fuerte para tipicidad que para deseabilidad corrobora la idea de que la tipicidad se asemeja a los estereotipos de género (Signorella et al., 1993). Podríamos decir que en la adolescencia la dimensión descriptiva, que incluye las creencias acerca de qué características presenta cada grupo de género, es más claro en comparación con la dimensión prescriptiva, que indica las creencias sobre las características que serían más deseables para chicas y chicos. El conjunto de atributos femeninos fue considerado como más típico en chicas, mientras que el conjunto de atributos masculinos fue más típico en chicos, siguiendo los estereotipos tradicionales de género. Sin embargo, esto no ocurrió en relación a la autoatribución, probablemente debido a la influencia que ha tenido la parte prescriptiva, ya que las chicas clasificaron los atributos masculinos como más deseables. Concretamente se halló que el 50% de los adjetivos fueron atribuidos por chicos y chicas indiscriminadamente, lo cual podría interpretarse como cierta disolución de lo masculino y femenino a la hora de autodefinirse.

Los chicos se autoasignan adjetivos que han sido clasificados como deseables para ellos y ellas, mientras que las chicas se autoasignan los considerados deseables para ellas. Este hallazgo podría interpretarse en función de la mayor influencia de las normas prescriptivas a la hora de la autoasignación. De hecho estos resultados podrían explicarse por la tendencia de las chicas a no entrar en conflicto con lo que significa la feminidad (Egan y Perry 2001).

La autoatribución desde el punto de vista de las dimensiones indicó que las chicas se atribuyen más adjetivos de la dimensión Fem+, mientras que los chicos se describen usando dimensiones positivas y negativas, concretamente Mas+, NegPa y NegAc. Una posible explicación a la autoatribución positiva y emocional de las chicas podría estar basada en la socialización que les enseña a estar atentas a las necesidades

de otras personas y orientadas a lo relacional. Amezcua y Pichardo (2000) encontraron que las chicas españolas, hace 20 años, ya tenían niveles más altos de autoconcepto familiar que los chicos. Parece que son ellas las influidas por el sesgo de positividad (Mezulis et al., 2004). En los chicos, la autoatribución negativa podría explicarse atendiendo a varios argumentos, tales como: a) no buscar complacer a otras personas, y/o b) tener ciertos atributos negativos los hace parecer menos infantiles y/o c) porque es una forma de diferenciarse de las niñas. La autoatribución de los chicos en NegAc podría relacionarse con la explicación dada por Navarro et al. (2016), cuando en el análisis los factores de la perpetración del acoso escolar en la adolescencia los asocia a la dimensión masculina. Nuestros resultados son también consistentes con los de Glick et al. (2004) quienes encontraron que se consideraba que los hombres tenían valencia menos positiva, pero rasgos más poderosos que las mujeres. Los autores argumentan que esto refleja y apoya la desigualdad de género al caracterizar a los hombres como diseñados para el dominio.

En la segunda sección de esta tesis, en el estudio 2 (Martínez-Marín y Martínez, 2019b), se ha hallado el efecto mediador de la inteligencia emocional en la relación entre identidad de género y bienestar subjetivo. En general, este estudio puede considerarse como una confirmación de la hipótesis de la androginia. Los atributos positivos, tanto masculinos como femeninos, aumentan la satisfacción con la vida y el afecto positivo y disminuyen el afecto negativo, a través de una mayor claridad y reparación. Los atributos negativos disminuyen la satisfacción con la vida y el afecto positivo y disminuyen el afecto negativo, a través de una menor claridad y reparación. Precisamente, estas dos dimensiones de la inteligencia emocional, claridad y reparación, han sido identificadas como más importantes y estrechamente asociadas con el bienestar subjetivo y mejores predictores de la satisfacción con la vida (Extremera et al., 2009; Fernández-Berrocal y Extremera, 2008; Rey et al., 2011). Otros estudios han encontrado que la reparación es el predictor más importante del bienestar emocional (Thompson et al., 2007). Desde un punto de vista práctico, promover la androginia puede ayudar a mejorar el bienestar en los y las adolescentes. En esta línea, otros investigadores han indicado que la identidad de género femenina y la andrógina fueron predictoras del afecto positivo (Díaz y Bui, 2017).

Un modelo diferente de mediación, en comparación con las otras dimensiones de la inteligencia emocional, se identificó para la atención emocional. La atención ha mostrado un efecto negativo en el bienestar subjetivo en la etapa adolescente. Concretamente, se ha hallado que los atributos femeninos positivos disminuyen la satisfacción con la vida y aumentan el afecto negativo a través de una mayor atención emocional. Resultados similares se han encontrado en relación con la atención con población adulta (Vergara et al., 2015). El efecto negativo de la atención podría ser explicado por la rumiación. Según la teoría de los estilos de respuesta (Nolen-Hoeksema, 1991), la rumiación es un modo de responder al estrés que implica centrarse de forma repetida y pasiva en los síntomas de estrés y en las posibles causas y consecuencias de esos síntomas, de forma que no conduce a una solución activa de problemas para cambiar las circunstancias que rodean a esos síntomas (Nolen-Hoeksema et al., 2008). Aunque se requiere cierto nivel de atención para comprender y controlar las emociones y así mejorar el bienestar subjetivo (Lischetzke y Eid, 2003), la atención constante a las propias emociones puede ser desadaptativa. Además, la atención también puede jugar un papel en la depresión, de tal manera que las personas deprimidas pueden asignar demasiada atención a sus emociones (Salovey et al., 1995).

En este sentido, parece que claridad y reparación están positivamente asociadas con el bienestar subjetivo, mientras que la atención se asocia negativamente. También, la claridad y la reparación pueden considerarse como más importantes que la atención en la promoción del bienestar subjetivo, según los modelos de mediación y su tamaño de efecto.

En cuanto a las implicaciones prácticas de este hallazgo, cabe destacar que, los programas para mejorar la inteligencia emocional en adolescentes deberían tener en cuenta la identidad de género de las personas. En este sentido, fomentar el autoconcepto de género andrógino, así como considerar la relación negativa establecida entre femenino positivo y satisfacción con la vida a través de la atención emocional, podría favorecer el bienestar de las y los adolescentes.

La Comisión Europea en su informe sobre la brecha de género en el bienestar subjetivo (Senik, 2015), estableció que las más mujeres antes de los 18 años son menos felices que los hombres. Nuestros resultados corroboran estos hallazgos, ya que las chicas presentaron más afecto negativo que los chicos. Otros estudios han hallado este

aspecto con adolescentes españoles (Sandín, 2003). Estos resultados podrían explicarse por el efecto de los estereotipos de género tradicionales y desde la Teoría del Rol Social (Eagly, 1987). En general, podríamos afirmar que las características del rol femenino, como son la gran importancia otorgada a las emociones (tanto positivas como negativas), y la obligación de cuidar a los demás, podrían explicar la insatisfacción, la culpa y el menor bienestar de las chicas en comparación con los chicos.

En relación con las diferencias en inteligencia emocional, el hecho de que las chicas puntuaran más que los chicos en atención, es compatible con la asunción de los estereotipos de género tradicionales. Las normas de socialización prescriben que las chicas presten mayor atención a los sentimientos para mostrar competencias comunitarias, que implican comportamientos de cariño, empatía y afiliación (Menon, 2017). Nuestros resultados corroboran otros estudios con adolescentes españoles (Rey et al., 2011).

En la tercera sección, se estableció el objetivo analizar la identidad de género y la inteligencia emocional en función de la edad. En el estudio 3 se plantearon diferentes objetivos específicos: a) conocer la conceptualización de la identidad de género en diferentes grupos de edad; b) investigar la relevancia de la identidad de género y el género como predictores de la inteligencia emocional en función de la edad y c) realizar la versión española del instrumento PN-SRI, el cual utiliza tanto atributos positivos como negativos en la evaluación de la identidad de género en adultos.

En el análisis de la conceptualización de la identidad de género se ha confirmado que mujeres y hombres mantienen una identidad de género tradicional. Estos resultados confirman la estabilidad de los estereotipos de género en adultos, en línea con otros estudios que afirman que los estereotipos de género se han mantenido estables en los últimos 30 años (Haines et al., 2016). Esto está respaldado por la hipótesis del retraso cultural (Diekman et al., 2010), la cual argumenta que las actitudes y creencias de género son posteriores a los cambios sociales, así como por modelos que enfatizan el esencialismo de las categorías de género (Croft et al., 2015). En este sentido, la versión española de la medida para identidad de género en adultos (PN-SRI-SP20), la cual incluye tanto los aspectos positivos como negativos, mantiene las 4 dimensiones de la escala original: masculino positivo, masculino negativo, femenino positivo y femenino negativo. Analizando la evolución del constructo desde la etapa adolescente hasta la

adulta, observamos que la identidad de género con la edad se vuelve más tradicionalmente estereotípica y rígida. Como hemos documentado, los y las adolescentes asignan tanto lo positivo a la dimensión masculina y como a la femenina. Sin embargo, en el caso de los atributos negativos se diluye esta distinción. De tal manera, que el género y lo culturalmente asociado tienen menos relevancia. Otras dimensiones, como son la actividad vs pasividad, podrían ser más adecuadas en la distribución de lo negativo. En este caso disminuye la relevancia que han tenido hasta ahora las dimensiones tradicionales de masculinidad y feminidad. Sin embargo, en la etapa adulta estos patrones negativos se establecen conforme a lo que culturalmente está establecido para las mujeres y los hombres. La identidad de género es entendida en términos de masculinidad y feminidad, en sus dimensiones positiva y negativa. Una nueva línea de investigación podría indagar para conocer las variables influyentes que determinan este cambio en la etapa adulta hacia una visión más rígida y estereotipada de la identidad de género. La implicación de este hallazgo podría centrarse en el diseño de programas de intervención en adolescentes que afiancen esta visión menos estereotipada en la identidad de género.

Nuestros resultados han identificado diferencias en identidad de género en función de la edad. Podríamos afirmar que la identidad de género es más positiva con la edad, dado que las personas de mediana edad se atribuyen adjetivos masculinos positivos, mientras que los otros grupos de edad se los atribuyen de las dimensiones negativas. Atendiendo a las diferencias por grupos de edad, se ha encontrado que los hombres jóvenes mantienen una identidad de género más positiva que las mujeres jóvenes. Existe una amplia investigación que indica que los hombres son percibidos como más favorables que las mujeres (Mora et al., 2014). Además, las mujeres de mediana edad se atribuyen más que los hombres atributos femeninos negativos. Esto podría tener su implicación en la investigación y en el diseño de programas para mejorar la identidad de género en adolescentes y personas jóvenes especialmente y en las mujeres jóvenes y de mediana edad particularmente.

La identidad de género (*gender typing*) ha mostrado mayor relevancia que el género en la predicción de la inteligencia emocional. Este hecho podría aclarar la controversia que se ha identificado en relación con las diferencias entre mujeres y hombres en inteligencia emocional en la investigación científica. En el análisis de las

dimensiones de la inteligencia emocional, se ha hallado que la dimensión más explicativa en todos los grupos de edad es la de la feminidad. Este resultado es consistente con la idea de que la dimensión *communal* está vinculada a la inteligencia emocional (Siegling et al. 2012). Sin embargo, el análisis por dimensiones en la inteligencia emocional nos permite concretar que esta mayor predicción se refiere, en concreto, a la atención emocional. Este resultado podría aclarar la evidencia de que las mujeres prestan más atención a las emociones, mientras que los hombres tienen niveles más altos de autorregulación emocional en situaciones de estrés (Martínez et al. 2011). En este sentido, sería más apropiado decir que la identidad de género femenino (no necesariamente mujeres) predice la atención emocional. Cabe destacar que incluir las dimensiones positivas y negativas en el estudio de la identidad de género podría ser identificada como una nueva línea de investigación hasta ahora no explorada.

En cuanto al modelo de predicción para la claridad emocional, se ha encontrado que las dimensiones positivas de la identidad de género, tanto femeninas como masculinas predicen la habilidad para comprender e identificar nuestros estados emocionales en todos los grupos de edad. Estos resultados corroboran aquellos que enfatizan el valor de la autoasignación masculina y femenina para el funcionamiento emocional (Gartzia et al., 2012).

En el caso de la reparación se encontraron más diferencias entre los grupos de edad en comparación con el resto de dimensiones de la inteligencia emocional. Esto podría implicar la vinculación de esta dimensión de la inteligencia emocional con los cambios a lo largo de las diferentes etapas evolutivas, así como la mayor complejidad en comparación con las otras dimensiones. Los adjetivos femeninos y masculinos positivos fueron predictores de la reparación en el grupo adolescente y de personas de mediana edad, mientras que en el grupo de jóvenes la predicción fue a través de los atributos positivos de la masculinidad. En este modelo aparece el género con cierto poder explicativo en el grupo de personas de mediana edad. Según nuestros datos las mujeres con identidad de género femenino y masculino muestran mejor habilidad en la reparación. Este resultado es contrario a otros estudios en los que las mujeres tienden a informar de una peor reparación que los hombres (Johnson y Whisman 2013). Por tanto, aunque las diferencias de género en la inteligencia emocional parecen disminuir con la edad (Fernández-Berrocal et al. 2012) nuestro estudio perfila una posible línea de

investigación sobre cómo las mujeres mejoran la capacidad de reparación a lo largo de los años. Por otro lado, la mayor magnitud de efecto de la atención en comparación con la claridad y la reparación podría poner de relieve la complejidad de estas dos dimensiones y la posibilidad de otras variables implicadas, tales como factores de personalidad (Pérez-González y Sánchez-Ruiz, 2014).

Estos hallazgos muestran la importancia de tener en cuenta la identidad de género en relación con la inteligencia emocional, y sobre todo la diferenciación entre los elementos positivos y negativos como moduladores en la inteligencia emocional. Desde el punto de vista práctico, este hallazgo indica que en la mejora de la inteligencia emocional podría estar implicado la promoción de los aspectos positivos (feminidad y masculinidad) de la identidad de género, en tanto que la dimensión agentic-instrumental-masculina evita o minora la atención.

En resumen, esta tesis doctoral ha estudiado la relevancia de la identidad de género y la inteligencia emocional en el bienestar subjetivo de adolescentes y adultos. Se ha identificado la relevancia del constructo identidad de género en la promoción del bienestar subjetivo y de la inteligencia emocional. La inclusión de las dimensiones positiva y negativa en la evaluación del *gender typing*, ha permitido validar una medida actualizada en tiempo y contexto para adolescentes y para personas adultas. Así, se ha podido constatar que en el caso de los y las adolescentes se ha identificado que los atributos negativos no están asociados a masculinidad y feminidad, sino al continuo pasividad-actividad. Además, se ha analizado la relación entre las variables en función de la edad. Otro aspecto destacable, ha sido identificar la inteligencia emocional como variable mediadora en la relación entre identidad de género y bienestar subjetivo. La implicación práctica podría ir orientada a tener en cuenta las relaciones que se han identificado entre las variables de estudio, en los programas que promueven el bienestar subjetivo y la inteligencia emocional.

En relación a las limitaciones y líneas futuras, este estudio ha sido realizado con muestras de la Región de la Murcia, por lo que se destaca la posibilidad de ampliar a otros contextos nacionales y culturales. Además, otras medidas de inteligencia emocional podrían utilizarse para analizar posibles variaciones que puedan darse, bien utilizando otras medidas de autoinforme o bien evaluando la ejecución de la inteligencia emocional. Por otro lado, se plantea llevar a cabo diseños de intervención que podrían

probar los resultados aquí encontrados. Se considera interesante, promover estudios longitudinales que corroboren los cambios en inteligencia emocional, bienestar e identidad de género. Por último, creemos conveniente plantear una línea de investigación centrada en estudios multinivel en grupos familiares que relacionen las variables estudiadas en personas adultas con las medidas de los y las menores, con el fin de conocer cómo transmiten o enseñan las personas adultas la inteligencia emocional a los y las menores.

RESUMEN GLOBAL

El bienestar subjetivo ha sido identificado como un componente de la calidad de vida. Su dilatado marco de investigación ha permitido reconocer el impacto que tiene en la salud. Esta tesis doctoral planteó como objetivo ampliar el conocimiento sobre el bienestar subjetivo en adolescentes y adultos. Para ello se ha profundizado en el estudio de su relación con la identidad de género y la inteligencia emocional. El objetivo planteado ha sido abordado a través de los artículos que conforman esta tesis doctoral, publicados en revistas indizadas en bases de datos internacionales con reconocido prestigio.

Como punto de partida se ha considerado analizar la identidad de género de los y las adolescentes españoles en términos de valencia, deseabilidad y tipicidad. Por otro lado, nos planteamos afrontar la evaluación de la identidad de género teniendo en cuenta el contexto cultural y temporal. Por lo tanto, el estudio 1 [Martínez-Marín, M. D., y Martínez, C. (2019a). Negative and positive attributes of gender stereotypes and gender stereotypes and gender self-attributions: A study with Spanish adolescents. *Child Indicators Research*, 12(3), 1043-1063. <https://doi.org/10.1007/s12187-018-9569-9>], se dirigió a conocer la conceptualización de la identidad de género en adolescentes españoles y a elaborar la versión española del instrumento GRI-JUG, el cual utiliza tanto atributos positivos como negativos (GRI-JUG-SP15). En general, nuestros resultados han permitido identificar un ligero cambio en los estereotipos de género en los y las adolescentes españoles. En población adolescente se identifica cierta ruptura con la tradicional asociación masculinidad-hombre y feminidad-mujer. Concretamente, el análisis factorial confirmatorio identificó que los atributos positivos estaban relacionados con las dimensiones de masculinidad y feminidad, mientras las negativas se describieron mejor en términos de actividad y pasividad. El hecho de que las y los adolescentes separen lo negativo de la masculinidad y la feminidad es un cambio relevante. Esto implicaría que lo negativo no tiene género, no está asociado a lo culturalmente vinculado a lo masculino o a lo femenino.

En relación con la valencia de los atributos, se encontró un amplio acuerdo entre chicos y chicas. Con respecto a la deseabilidad y la tipicidad, se halló un efecto tanto para el género del/la participante como para el *target gender*. Es decir, los chicos y las chicas evalúan de diferente manera la deseabilidad de los atributos independientemente de a quién vayan dirigidos, y también cuando son asociados a ellos o a ellas. En el caso de las chicas y de los atributos femeninos, están ocurriendo algunos cambios con respecto a los estereotipos tradicionales de género. Ya que se están incluyendo atributos masculinos positivos como deseables para ellas y las chicas están considerando como deseables los atributos tradicionalmente asociados a ellos. Concretamente, los resultados indicaron que los y las adolescentes consideraron: a) deseable para las chicas los adjetivos femeninos y masculinos positivos; b) el conjunto de atributos femeninos como más deseable para chicas. Sin embargo, no consideraron deseable para los chicos los atributos femeninos positivos, ni los chicos consideraron los atributos femeninos como más deseables.

El set de atributos femeninos fue considerado como más típico en chicas y el set masculino como más típico en chicos, siguiendo los estereotipos tradicionales de género. Sin embargo, esto no ocurrió en relación con la autoatribución, probablemente debido a la influencia que ha tenido la parte prescriptiva, ya que las chicas clasificaron los atributos masculinos como más deseables. Concretamente se halló que el 50% de los adjetivos fueron atribuidos por chicos y chicas indiscriminadamente, lo cual podría interpretarse como cierta disolución de lo masculino y femenino a la hora de autodefinirse. Finalmente, los chicos, pero no las chicas, utilizaron atributos negativos para su auto descripción. Los chicos se autoasignan adjetivos que han sido clasificados como deseables para ellos y ellas, mientras que las chicas se autoasignan los considerados deseables para ellas. Parece que ellas tienen una mayor influencia de las normas prescriptivas a la hora de la autoasignación.

El estudio 2 [Martínez-Marín, M. D., y Martínez, C. (2019b). Subjective well-being and gender typed attributes in adolescents: The relevance of emotional intelligence. *Australian Journal of Psychology*, 71(3), 296-304. <https://doi.org/10.1111/ajpy.12247>], por su parte tuvo como objetivo analizar la relación entre las tres variables de este estudio. Los resultados indicaron que la inteligencia emocional es mediadora en la relación entre bienestar subjetivo e identidad de género.

En general, este estudio puede considerarse como una confirmación de la hipótesis de la androginia. Los atributos positivos, tanto masculinos como femeninos, aumentan la satisfacción con la vida y el afecto positivo y disminuyen el afecto negativo, a través de una mayor claridad y reparación. Los atributos negativos disminuyen la satisfacción con la vida y el afecto positivo y aumentan el afecto negativo, a través de una menor claridad y reparación.

Un modelo diferente de mediación, en comparación con las otras dimensiones de la inteligencia emocional, se identificó para la atención emocional. La atención ha mostrado un efecto negativo en el bienestar subjetivo en la etapa adolescente. Concretamente, se ha hallado que los atributos femeninos positivos disminuyen la satisfacción con la vida y aumentan el afecto negativo a través de una mayor atención emocional. En este sentido, parece que mientras que la claridad y la reparación están positivamente asociadas con el bienestar subjetivo, la atención se asocia negativamente.

En cuanto a las implicaciones prácticas de este hallazgo, cabe destacar que los programas para mejorar la inteligencia emocional en adolescentes, deberían tener en cuenta la identidad de género de las personas. En el sentido de favorecer y fomentar el autoconcepto de género andrógino, así como considerar la relación negativa establecida entre femenino positivo y satisfacción con la vida a través de la atención emocional.

Este estudio identificó diferencias de género en relación con las variables estudiadas. Concretamente, se halló que las chicas puntúan más que los chicos en afecto negativo, atención emocional y atributos Fem+, mientras que los chicos puntúan más que las chicas en Mas+.

En el estudio 3 [Martínez-Marín, M.D., Martínez, C., y Paterna, C. (2020). Gendered self-concept and gender as predictors of emotional intelligence: A comparison through of age. *Current Psychology*. Publicación online. <https://doi.org/10.1007/s12144-020-00904-z>.], se trata de analizar de la identidad de género y la inteligencia emocional en función de la edad. Para ello se plantearon diferentes objetivos específicos: a) conocer la conceptualización de la identidad de género en diferentes grupos de edad; b) investigar la relevancia de la identidad de género y el género como predictores de la inteligencia emocional en función de la edad y c) realizar la versión española del instrumento PN-

SRI, el cual utiliza tanto atributos positivos como negativos en la evaluación de la identidad de género en adultos.

La versión española de la medida de identidad de género para adultos (PN-SRI-SP20), que incluye atributos positivos y negativos, se ajusta a un modelo de 4 factores: masculino positivo, femenino positivo, masculino negativo y femenino negativo. Se confirma que mujeres y hombres mantienen una identidad de género tradicional. Estos resultados confirman la estabilidad de los estereotipos de género en adultos.

Nuestros resultados han identificado que la identidad de género es más positiva con la edad, las personas de mediana edad se atribuyen adjetivos masculinos positivos, mientras que los otros grupos de edad se los atribuyen de las dimensiones negativas. En función del género se halló que los hombres jóvenes mantienen una identidad de género más positiva que las mujeres jóvenes. Además, las mujeres de mediana edad se atribuyen más que los hombres atributos femeninos negativos. Esto podría tener su implicación en la investigación y en el diseño de programas para mejorar la identidad de género en adolescentes y personas jóvenes especialmente y en las mujeres jóvenes y de mediana edad particularmente.

La identidad de género (*gender typing*) ha mostrado más relevancia que el género para predecir la inteligencia emocional en todos los grupos de edad. El género solo fue relevante para la reparación en el grupo de personas de mediana edad. Este hecho podría aclarar la controversia que se ha identificado en relación con las diferencias entre mujeres y hombres en inteligencia emocional en la investigación científica.

Las diferencias en inteligencia emocional en función de los grupos de edad indicaron que ésta mejora con la edad. Las personas de mediana edad puntuaron más en claridad y reparación que los otros grupos de edad.

En conjunto, estos tres estudios aportan información sobre el bienestar subjetivo en adolescentes y adultos, de forma particular, sobre la conceptualización y evaluación de la identidad de género en adolescentes y adultos, la relación entre la variable dependiente y la identidad de género y la inteligencia emocional, así como su evolución en función de la edad.

En resumen, estos estudios resaltan la importancia de la inclusión de los atributos negativos en la conceptualización y evaluación de la identidad de género en adolescentes y adultos. Esto ha permitido identificar cierta ruptura en la tradicional asociación masculinidad-hombre y feminidad-mujer en población adolescente. Se ha hallado el efecto mediador de la inteligencia emocional en la relación entre identidad de género y bienestar subjetivo. Se ha identificado la relevancia de la identidad de género en la promoción del bienestar subjetivo y la inteligencia emocional. Además, se ha confirmado la hipótesis de la androginia en la promoción del bienestar subjetivo. La implicación práctica de estos hallazgos podría ir orientada a tener en cuenta las relaciones que se han identificado entre las variables de estudio, en los programas que promueven el bienestar subjetivo y la inteligencia emocional.

REFERENCIAS

- Alcántara, M.D. (2002). De abnegada a maltratada: la socialización en la violencia de género. En M.T. López, M.J. Jiménez y E.M. Gil (Eds.), *Violencia y género I* (pp. 515-520). Servicio de Publicaciones del Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga.
- Amezcuca, J. A., y Pichardo, M. C. (2000). Teenagers' gender differences in self-concept. *Anales de Psicología, 16*, 207–214.
- Argyle, M. (2001). *The psychology of happiness* (2ª ed.). Routledge.
- Athenstaedt, U. (2003). On the content and structure of the gender role self-concept: Including gender stereotypical behaviors in addition to traits. *Psychology of Women Quarterly, 27*, 309–318. <https://doi.org/10.1111/pwqu.2003.27.issue-4>.
- Atienza, F.L., Pons, D., Balaguer, I., y García-Merita, M. (2000). Psychometric properties of the satisfaction with life scale in adolescents. *Psicothema, 12*(2), 314-319.
- Ayuste, A., Romañá, T, Salinas, H., y Trilla, J. (2001). Educación y calidad de vida. Las cosas, los otros, uno mismo. En G. Vázquez (ed.), *Educación y calidad de vida* (pp. 117-167). Editorial Complutense.
- Bakan, D. (1966). *The duality of human existence: An essay on psychology and religion*. Rand McNally.
- Bar-On, R. (1997). *The emotional quotient inventory (EQ-I): A test of emotional intelligence*. Multi-Health Systems, Inc.
- Bar-On, R. (2006). The Bar-On model of emotional-social intelligence (ESI). *Psicothema, 18*, 13-25.
- Baron-Cohen, S. (2002). The extreme male brain theory of autism. *Trends in Cognitive Science, 6*, 248-254.
- Baron-Cohen, S. (2003). *The essential difference: the truth about the male and female brain*. Basic Books.
- Barrón, A. (1996). *Apoyo social. Aspectos teóricos y aplicaciones*. Siglo XXI editores.

- Bem, S. L. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42(2), 155–162. <https://doi.org/10.1037/h0036215>.
- Ben-Arieh A., Casas F., Frønes I., y Korbin J.E. (2014). Multifaceted Concept of Child Well-Being. En A. Ben-Arieh, F. Casas, I. Frønes I. y J. Korbin (Eds), *Handbook of Child Well-Being* (pp. 1-27). Springer. https://doi.org/10.1007/978-90-481-9063-8_134.
- Berger, A., y Krahe, B. (2013). Negative attributes are gendered too: Conceptualizing and measuring positive and negative facets of sex-role identity. *European Journal of Social Psychology*, 43, 516–531. <https://doi.org/10.1002/ejsp.1970>.
- Biernat, M., Vescio, T. K., y Green, M. L. (1996). Selective self-stereotyping. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, 1194–1209.
- Biswas-Diener, R., Diener, E., y Tamir, M. (2004). The psychology of subjective wellbeing. *Daedalus*, 133, 18-25. <https://doi.org/10.1162/001152604323049352>.
- Blanch, J. M., Sahagun, M.; Cantera, L., y Cervantes, G (2010). Cuestionario de Bienestar Laboral General: Estructura y Propiedades Psicométricas. *Revista de Psicología del trabajo y de las Organizaciones*, 26(2),157-170. <https://doi.org/10.5093/tr2010v26n2a7>.
- Blanchard-Fields F. (2007). Everyday Problem Solving and Emotion: An Adult Developmental Perspective. *Current Directions in Psychological Science*. 16(1),26-31. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8721.2007.00469.x>.
- Bonilla, A. (2008). Género, identidades y violencia. En I. Martínez Benlloch, (ed.). *Imaginario cultural, construcción de identidades de género y violencia: formación para la igualdad en adolescentes* (p. 15-34). Instituto de la Mujer.
- Bosak, J., Eagly, A., Diekman, A., y Sczesny, S. (2017). Women and men of the past, present, and future: Evidence of dynamic gender stereotypes in Ghana. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 49(1), 115– 129. <https://doi.org/10.1177/0022022117738750>.
- Bosson, J. K., y Michniewicz, K. S. (2013). Gender dichotomization at the level of ingroup identity: What it is, and why men use it more than women. *Journal of Personality and Social Psychology*, 105, 425–442. <https://doi.org/10.1037/a0033126>.
- Bower, G. H. (1981). Mood and memory. *American Psychologist*, 36(2), 129–148. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.36.2.129>.

- Brackett, M. A., y Mayer, J. D. (2003). Convergent, discriminant, and incremental validity of competing measures of emotional intelligence. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 29, 1147–1158. <https://doi.org/10.1177/0146167203254596>.
- Brackett, M.A., y Salovey, P. (2006). Measuring emotional intelligence with the Mayer-Salovey-Caruso emotional intelligence test (MSCEIT). *Psicothema*, 18, 34-41.
- Brdar, I., Rijavec, M., y Miljković, D. (2009). Life goals and well-being: Are extrinsic aspirations always detrimental to well-being? *Psychological Topics*, 18, 317-334.
- Brickman, P., Costes, D., y Janoff-Bulman, R. (1978). Lottery winners and accident victims: Is happiness relative? *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, 917-927.
- Brody, L.R., y Hall, J.A. (2000). Gender, emotion and expression. En M. Lewis y J. M. Haviland (Eds.), *Handbook of emotions* (pp. 338-349). Guilford.
- Bruine de Bruin, W., Parker, A. M., y Strough, J. (2016). Choosing to be happy? Age differences in "maximizing" decision strategies and experienced emotional well-being. *Psychology and aging*, 31(3), 295–300. <https://doi.org/10.1037/pag0000073>.
- Cabello, R., Sorrel, M. A., Fernández-Pinto, I., Extremera, N., y Fernández-Berrocal, P. (2016). Age and gender differences in ability emotional intelligence in adults: A cross-sectional study. *Developmental Psychology*, 52(9), 1486–1492. <https://doi.org/10.1037/dev0000191>.
- Cabrera-Darias, M.E., y Marrero-Quevedo, R. J. (2015). Motivos, personalidad y bienestar subjetivo en el voluntariado. *Anales de Psicología*, 31 (3), 791-801. <https://doi.org/10.6018/analesps.31.3.180921>.
- Calvo, M. M. (2014). El péndulo oscila hacia ambos lados: género, patriarcado y equidad. *Revista Estudios*, 29, 1-17.
- Campbell, A., Converse, P. E., y Rogers. W. L. (1976). *The quality of American life*. Russell Sage Foundation.
- Carp, F. M., y Carp, A. (1982). Test of a model of domain satisfactions and well-being: Equity considerations. *Research on Aging*, 4, 503-522. <https://doi.org/10.1177/0164027582004004005>.
- Carr, A. (2004). *Positive Psychology: The Science of Happiness and Human Strength*. Brunner-Routledge.
- Carr, B., Ben Hagai, E., y Zurbriggen, E. L. (2015). Queering Bem: Theoretical intersections between Sandra Bem's scholarship and queer theory. *Sex Roles*. Advance online publication. <https://doi.org/10.1007/s11199-015-0546-1>.

- Carretero, R., y Nolasco, A. (2016). La inteligencia emocional desde la perspectiva sexista. En F. Soler., L. Aparicio., L.O. Díaz, E. Escolano, y A. Rodríguez (Eds.), *Inteligencia emocional y bienestar*, (pp .445-454). Universidad San Jorge.
- Carstensen, L. L., Pasupathi, M., Mayr, U., y Nesselroade, J. R. (2000). Emotional experience in everyday life across the adult life span. *Journal of Personality and Social Psychology*, 79(4), 644–655. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.79.4.644>.
- Casas, F. (1991). El concepto de calidad de vida en la intervención social en el ámbito de la infancia. En Colegio Oficial de Psicólogos (ed.), *III Jornadas de Psicología de la Intervención Social* (pp. 649-672). Instituto Nacional de Servicios Sociales.
- Casas, F. (1999). Calidad de vida y Calidad humana. En *Papeles del Psicólogo*. Noviembre, n° 74 (pp.73-82). PPU.
- Casas, F., Sarriera, J. C., Abs, D., Coenders, G., Alfaro, J., Saforcada, E., y Tonon, G. (2012). Subjective indicators of personal well-being among adolescents. Performance and results for different scales in Latin-language speaking countries: A contribution to the international debate. *Child Indicators Research*, 5(1), 1–28. <https://doi.org/10.1007/s12187-011-9119-1>.
- Castro-Schilo, L., y Kee, D.W. (2010). Gender differences in the relationship between emotional intelligence and right hemisphere lateralization for facial processing. *Brain and Cognition*, 73(1), 62-67. <https://doi.org/10.1016/j.bandc.2010.03.003>.
- Chaplin, T. (2015). Gender and emotion expression: A developmental contextual perspective. *Emotional Review*, 7(1), 14–21. <https://doi.org/10.1177/1754073914544408>.
- Cheung, G. W., y Rensvold, R. B. (2002). Evaluating goodness-of-fit indexes for testing measurement invariance. *Structural Equation Modeling*, 9, 233–255. https://doi.org/10.1207/S15328007SEM0902_5.
- Connell, R. W. (2003). *Masculinidades*. PUEG-UNAM.
- Conway, M. (2000). On sex roles and representation of emotional experience: masculinity, femininity and emotional awareness. *Sex Roles*, 43(9-10), 687-698. <https://doi.org/10.1023/A:1007156608823>.
- Conway, M., Giannopoulos, C., y Stiefenhofer, K. (1990). Response styles to sadness are related to sex and sex-role orientation. *Sex Roles*, 22, 579–587. <https://doi.org/10.1007/BF00288236>.
- Costa, P.T., Jr., y McCrae, R.R. (1992). *The Revised NEO Personality Inventory (NEO-PI-R) and NEO-Five-Factor Inventory (NEO-FFI) professional manual*. Psychological Assessment Resources.

- Croft, A., Schmader, T., y Block, K. (2015). An underexamined inequality: Cultural and psychological barriers to men's engagement with communal roles. *Personality and Social Psychology Review*, 19, 343–370. <https://doi.org/10.1177/1088868314564789>.
- Cummins, R., y Cahill, J. (2000). Avances en la comprensión de la calidad de vida subjetiva. *Intervención psicosocial*, 9 (2), 185-198.
- Cuñado, J., y Pérez de Gracia, F. (2012). Does education affect happiness? Evidence for Spain. *Social indicators research*, 108(1), 185-196. <https://doi.org/10.1007/s11205-011-9874-x>.
- Deaux, K., y Lafarncce, M. (1998). Gender. En E. T. Gilbert, S. T. Fiske y G. Lindzey (Eds.), *The handbook of social Psychology* (4ª ed., pp. 788-827). McGraw-Hill.
- DeNeve, K. M., y Cooper, H. (1998). The happy personality: A meta-analysis of 137 personality traits and subjective well-being. *Psychological Bulletin*, 124(2), 197-229. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.124.2.197>.
- Díaz, T., y Bui, N. (2017). Subjective well-being in Mexican and Mexican American women: The role of acculturation, ethnic identity, gender roles, and perceived social support. *Journal of Happiness Studies*, 18(2), 607–624. <https://doi.org/10.1007/s10902-016-9741-1>.
- DiDonato, M. D., y Berenbaum, S. A. (2011). The benefits and drawbacks of gender typing: How different dimensions are related to psychological adjustment. *Archives of Sexual Behavior*, 40, 457–463. <https://doi.org/10.1007/s10508-010-9620-5>.
- Diekman, A. B., Eagly, A.H., y Johnston, A. M. (2010). Social structure. In J. F. Dovidio, M. Hewstone, P. G. Glick, y V. M. Esses (Eds.), *The Sage handbook of prejudice, stereotyping, and discrimination* (pp. 209–224). Sage.
- Diekman, A. B., y Eagly, A. H. (2000). Stereotypes as dynamic constructs: Women and men of the past, present, and future. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 26, 1171–1188. <https://doi.org/10.1177/0146167200262001>.
- Diener, E. (1984). Subjective Well-Being. *Psychological Bulletin*, 95(3), 542-575. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.95>.
- Diener, E. (1994). El bienestar subjetivo. *Intervención Psicosocial*, 3(8), 67-113.
- Diener, E. (2000). Subjective well-being: The science of happiness and a proposal for a national index. *American Psychologist*, 55(1), 34-43. <https://doi.org/10.1037/0003-066x.55.1.34>.
- Diener, E. (2009). Assessing well-being: Progress and opportunities. En E. Diener (ed.) *Assessing well-being. The collected works of Ed Diener* (pp. 25- 65). Springer.

- Diener, E., Emmons, R., Larsen, R., y Griffin, S. (1985a). The Satisfaction with Life Scale. *Journal of Personality Assessment*, 49, 71–75. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-2909.125.2.276>.
- Diener, E., y Fujita, F. (1995). Resources, personal strivings and subjective well-being: A nomothetic and idiographic approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 926-935. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.68.5.926>
- Diener, E., Gohm, C., Suh, E., y Oishi, S. (2000). Similarity of the relations between marital status and subjective well-being across cultures. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 31(4), 419-436. <http://doi.org/10.1177/0022022100031004001>.
- Diener, E., Larsen, R., Levine, S., y Emmons, R. (1985b). Intensity and frequency: Dimensions underlying positive and negative affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48 (5), 1253-1265. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.48.5.1253>.
- Diener, E., Oishi, S., y Lucas, R. E. (2003). Personality, culture and subjective well-being: Emotional and cognitive evaluations of life. *Annual Review of Psychology* 54(1), 403-425. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.54.101601.145056>.
- Diener, E., Sandvik, E., y Pavot, W. (1991). Happiness is the frequency, not the intensity, of positive versus negative affect. En F. Strack y M. Argyle (Eds.), *Subjective well-being: An interdisciplinary perspective. International series in experimental social psychology*, (vol. 21, pp. 119-139). Pergamon Press.
- Diener, E., y Suh, E., (1998). The shifting basis of life satisfaction judgments across cultures: Emotions versus norms. *Journal of personality and social psychology*, 74(2), 482. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.74.2.482>.
- Diener, E., Suh, E.M., Lucas, R.E., y Smith, H.L. (1999). Subjective well-being: Three decades of progress. *Psychological Bulletin*, 125(2), 276-302. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.125.2.276>.
- Díez, E. J. (2015). Códigos de masculinidad hegemónica en educación. *Revista Iberoamericana de Educación*, 68, 79-98.
- Donnelly, K., y Twenge, J. M. (2017). Masculine and feminine traits on the Bem sex-role inventory, 1993– 2012: A cross-temporal meta-analysis. *Sex Roles*, 4(1–10), 556–565. <https://doi.org/10.1007/s11199-016- 0625-y>.
- Eagan, S. K., y Perry, D. G. (2001). Gender identity: A multidimensional analysis with implications for psychosocial adjustment. *Developmental Psychology*, 37, 451–463. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.37.4.451>.
- Eagly, A. H. (1987). *Sex differences in social behavior: A social interpretation*. LEA.

- Eagly, A. H., y Wood, W. (2013). The nature-nurture debates: 25 years of challenges in understanding the psychology of gender. *Perspectives on Psychological Science*, 8(3), 340–357. <https://doi.org/10.1177/1745691613484767>.
- Easterlin, R. A., McVey, L. A., Switek, M., Sawangfa, O., y Zweig, J. S. (2010). The happiness-income paradox revisited. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 107, 22463-22468. <https://doi.org/10.1073/pnas.1015962107>.
- Emmons, R. A. (1992). Abstract versus concrete goals: Personal striving level, pshysical illness, and psychological well-being. *Journal of Personality and Social Psychology*, 62, 292-300. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.62.2.292>.
- Eronen, S., y Nurmi, J. (1999). Life events, predisposing cognitive strategies and well-being. *European Journal of Personality*, 13(2), 129-148. [https://doi.org/10.1002/\(SICI\)1099-0984\(199903/04\)13:2<129::AID-PER323>3.0.CO;2-9](https://doi.org/10.1002/(SICI)1099-0984(199903/04)13:2<129::AID-PER323>3.0.CO;2-9).
- Extremera, N., y Fernández-Berrocal, P. (2007). Inteligencia emocional y salud. En J. M. Mestre y P. Fernández-Berrocal (Eds.). *Manual de Inteligencia Emocional*, (p. 173-187). Pirámide.
- Extremera, N., y Fernández-Berrocal, P. (2009). *Test de Inteligencia Emocional de Mayer, Salovey y Caruso*. TEA Ediciones.
- Extremera, N., Fernández-Berrocal, P., y Salovey, P. (2006). Spanish version of the Mayer-Salovey-Caruso emotional intelligence test (MSCEIT) version 2.0: Reliabilities, age, and gender differences. *Psicothema*, 18, 42–48.
- Fariselli, L., Massimiliano, G., y Freedman, J. (2006). *Age and emotional intelligence*. White paper. www.6seconds.org/sei/media/WP_EQ_and_Age.Pdf.
- Fernández-Berrocal, P., Cabello, R., Castillo, R., y Extremera, N. (2012). Gender differences in emotional intelligence: The mediating effect of age. *Behavioral Psychology*, 20(1), 77–89.
- Fernández-Berrocal, P., y Extremera, N. (2003). ¿En qué piensan las mujeres para tener un peor ajuste emocional? *Encuentros en Psicología social*, 1, 255-259.
- Fernández-Berrocal, P., y Extremera, N. (2008). El papel de la Inteligencia Emocional en el alumnado: Evidencias empíricas. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 6(2), 1-17.
- Fernández-Berrocal, P., Extremera, N., y Ramos, N. (2004). Validity and reliability of the Spanish modified version of the trait Meta-mood scale. *Psychological Reports*, 94, 751–755. <https://doi.org/10.2466/pr0.94.3.751-755>.

- Fernández-Berrocal, P., Ramos, N., y Extremera, N. (2001). Inteligencia Emocional, supresión crónica de pensamientos y ajuste psicológico. *Boletín de Psicología*, 70, 79-95.
- Ferrer-Pérez, V. (2019). En tierra de hombres, o la necesidad de acabar con los estereotipos sexistas si queremos superar la división sexual del trabajo. *Revista C8M 3*, 7-9.
- Ferrer-Pérez, V. y Bosch-Fiol, E. (2013). Del amor romántico a la violencia de género. Para una coeducación emocional en la agenda educativa. *Revista de currículum y formación del profesorado*, 17(1), 105-122.
- Ferrer-Pérez, V. y Bosh-Fiol, E. (2014). La medida del constructo masculinidad-feminidad en la actualidad: algunas reflexiones sobre el caso del Bem Sex Role Inventory. *Revista de Psicología Social: International Journal of Social Psychology*, 29(1), 180-207. <https://doi.org/10.1080/02134748.2013.878569>.
- Festinger, L. (1954). A theory of social comparison processes. *Human Relations*, 7, 117-140. <https://doi.org/10.1177/001872675400700202>.
- Fischer, A. H. (Ed.) (2000). *Studies in emotion and social interaction. Second series. Gender and emotion: Social psychological perspectives*. Cambridge University Press.
- Fleming, P. J., Harris, K. M., y Halpern, C. T. (2016). Description and evaluation of a measurement technique for assessment of performing gender. *Sex Roles*. Advance online publication. <https://doi.org/10.1007/s11199-016-0657-3>.
- García, E. (2015). La influencia de la inteligencia emocional en el comportamiento agresivo [Tesis doctoral, Universidad de Málaga]. Repositorio institucional. <http://hdl.handle.net/10630/11681>.
- García, M. A. (2002). El bienestar subjetivo. *Escritos de Psicología*, 6, 18-39.
- García-Mina, A. (2004). Adaptación española del Inventario de Rol Sexual. *Miscelánea Comillas*, 62, 347-420.
- García-Retamero, R., Müller, S. M., y López-Zafra, E. (2011). The malleability of gender stereotypes: Influence of population size of perceptions of men and women in the past, present, and future. *The Journal of Social Psychology*, 151(5), 635-656. <https://doi.org/10.1080/00224545.2010.522616>.
- García-Viniegras, C., y González, I. (2000). La categoría bienestar psicológico, su relación con otras categorías sociales. *Revista Cubana de Medicina Integral*, 16 (6), 586-592.

- Gardner, K. J., y Qualter, P. (2011). Factor structure, measurement invariance and structural invariance of the MSCEIT V2.0. *Personality and Individual Differences*, 51, 492–496. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2011.05.004>.
- Gartzia, L., Aritzeta, A., Balluerka, N., y Barberá, E. (2012). Inteligencia emocional y género: más allá de las diferencias sexuales. *Anales de Psicología*, 28(2), 567–575. <https://doi.org/10.6018/analesps.28.2.124111>.
- Giddens, A. (2001). *Sociología*. Alianza Editorial.
- Gil, E.P., y Lloret I. (2007). *La violencia de género*. Editorial UOC.
- Glick, P., Lameiras, M., Fiske, S. T., Eckes, T., Masser, B., Volpato, C., et al. (2004). Bad but bold: Ambivalent attitudes toward men predict gender inequality in 16 nations. *Journal of Personality and Social Psychology*, 86, 713–728. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.86.5.713>.
- Goldbeck, L., Schmitz, T. G., Nesier, T., Herschbach, P., y Henrich, G. (2007). Life satisfaction decreases during adolescence. *Quality of Life Research*, 16, 969–979. <https://doi.org/10.1007/s11136-007-9205-5>.
- Golden, C. R., y McHugh, M. C. (2017). The personal, political, and professional life of Sandra Bem. *Sex Roles*, 76, 529–543. <https://doi.org/10.1007/s11199-016-0674-2>.
- Goleman, D. (1995). *La Inteligencia emocional*. Kairós.
- González-Carrasco, M., Casas, F., Malo, S., Viñas, F., y Dinisan, T. (2017). Changes with age in subjective well-being through the adolescent years: Differences by gender. *Journal of Happiness Studies*, 18, 63–88. <https://doi.org/10.1007/s10902-016-9717-1>.
- González-Villalobos, J. A., y Marrero, R. J. (2017). Determinantes sociodemográficos y personales del bienestar subjetivo y psicológico en población mexicana. *Suma Psicológica*, 24, 59-66. <https://doi.org/10.1016/j.sumpsi.2017.01.002>.
- Goñi, E., Esnaola, I., Rodríguez, A., y Camino, I. (2015). Personal self-concept and satisfaction with life in adolescence, youth and adulthood. *Psicothema*, 27(1), 52-58.
- Gross, J., Carstensen, L., Pasupathi, M., Tsai, J., Götestam Skorpen, C., y Hsu, A. (1997). Emotion and aging: experience, expression, and control. *Psychology and Aging*, 12(4), 590- 599. <http://dx.doi.org/10.1037/0882-7974.12.4.590>.
- Gross, J., y John, O. P. (2003). Individual differences in two emotion regulation processes: Implications for affect, relationships, and wellbeing. *Journal of Personality and Social Psychology*, 85(2), 348–362. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.85.2.348>.

- Guastello, D. D., y Guastello, S. J. (2003). Androgyny, gender role behavior and emotional intelligence among collage students and their parents. *Sex Roles*, 49(11/12), 663–673. <https://doi.org/10.1023/B:SERS.0000003136.67714.04>.
- Haines, E. L., Deaux, K., y Lofaro, N. (2016). The times they are achanging... or are they not? A comparison of gender stereotypes, 1983-2014. *Psychology of Women Quarterly*, 20(3), 353–363. <https://doi.org/10.1177/0361684316634081>.
- Hayes, A. F. (2013). *Introduction to mediation, moderation, and conditional process analysis*. The Guilford Press.
- Helliwell, J. F. (2003). How's life? Combining individual and national variables to explain subjective well-being. *Economic modelling*, 20(2), 331-360. [https://doi.org/10.1016/S0264-9993\(02\)00057-3](https://doi.org/10.1016/S0264-9993(02)00057-3).
- Hernangómez, G., Vázquez, C., y Hervás, G. (2008). El paisaje emocional a lo largo de la vida. En C. Vázquez y G. Hervás (eds.), *Bienestar: Fundamentos científicos de una Psicología Positiva*. Alianza Editorial.
- Hyde, J. S. (2005). The gender similarities hypothesis. *American Psychologist*, 60(6), 581–592. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.60.6.581>.
- Izquierdo, I., Olea, J., y Abad, F. J. (2014). Exploratory factor analysis in validation studies: Uses and recommendations. *Psicothema*, 26, 395–400.
- John, O. P., y Gross, J. J. (2004). Healthy and unhealthy emotion regulation: Personality processes, individual differences, and life span development. *Journal of Personality*, 72, 1301–1333. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.2004.00298.x>.
- Johnson, D. P., y Whisman, M. A. (2013). Gender differences in rumination: A meta-analysis. *Personality and Individual Differences*, 55(4), 367–374. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2013.03.019>.
- Joseph, D.L., y Newman, D.A. (2010). Emotional intelligence: An integrative metaanalysis and cascading model. *Journal of Applied Psychology*, 95, 54-78. <https://doi.org/10.1037/a0017286>.
- Kasser, T., y Ryan, R. M. (1993). A dark side of the American dream: Correlates of financial success as a central life aspiration. *Journal of Personality and Social Psychology*, 65, 410-422. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.65.2.410>.
- Kaufman, A. S., Johnson, C. K., y Liu, X. (2008). A CHC theory-based analysis of age differences on cognitive abilities and academic skills at ages 22 to 90 years. *Journal of Psychoeducational Assessment*, 26(4), 350–381. <https://doi.org/10.1177/0734282908314108>.

- Keener, E., y Mehta, C. (2017). Sandra Bem: Revolutionary and Generative Feminist Psychologist. *Sex Roles* 76, 525–528. <https://doi.org/10.1007/s11199-017-0770-y>.
- Keener, E., Strough, J., y DiDonato, L. (2012). Gender differences and similarities in strategies for managing conflict with friends and romantic partners. *Sex Roles*, 67, 83–97. <https://doi.org/10.1007/s11199-012-0131-9>.
- Keyes, C.L. (2006). Subjective well-being in mental health and human development research worldwide: An introduction. *Social Indicators Research*, 77(1), 1-10. <https://doi.org/10.1007/s11205-005-5550-3>.
- Kong, F., y Zhao, J. (2013). Affective mediators of the relationship between trait emotional intelligence and life satisfaction in young adults. *Personality and Individual Differences*, 54, 197–201. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2012.08.028>.
- Kotsou, I., Nelis, D., Grégoire, J., y Mikolajczak, M. (2011). Emotional plasticity: Conditions and effects of improving emotional competence in adulthood. *Journal of Applied Psychology*, 96(4), 827-839. <https://doi.org/10.1037/a0023047>.
- Krahé, B., Berger, A., y Möller, I. (2007). Entwicklung und Validierung eines Inventars zur Erfassung der Geschlechtsrollenorientierung im Jugender. *Zeitschrift für Sozialpsychologie*, 38, 195–208.
- Kun, B., y Demetrovics, Z. (2010). Emotional intelligence and addictions: a systematic review. *Substance Use and Misuse*, 45, 1131- 1160. <http://dx.doi.org/10.3109/10826080903567855>.
- Kunzmann, U., Little, T. D., y Smith, J. (2000). Is age-related stability of subjective well-being a paradox? Cross-sectional and longitudinal evidence from the Berlin Aging Study. *Psychology and Aging*, 15(3), 511–526. <https://doi.org/10.1037/0882-7974.15.3.511>.
- Kurtz, J. L., y Lyubomirsky, S. (2011). Positive psychology. En M. R. Mehl y T. S. Conner (Eds.), *Handbook of research methods for studying daily life* (pp. 553-568). The Guilford Press.
- Labouvie-Vief, G., y Medler, M. (2002). Affect optimization and affect complexity: Modes and styles of regulation in adulthood. *Psychology and Aging*, 17(4), 571–588. <https://doi.org/10.1037/0882-7974.17.4.571>.
- Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Horas y horas.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México.

- Lee, G.R, DeMaris, A., Bavin, S., y Sullivan, R. (2001). Gender differences in the depressive effect of widowhood in later life. *Journals of Gerontology: Series B – Psychological Sciences and Social Sciences*, 56(1), 56-61. <https://doi.org/10.1093/geronb/56.1.S56>.
- Liberalesso, A. (2002). Bienestar subjetivo en la vida adulta y la vejez: hacia una psicología positiva en América Latina. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 34 (1-2), 55-74.
- López-Zafra, E., y García-Retamero, R. (2012). Do gender stereotypes change? The dynamic of gender stereotypes in Spain. *Journal of Gender Studies*, 21(2), 169–183. <https://doi.org/10.1080/09589236.2012.661580>.
- López-Zafra, E., y Gartzia, L. (2014). Perceptions of gender differences in self-report measures emotional intelligence. *Sex Roles*, 70, 479-495. <https://doi.org/10.1007/s11199-014-0368-6>.
- Lucas, R. E., y Diener, E. (2008). Personality and subjective well-being. En O. P. John, R. Robins y L. A. Pervin (Eds.), *Handbook of Personality* (2ª ed., pp. 795-814). Guilford.
- Lucas, R., Diener, E., y Larsen, R. (2003). Measuring positive emotions. En C. R. Snyder y M. Lopez (eds.), *Positive Psychological Assessment: A handbook of models and measures* (pp. 201-218). American Psychological Association.
- Lucas, R., y Gohm, C. (2000). Age and sex differences in subjective well-being across cultures. En E. Diener, y E. M. Suh (Eds.), *Culture and subjective well-being* (pp. 291–317). MIT Press.
- Luhtanen, R., y Crocker, J. (1992). A collective self-esteem scale: Selfevaluation of one's social identity. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18, 302–318. <https://doi.org/10.1177/0146167292183006>.
- Lyubomirsky, S. (2007). *The how of happiness*. The Penguin Press.
- Lyubomirsky, S., Sheldon, K. M., y Schkade, D. (2005). Pursuing happiness: The architecture of sustainable change. *Review of General Psychology*, 9, 111-131. <https://doi.org/10.1037/1089-2680.9.2.111>.
- Marrero, R. J., y Carballeira, M. (2010). El papel del optimismo y del apoyo social en el bienestar subjetivo. *Salud mental*, 33(1), 39-46.
- Martin, C. L., Cook, R. E., y Andrews, N. C. Z. (2017). Reviving androgyny: A modern day perspective on flexibility of gender identity and behavior. *Sex Roles*, 76, 592–603. <https://doi.org/10.1007/s11199-016-0602-5>.

- Martínez, A. E., Piqueras, J. A., e Inglés, C. J. (2011). Relaciones entre inteligencia emocional y estrategias de afrontamiento ante el estrés. *Revista electrónica de motivación y emoción*, 14(37), 1–24.
- Martínez-Benlloch, I. (2008). Introducción. En I. Martínez-Benlloch, (ed.). *Imaginario cultural, construcción de identidades de género y violencia: formación para la igualdad en adolescentes* (p. 8-14). Instituto de la Mujer.
- Martínez-Benlloch, I., y Bonilla, A. (2000). *Sistema sexo/género, identidades y construcción de la subjetividad*. Universitat de València.
- Martínez-Marín, M.D., y Martínez, C. (2019a). Negative and positive attributes of gender stereotypes and gender self-attributions: A study with spanish adolescents. *Child Indicators Research*, 12(3), 1043-1063. doi: 10.1007/s12187-018-9569-9.
- Martínez-Marín, M. D., y Martínez, C. (2019b). Subjective well-being and gender typed attributes in adolescents: The relevance of emotional intelligence. *Australian Journal of Psychology*, 71(3), 296-304. <https://doi.org/10.1111/ajpy.12247>.
- Martínez-Marín, M. D., Martínez, C., y Paterna, C. (2020). Gendered self-concept and gender as predictors of emotional intelligence: A comparison through of age *Current Psychology*. Publicación online. <https://doi.org/10.1007/s12144-020-00904-z>.
- Martins, A., Ramalho, N., y Morin, E. (2010). A comprehensive meta-analysis of the relationship between emotional intelligence and health. *Personality and Individual Differences*, 49, 554–564. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2010.05.029>.
- Maslow, A. H. (1943). Una teoría de la motivación humana. *Psychological Review*, 50 (4), 370-96.
- Mayer, J. D., Caruso, D. R., y Salovey, P. (1999). Emotional intelligence meets traditional standards for an intelligence. *Intelligence*, 27, 267–298. [https://doi.org/10.1016/S0160-2896\(99\)00016-1](https://doi.org/10.1016/S0160-2896(99)00016-1).
- Mayer, J. D., y Salovey, P. (1997). What is emotional intelligence? En P. Salovey y D. Sluyter (Eds.), *Emotional Development and Emotional Intelligence: implications for educators* (pp. 3-31). Basic Books.
- Mayer, J. D., Salovey, P., y Caruso, D. R. (2000). *Mayer-Salovey-Caruso emotional intelligence test (MSCEIT) ítemblocket, research version*. MHS Publishers.
- Mayer, J.D., Salovey, P., y Caruso, D.R. (2008). Emotional intelligence. New ability or eclectic traits? *American Psychologist*, 63(6), 503-517. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.63.6.503>.

- Mayer, J.D., Salovey, P., Caruso, D., y Cherkasskiy, L. (2011). Emotional intelligence. En J. Stenberg, y B. Kaufman (Eds.), *The Cambridge Handbook of intelligence* (pp. 528-549). University Press.
- Mayer, J. D., Salovey, P., Caruso, D. R., y Sitarenios, G. (2001). Emotional intelligence as a standard intelligence. *Emotion*, 1(3), 232-242. <https://doi.org/10.1037/1528-3542.1.3.232>.
- McDonald, R. P. (1999). *Test theory: A unified treatment*. Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- McIntyre, H. H. (2010). Gender differences in the nature and linkage of higher-order personality factors to trait and ability emotional intelligence. *Personality and Individual Differences*, 48(5), 617–622. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2009.12.019>.
- McIntyre, M. H, y Edwards, C. P. (2009). The early development of gender differences. *Annual Review of Anthropology*, 38, 83-97. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-091908-164338>.
- Mehta, C. M., y Dementieva, Y. (2017). The contextual specificity of gender: Femininity and masculinity in college students' same-and other-gender peer contexts. *Sex Roles*, 76, 604–614. <https://doi.org/10.1007/s11199-016-0632-z>.
- Menon, M. (2017). Multidimensional gender identity and gender-typed relationship styles in adolescence. *Sex Roles*, 76, 579–594. <https://doi.org/10.1007/s11199-016-0589-y>.
- Mestre, J. M., y Fernández-Berrocal, P. (2007). *Manual de inteligencia emocional*. Pirámide.
- Mezulis, A. H., Abramson, L. Y., Hyde, J. S., y Hankin, B. L. (2004). Is there a universal positivity bias in attributions? A meta-analytic review of individual, developmental, and cultural differences in the self-serving attributional bias. *Psychological Bulletin*, 130, 711–747. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.130.5.711>.
- Miao, F. F., Koo, M., y Oishi, S. (2013). Subjective well-being. En S. A. David, I. Boniwell y A. C. Ayers (Eds.), *Oxford Handbook of Happiness* (pp. 174-184). Oxford University Press.
- Michalos, A.C. (1985). Multiple discrepancies theory (MDT). *Social Indicators Research*, 16, 347-413. <https://doi.org/10.1007/BF00333288>.
- Mikolajczak, M., Avalosse, H., Vancorenland, E., Verniest, R., Callens, M., Van Broeck, N., Fantini-Hauwel, C., y Mierop, A. (2015). A nationally representative study of emotional competence and health. *Emotion*, 15(5), 653-667. <https://doi.org/10.1037/emo0000034>.

- Mohzan, M. A. M., Hassan, N., y Halil., N. A. (2013). The Influence of Emotional Intelligence on Academic Achievement. *Social and Behavioral Sciences*, 90, 303-312. <https://doi.org/10.1016/j.sbspro.2013.07.095>.
- Molero, D., Ortega, F., y Moreno, M.R. (2010). Diferencias en la adquisición de competencias emocionales en función del género. *Revista Electrónica De Investigación y Docencia (REID)*, 3, 165-172.
- Mora, P., Arzaiz, A., y DiGiusto, C. (2014). Las diferencias de género en personalidad eficaz en población adulta española. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 5(1),151–158. <https://doi.org/10.17060/ijodaep.2014.n1.v5.657>.
- Moya, M. (2003). El análisis psicosocial del género. En J. F. Morales y C. Huici (Eds.), *Estudios de Psicología Social* (pp. 175-221). UNED.
- Moya, M., Páez, D., Glick, P., Fernández-Sedano, I., y Poeschl, G. (2001). Sexismo, masculinidad – feminidad y factores culturales. *Revista Electrónica de Motivación y Emoción*, 4, 8–9.
- Navarro, R., Larrañaga, E., y Yubero, S. (2016). Gender identity, gender typed personality traits and school bullying: Victims, bullies and bully-victims. *Child Indicators Research*, 9, 1–20. <https://doi.org/10.1007/s12187-015-9300-z>.
- Nelis, D., Kotsou, I., Quoidbach, J., Hansenne, M., Weytens, F., Dupuis, P., y Mikolajczak, M. (2011). Increasing Emotional competence improves psychological and physical well-being, social relationships, and employability. *Emotion*, 11(2), 354-366. <https://doi.org/10.1037/a0021554>.
- Nolen-Hoeksema, S. (1991). Responses to depression and their effects on the duration of depressive episodes. *Journal of Abnormal Psychology*, 100(4), 569–582. <https://doi.org/10.1037/0021-843X.100.4.569>.
- Nolen-Hoeksema S, Wisco BE, y Lyubomirsky S. (2008). Rethinking Rumination. *Perspectives on Psychological Science*, 3(5):400-424. <https://doi.org/10.1111/j.1745-6924.2008.00088.x>
- Nydegger, R. (2004). Gender and mental health: Incidence and treatment issues. En M. A. Paludi (ed.), *Praeger guide to the psychology of gender* (pp. 93–116). Praeger/Greenwood.
- Olmedo-Alguacil, M. M. (2011). Editorial. *Scientia*, 16(2), 62-66.
- Omar, A., Paris, L., Aguiar, M., Almeida, S. H., y Pino, R. (2009). Validación del inventario de bienestar subjetivo con muestras de jóvenes y adolescentes argentinos, brasileros y mexicanos. *Suma Psicológica*, 16(2), 69-84.

- Orth, U., Robins, R., y Widaman, K. F. (2012). Life-span development of self-esteem and its effects on important life outcomes. *Journal of Personality and Social Psychology, 102*, 1271–1288. <http://dx.doi.org/10.1037/a0025558>
- Parducci, A. (1968). The relativism of absolute judgments. *Scientific American, 219*, 84-90.
- Patterson, M. M. (2012). Self-perceived gender typicality, gender-typed attributes, and gender stereotype endorsement in elementary-school-aged children. *Sex Roles, 67*, 422–434. <https://doi.org/10.1007/s11199-012-0184-9>.
- Pauletti, R. E., Menon, M., Cooper, P. J., Aults, C. D., y Perry, D. G. (2017). Psychological androgyny and children's mental health: A new look with new measures. *Sex Roles, 76*(11–12), 705–718. <https://doi.org/10.1007/s11199-016-0627-9>.
- Pavot, W., y Diener, E. (1993). Review of the satisfaction with life scale. *Psychological Assessment 5*(2), 164-172. <https://doi.org/10.1037/1040-3590.5.2.164>.
- Pavot, W., y Diener, E. (2013). Happiness experienced: The science of subjective well-being. En S. A. David, I. Boniwell y A. Conley (Eds), *The Oxford handbook of happiness* (p. 134–151). Oxford University Press.
- Pérez-González, J. C., y Sánchez-Ruiz, M. J. (2014). Trait emotional intelligence anchored within the big five, big two and big one frameworks. *Personality and Individual Differences, 5*, 53–58. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2014.01.021>.
- Pérez-Pérez, N., y Castejón, J. (2005). Diferencias en inteligencia emocional en estudiantes universitarios de distintas titulaciones. En J. R. Martínez, García, R. y Real J. E. (Eds.) *Psicología social y problemas sociales*, (pp. 197-204). Biblioteca nueva.
- Petrides, K.V., y Furnham, A. (2001). Trait emotional intelligence: Psychometric investigation with reference to established trait taxonomies. *European Journal of Personality, 15*(6), 425-448. <https://doi.org/10.1002/per.416>.
- Petrides, K.V., y Furnham, A. (2003). Trait emotional intelligence: Behavioral validation in two studies of emotion recognition and reactivity to mood induction. *European Journal of Personality, 17*(1), 39-57.
- Preacher, K. J., y Hayes, A. F. (2008). Asymptotic and resampling strategies for assessing and comparing indirect effects in multiple mediatio models. *Behavior Research Methods, 40*, 879-891. <https://doi.org/10.3758/BRM.40.3.879>.
- Prislin, R., y Wood, W. (2005). Social influence in attitudes and attitude change. En D. Albarracín, B. T. Johnson, y M. P. Zanna (Eds.), *The handbook of attitudes* (pp. 671–705). Mahwah: Lawrence Erlbaum Assoc.

- Rebollo, M.A. (2010). Perspectivas de género e interculturalidad en la educación para el desarrollo. En *Género en la educación para el desarrollo. Abriendo la mirada a la interculturalidad, pueblos indígenas, soberanía alimentaria, educación para la paz* (pp. 11-32). Universidad del País Vasco. Hegoa. ACSUR.
- Resurrección, D., Ruiz-Aranda, D., y Salguero-Noguera, J.M. (2016). Depresión y adolescencia: un análisis de los factores implicados. En F. Soler., L. Aparicio., L. O. Díaz., E. Escolano, y A. Rodríguez (Eds.), *Inteligencia emocional y bienestar*, (pp. 722-742). Zaragoza: Universidad San Jorge.
- Rey, L., Extremera, N., y Pena, M. (2011). Perceived emotional intelligence, self-esteem and life satisfaction in adolescents. *Psychosocial Intervention*, 20 (2), 227–234. <https://doi.org/10.5093/in2011v20n2a10>.
- Reyna, C., y Brussino, S. (2015). Diferencias de edad y género en comportamiento social, temperamento y regulación emocional en niños argentinos. *Acta Colombiana de Psicología*, 18(2), 51-64. <http://www.dx.doi.org/10.14718/ACP.2015.18.2.5>.
- Ridgeway. (2001). Gender, status, and leadership. *Journal of Social Issues*, 57(4), 637–655. <https://doi.org/10.1111/0022-4537.00233>.
- Robles, R., y Páez, F. (2003). Estudio sobre la traducción al español y las propiedades psicométricas de las Escalas de Afecto Positivo y Negativo (PANAS). *Salud Mental*, 26, 69-75.
- Rocha, T. E. (2009). Desarrollo de la identidad de género desde una perspectiva psico-socio-cultural: Un recorrido conceptual. *Revista Interamericana de Psicología*, 43(2), 250-259.
- Rodríguez-Fernández, A., Ramos-Díaz, E., Ros, I., Fernández-Zabala, A., y Revuelta, L. (2016). Bienestar subjetivo en la adolescencia: el papel de la resiliencia, el autoconcepto y el apoyo social percibido. *Suma Psicológica*, 23, 60–69. <http://dx.doi.org/10.1016/j.sumpsi.2016.02.002>.
- Rojas, M., y Elizondo-Lara, M. (2012). Satisfacción de vida en Costa Rica: un enfoque de dominios de vida. *Latin American Research Review*, 47(1), 78-94. <https://doi.org/10.1353/lar.2012.0019>.
- Salovey, P., Bedell, B., Detweiler, J.B., y Mayer, J. (1999). Coping intelligently: Emotional intelligence and the coping process. En C.R. Snyder (ed.), *Coping: The psychology of what works* (pp. 141-164). University Press.
- Salovey, P., y Mayer, J. D. (1990). Emotional Intelligence. *Imagination, Cognition, And Personality*, 9, 185-211. <https://doi.org/10.2190/DUGG-P24E-52WK-6CDG>.
- Salovey, P., Mayer, J.D., Goldman, S.L., Turvey, C., y Palfai, T.D. (1995). Emotional attention, clarity, and repair: Exploring emotional intelligence using the Trait

- Meta-Mood Scale. En J.W. Pennebaker (ed.), *Emotion, disclosure and health*. (pp. 125-154). American Psychological Association.
- Salovey, P., Rothman, A. J., Detweiler, J. B., y Steward, W. T. (2000). Emotional states and physical health. *American Psychologist*, 55(1), 110. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.55.1.110>.
- Sánchez, M. T., Fernández-Berrocal, P., Montañés, R., y Latorre, J. M. (2008). ¿Es la inteligencia emocional una cuestión de género? Socialización de las competencias emocionales en hombres y mujeres y sus implicaciones. *Revista Electrónica de Investigación Psicoeducativa*, 15(2), 455–474.
- Sánchez, R., Retana, B. E., y Carrasco, E. (2008). Evaluación psicológica del entendimiento emocional: Diferencias y similitudes entre hombres y mujeres. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica*, 26 (2), 193-216.
- Sánchez-Álvarez, N., Extremera, N., y Fernández-Berrocal, P. (2016). The relation between emotional intelligence and subjective wellbeing: A meta-analytic investigation. *Journal of Positive Psychology*, 11(3), 276–285. <https://doi.org/10.1080/17439760.2015.1058968>.
- Sánchez-López, M. T., Megías-Robles, A., Gómez-Leal, R. Gutiérrez-Cobo, M. J., y Fernández-Berrocal, P. (2018). Relación entre la inteligencia emocional percibida y el comportamiento de riesgo en el ámbito de la salud. *Escritos de Psicología*, 11, 115-123.
- Sandín, B. (2003). PANAS positive and negative affect for children and adolescents (PANASN). *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 8(2), 173–182. <https://doi.org/10.5944/rppc.vol.8.num.2.2003.3953>.
- Sandín, B., Chorot, P., Lostao, L., Joiner, T.E., Santed, M.A., y Valiente, R. (1999). Escalas PANAS de afecto positivo y negativo: validación factorial y convergencia transcultural. *Psicothema*, 11, 37-51.
- Schaie, K.W. (2001). Emotional Intelligence: psychometric status and developmental characteristics. *Emotion*, 1 (3), 243-248. <https://doi.org/10.1037/1528-3542.1.3.243>.
- Scheufele, D. A., y Shah, D. V. (2000). Personality strength and social capital: The role of dispositional and informational variables in the production of civic participation. *Communication Research*, 27, 107–131. <https://doi.org/10.1177/009365000027002001>.
- Schimmack, U., Oishi, S., Furr, R. M., y Funder, D. C. (2004). Personality and life satisfaction: A facet-level analysis. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 30, 1062–1075. <https://doi.org/10.1177/0146167204264292>.

- Schmader, T., y Block, K. (2015). Engendering identity: Toward a clearer conceptualization of gender as a social identity. *Sex Roles*, 73, 474–480. <https://doi.org/10.1007/s11199-015-0536-3>.
- Schwarz, N., y Clore, G. L. (1983). Mood, misattribution, and judgments of well-being: Informative and directive functions of affective states. *Journal of Personality and Social Psychology*, 45(3), 513–523. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.45.3.513>.
- Seligson, J. L., Huebner, E. S., y Valois, R. F. (2003). Preliminary validation of the Brief Multidimensional Students' Life Satisfaction Scale (BMSLSS). *Social Indicators Research* 61(2), 121-145. <https://doi.org/10.1023/A:1021326822957>.
- Senik, C. (2015). Gender gaps in subjective well-being. Publication Office of the European Union, European Commission. <https://doi.org/10.2838/670788>.
- Shmotkin, D. (1990). Subjective well-being as a function of age and gender: A multivariate look for differentiated trends. *Social Indicators Research*, 23, 201–230. <https://doi.org/10.1007/BF00293643>.
- Siegling, A. B., Saklofske, D. H., Vesely, A. K., y Nordstokke, D. W. (2012). Relations of emotional intelligence with gender-linked personality: Implications for a refinement of EI constructs. *Personality and Individual Differences*, 52, 776–781. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2012.01.003>.
- Signorella, M. L., Bigler, R. S., y Liben, L. S. (1993). Developmental differences in children's gender schemata about others: A meta-analytic review. *Developmental Review*, 13(2), 147–183. <https://doi.org/10.1006/drev.1993.1007>.
- Sinclair, S., Hardin, C. D., y Lowery, B. S. (2006). Self-stereotyping in the context of multiple social identities. *Journal of Personality and Social Psychology*, 90, 529–542. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.90.4.529>.
- Spence, J. T. (1993). Gender-related traits and gender ideology: Evidence for a multifactorial theory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 64, 624–635. doi:10.1037/0022-3514.64.4.624.
- Spence, J. T., y Helmreich, R. L. (1978). *Masculinity & femininity: Their psychological dimensions, correlates, and antecedents*. University of Texas Press.
- Spence, J. T., Helmreich, R. L., y Holahan, C. K. (1979). Negative and positive components of psychological masculinity and femininity and their relationships to self-reports of neurotic and acting out behaviors. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1673–1682. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.37.10.1673>.
- Spence, J. T., Helmreich, R., y Stapp, J. (1975). Ratings of self and peers on sex role attributes and their relation to self-esteem and conceptions of masculinity and

- femininity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 29–39. <https://doi.org/10.1037/h0076857>.
- Stets, J. E., y Burke, P. J. (2000). Identity theory and social identity theory. *Social Psychology Quarterly*, 63, 224–237. doi:10.2307/2695870.
- Suberviola, I. (2018). Autopercepción del profesorado de los Programas de Currículo Adaptado sobre la formación y designación docente de estas aulas. *Investigación en la escuela*, 94, 63-78.
- Tajfel, H., y Turner, J. (1986). The social identity of intergroup behavior. In W. G. Austin y S. Worchel (Eds.), *The social psychology of intergroup relations* (pp. 7–24). Brooks/Cole.
- Tesch-Römer, C., Motel-Klingebiel, A., y Tomasik, M. J. (2008). Gender differences in subjective well-being: Comparing societies with respect to gender equality. *Social indicators Research*, 85, 329-249. <https://doi.org/10.1007/s11205-007-9133-3>.
- Thayer, J. F., Rossy, L. A., y Ruiz-Padial, E. (2003). Gender differences in the relationships between emotional regulation and depressive symptoms. *Cognitive Therapy and Research*, 27(3), 349-364. <https://doi.org/10.1023/A:1023922618287>.
- Thompson, B., Waltz, J., Croyle, K., y Pepper, A. (2007). Trait meta-mood and affect as predictors of somatic symptoms and life satisfaction. *Personality and Individual Differences*, 43, 1786–1795. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2007.05.017>.
- Thorndike, R. (1920). Intelligence and its issues. *Harper's Magazine*, 140, 227-235.
- Trizano-Hermosilla, I., y Alvarado, J. M. (2016). Best alternatives to Cronbach's alpha reliability in realistic conditions: Congeneric and asymmetrical measurements. *Frontiers in Psychology*, 7, 769. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.00769>.
- Troche, S. J., Weber, N., Hennings, K., Andresen, C. R., y Rammsayer, T. H. (2007). The relationship of digit ratio (“D:4D”) and gender-role orientation in four national samples. *Journal of Individual Differences*, 28, 78–87. <https://doi.org/10.1027/1614-0001.28.2.78>.
- Tsaousis, I., y Kazi, S. (2013). Factorial invariance and latent mean differences of scores on trail emotional intelligence across gender and age. *Personality and Individual Differences*, 54(2), 169–173. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2012.08.016>.
- Twenge, J. M. (1997). Changes in masculine and feminine traits over time: A meta-analysis. *Sex Roles*, 36, 305–325. <https://doi.org/10.1007/BF02766650>.

- Vanassche, S., Swicegood, G., y Matthijs, K. (2013). Marriage and children as a key to happiness? Cross-national differences in the effects of marital status and children on well-being. *Journal of Happiness Studies*, 14(2), 501-524. <http://doi.org/10.1007/s10902-012-9340-8>.
- Vázquez, C., y Hervás, G. (2009). *La ciencia del bienestar: Fundamentos de una Psicología positiva*. Alianza Editorial.
- Vázquez, C., Hervás, G., Rahona, J. J., y Gómez, D. (2009). Bienestar psicológico y salud: Aportaciones desde la Psicología positiva. *Anuario de Psicología Clínica y de la Salud*, 5, 15-28.
- Vázquez, C., y Sanz, J. (1991). *Fiabilidad y validez factorial de la versión española del Inventario de Depresión de Beck*. Comunicación presentada en III Congreso de Evaluación Psicológica.
- Veenhoven, R. (1991). Is happiness relative?. *Social Indicators Research*, 24, 1-34. <https://doi.org/10.1007/BF00292648>.
- Vera-Noriega, J. (2001). Bienestar subjetivo en una muestra de jóvenes universitarios. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 3(1), 11-21.
- Vergara, A. I., y Páez, D. (1993). Revisión teórico – metodológica de los instrumentos para la medición de la identidad de género. *Revista de Psicología Social*, 8, 133–152.
- Vesely, A. K., Siegling, A. B., y Saklofske, D. H. (2013). Gender-linked personality and mental health: The role of trait emotional intelligence. *Personality and Individual Differences*, 54, 221–225. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2012.08.038>.
- Vonk, R., y Ashmore, R. D. (1993). The multifaceted self: Androgyny reassessed by open-ended self-descriptions. *Social Psychology Quarterly*, 56(4), 278–287. <https://doi.org/10.2307/2786664>.
- Walker, S., y Barton, L. (1983). *Gender, class and education*. The Falmer Press.
- Wang, Y. N. (2016). Balanced authenticity predicts optimal well-being: Theoretical conceptualization and empirical development of the authenticity in relationships scale. *Personality and Individual Differences*, 94, 316–323. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2016.02.001>.
- Watson, D., Clark, L.A., y Tellegen, A. (1988). Development and validation of brief measures of positive and negative affect: The PANAS scales. *Journal of Personality and Social Psychology*, 54(6), 1063-1070. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.54.6.1063>.

- White, J. B., y Gardner, W. L. (2009). Think women, think warm: Stereotype content activation in women with a salient gender identity, using a modified Stroop task. *Sex Roles*, *60*, 247–260. doi:10.1007/s11199-008-9526-z.
- Whitley, B. E. (1984). Sex role orientation and psychological well-being: Two meta-analyses. *Sex Roles*, *12*, 207–225. <https://doi.org/10.1007/BF00288048>.
- Whitman, D. S., Van Rooy, D. L., Viswesvaran, C., y Kraus, E. (2009). Testing the second-order factor structure and measurement equivalence of the Wong and law emotional intelligence scale across sex and ethnicity. *Educational and Psychological Measurement*, *69*, 1059–1074. <https://doi.org/10.1177/0013164409344498>.
- Witter, T., Okun, M. A., Stock, W. A., Haring, M. J., y Witter, R. A. (1984). Health and Subjective Well-Being: A Meta-Analysis. *The International journal of aging and human development*, *19*(2), 111-132. <https://doi.org/10.2190/QGJN-0N81-5957-HAQD>.
- World Health Organization (WHO, 2020). *Health 2020. A European policy framework and strategy for the 21st century*. <https://www.euro.who.int/en/publications/abstracts/health-2020-a-european-policy-framework-supporting-action-across-government-and-society-for-health-and-well-being>.
- Wolfram, H., Mohr, G., y Borchert, J. (2009). Gender role self-concept, gender role conflict, and well-being in male primary school teachers. *Sex Roles*, *60*, 114–127. <https://doi.org/10.1007/s11199-008-9493-4>.
- Wood, W., Christensen, P. N., Hebl, M. R., y Rothgerber, H. (1997). Conformity to sex-typed norms, affect, and the self-concept. *Journal of Personality and Social Psychology*, *73*, 523–535. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.73.3.523>.
- Wood, W., y Eagly, A. (2009). Gender identity. En M. R. Leary y R. H. Hoyle (Eds.), *Handbook of individual differences in social behavior* (p. 109–125). The Guilford Press.
- Wood, W., y Eagly, A. (2015). Two traditions of research on gender identity. *Sex Roles*, *73*, 461–473. <https://doi.org/10.1007/s11199-015-0480-2>.
- Woodhill, B. M., y Samuels, C. A. (2003). Positive and negative androgyny and their relationship with psychological health and well-being. *Sex Roles*, *48* (11/12), 555–565. <https://doi.org/10.1023/A:1023531530272>.
- Wunder, C., Wiencierz, A., Schwarze, J., y Helmut, K. (2013). Well-being over life span: Semiparametric evidence from British and German longitudinal data. *The review of economics and statistics*, *95*(1), 154-167. https://doi.org/10.1162/REST_a_00222.

- Yunger, J. L., Carver, P. R., y Perry, D. G. (2004). Does Gender Identity Influence Children's Psychological Well-Being? *Developmental Psychology*, 40(4), 572–582. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.40.4.572>.
- Zajonc, R. B. (1980). Feeling and thinking: Preferences need no inferences. *American Psychologist*, 35(2), 151–175. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.35.2.151>.
- Zeidner, M., Matthews, G., y Roberts, R. D. (2012). The emotional intelligence, health, and well-being nexus: What have we learned and what have we missed? *Applied Psychology. Health and Well-Being*, 4(1–30), 1–30. <https://doi.org/10.1111/j.1758-0854.2011.01062.x>.

ANEXOS

ANEXO 1

Escala de Satisfacción Vital (SWLS; Atienza, Balaguer y García-Mérita, 2000; versión original de Diener, Emmons, Larsen y Griffin, 1985).

SWLS

A continuación, hay cinco afirmaciones con las cuales puedes estar de acuerdo o en desacuerdo. Lee cada una de ellas y después selecciona la respuesta que mejor describe en qué grado estás de acuerdo o en desacuerdo					
1= Totalmente en desacuerdo; 2= En desacuerdo; 3=Neutro;					
4= De acuerdo; 5= Totalmente de acuerdo					
1. En la mayoría de las cosas, mi vida se acerca a mi ideal	1	2	3	4	5
2. Las condiciones de mi vida son excelentes	1	2	3	4	5
3. Estoy satisfecha con mi vida	1	2	3	4	5
4. Hasta ahora, he conseguido las cosas que para mí son importantes en la vida	1	2	3	4	5
5. Si volviese a nacer, no cambiaría casi nada de mi vida	1	2	3	4	5

ANEXO 2

Escala de afecto positivo y negativo para niños/as y adolescentes (PANASN; Sandín, 2003; versión original de Watson, Clark y Tellegen, 1988)

PANASN

A continuación, se indican algunas frases que los chicos y chicas utilizan para describirse a sí mismos. Marca en el espacio correspondiente una de las tres alternativas			
1 (Nunca o casi nunca)	2 (A veces)	3 (Muchas veces)	
1. Me intereso por la gente o las cosas	1	2	3
2. Me siento tenso/a, agobiado/a, con sensación de estrés	1	2	3
3. Soy una persona animada, suelo emocionarme	1	2	3
4. Me siento disgustado/a o molesto/a	1	2	3
5. Siento que tengo vitalidad o energía	1	2	3
6. Me siento culpable	1	2	3
7. Soy un chico/a asustadizo/a	1	2	3
8. Estoy enfadado/a o furioso/a	1	2	3
9. Me entusiasmo (por cosas, personas, etc.)	1	2	3
10. Me siento orgulloso/a (de algo), satisfecho/a	1	2	3
11. Tengo mal humor (me altero o irrito)	1	2	3
12. Soy un chico/a despierto/a, “despabilado/a”	1	2	3
13. Soy vergonzoso/a	1	2	3
14. Me siento inspirado/a	1	2	3
15. Me siento nervioso/a	1	2	3
16. Soy un chico/a decidido/a	1	2	3
17. Soy una persona atenta, esmerada	1	2	3
18. Siento sensaciones corporales de estar intranquilo/a o preocupado/a	1	2	3
19. Soy un chico/a activo/a	1	2	3
20. Siento miedo	1	2	3

ANEXO 3

Identidad de género en adolescentes. Versión original (GRI-JUG; Krahé, Berger y Möller, 2007)

GRI-JUG. Versión original

Indica hasta qué punto te describe cada uno de estos adjetivos en sentido general					
	1	2	3	4	5
	Nada	Algo	Bastante	Mucho	Totalmente
Gracioso/a					
Desordenado/a					
Romántico					
*Vanidoso/a					
Fuerte físicamente					
Perezoso/a					
Simpático/a					
Rencoroso/a					
Valiente					
Chulo/a**					
Comprensivo/a					
Mentiroso/a					
Deportista					
Buscar peleas y disfrutar con ellas					
Sentimental					
Actuar con mala intención					
Sociable					
Agresivo/a					
Trabajador/a					
Chismoso/a					

*Vanidoso: que se muestra excesivamente orgulloso de sus propios actos y cualidades.

Sinónimos: engreído, presuntuoso, arrogante. Antónimos: Humilde, modesto y sencillo.

**Chulo/a: que habla y/o actúa con chulería. Sinónimos: fanfarrón/a, orgulloso/a, engreído/a, altivo/a, creído/a gallito/a, molón. Antónimos: modesto/a y sencillo/a.

ANEXO 4

Identidad de género en adolescentes. Versión española (GRI-JUG-SP15; Martínez-Marín y Martínez, 2019a)

GRI-JUG-SP15. Versión española

Indica hasta qué punto te describe cada uno de estos adjetivos en sentido general					
	1	2	3	4	5
	Nada	Algo	Bastante	Mucho	Totalmente
Desordenado/a					
Romántico/a					
Fuerte físicamente					
Perezoso/a					
Simpático/a					
Valiente					
Chulo/a*					
Comprensivo/a					
Mentiroso/a					
Deportista					
Buscar peleas y disfrutar con ellas					
Sentimental					
Actuar con mala intención					
Agresivo/a					
Chismoso/a					

***Chulo/a**: que habla y/o actúa con chulería. Sinónimos: fanfarrón/a, orgulloso/a, engreído/a, altivo/a, creído/a gallito/a, molón. Antónimos: modesto/a y sencillo/a.

ANEXO 5

Identidad de género en adultos. Versión original. (PN-SRI; Berger y Krahe, 2013)

PN-SRI. Versión original

Seleccione una sola respuesta para cada uno de los siguientes ítems para indicar hasta qué punto le describe cada uno de los siguientes adjetivos en sentido general, donde 1 corresponde a *nada característico de mí* y 5 *totalmente característico de mí*.

	1 Nada	2 Algo	3 Bastante	4 Muy	5 Totalmente
Analítico/a					
Arrogante					
Emocional					
Ansioso/a					
Lógico/a					
Presuntuoso/a					
Empático/a					
Desorientado/a					
Objetivo/a					
Seco/a					
Cariñoso/a					
Ingenuo/a					
Práctico/a					
Desconsiderado/a					
Pasional					
Cauteloso/a					
Racional					
Ostentoso/a					
Sensible					
Hipersensible					
Resolutivo/a					
Ambicioso/a					
Tierno/a					
Dubitativo/a					

ANEXO 6

Identidad de género en adultos. Versión española ((PN-SRI-SP15; Martínez-Marín, Martínez y Paterna, 2020)

PN-SRI-SP15. Versión española

Seleccione una sola respuesta para cada uno de los siguientes adjetivos, para indicar hasta qué punto le describe cada uno de ellos en sentido general, donde 1 corresponde a *nada característico de mí* y 5 *totalmente característico de mí*.

	1 Nada característico	2 Algo característico	3 Bastante característico	4 Muy característico	5 Totalmente característico
Analítico/a					
Arrogante					
Emocional					
Lógico/a					
Presuntuoso/a					
Objetivo/a					
Seco/a					
Cariñoso/a					
Ingenuo/a					
Práctico/a					
Pasional					
Cauteloso/a					
Racional					
Ostentoso/a					
Sensible					
Hipersensible					
Resolutivo/a					
Ambicioso/a					
Tierno/a					
Dubitativo/a					

ANEXO 7

Valencia, tipicidad y deseabilidad de los atributos de identidad de género en adolescentes para chicos

Clasifica como positivo o negativo los siguientes adjetivos en general			Los <u>chicos</u> en nuestra sociedad son...				
	-	+	1 Nada	2 Algo	3 Bastante	4 Mucho	5 Totalmente
Gracioso/a							
Desordenado/a							
Romántico/a							
*Vanidoso/a							
Fuerte							
Perezoso/a							
Simpático/a							
Rencoroso/a							
Valiente							
*Chulo/a							
Comprensivo/a							
Mentiroso/a							
Deportista							
Buscar peleas y disfrutar							
Sentimental							
Actuar con mala intención							
Sociable							
Agresivo/a							
Trabajador/a							
Chismoso/a							

La gente piensa que para un <u>chico</u> ...					
	Muy negativo --	Negativo -	Neutro 0	Positivo +	Muy positivo ++
Ser gracioso es					
Ser desordenado es					
Ser romántico es					
*Ser vanidoso es					
Ser fuerte es					
Ser perezoso es					
Ser simpático es					
Ser rencoroso es					
Ser valiente es					
**Ser chulo es					
Ser comprensivo es					
Ser mentiroso es					
Ser deportista es					
Buscar peleas y disfrutar es					
Ser sentimental es					
Actuar con mala intención es					
Ser sociable es					
Ser agresivo es					
Ser trabajador es					
Ser chismoso es					

*Vanidoso: que se muestra excesivamente orgulloso de sus propios actos y cualidades.

Sinónimos: engreído, presuntuoso, arrogante. Antónimos: Humilde, modesto y sencillo.

**Chulo: que habla y/o actúa con chulería. Sinónimos: fanfarrón/a, orgulloso/a, engreído/a, altivo/a, creído/a gallito/a, molón. Antónimos: modesto/a y sencillo/a.

Valencia, tipicalidad y deseabilidad de los atributos de identidad de género en adolescentes para chicas

Clasifica como positivo o negativo los siguientes adjetivos en general			Las <u>chicas</u> en nuestra sociedad son...				
	-	+	1 Nada	2 Algo	3 Bastante	4 Mucho	5 Totalmente
Gracioso/a							
Desordenado/a							
Romántico/a							
* Vanidoso/a							
Fuerte							
Perezoso/a							
Simpático/a							
Rencoroso/a							
Valiente							
**Chulo/a							
Comprensivo/a							
Mentiroso/a							
Deportista							
Buscar peleas y disfrutar							
Sentimental							
Actuar con mala intención							
Sociable							
Agresivo/a							
Trabajador/a							
Chismoso/a							

La gente piensa que para una chica ...

	Muy negativo --	Negativo -	Neutro 0	Positivo +	Muy positivo ++
Ser graciosa es					
Ser desordenada es					
Ser romántica es					
*Ser vanidosa es					
Ser fuerte es					
Ser perezosa es					
Ser simpática es					
Ser rencorosa es					
Ser valiente es					
**Ser chula es					
Ser comprensiva es					
Ser mentirosa es					
Ser deportista es					
Buscar peleas y disfrutar es					
Ser sentimental es					
Actuar con mala intención es					
Ser sociable es					
Ser agresiva es					
Ser trabajadora es					
Ser chismosa es					

*Vanidosa: que se muestra excesivamente orgulloso de sus propios actos y cualidades.

Sinónimos: engreído, presuntuoso, arrogante. Antónimos: Humilde, modesto y sencillo.

**Chula: que habla y/o actúa con chulería. Sinónimos: fanfarrona, orgullosa, engreída, altiva, creída, gallita, molona. Antónimos: modesta y sencilla.

ANEXO 8

Inteligencia emocional. (TTMMS-24; Fernández-Berrocal, Extremera y Ramos, 2004).

TMMS-24

A continuación, encontrará algunas afirmaciones sobre sus emociones y sentimientos. Lea atentamente cada frase e indique por favor el grado de acuerdo o desacuerdo con respecto a las mismas. No hay respuestas correctas o incorrectas, ni buenas o malas.

1	2	3	4	5
Nada de Acuerdo	Algo de Acuerdo	Bastante de Acuerdo	Muy de Acuerdo	Totalmente de Acuerdo

1.	Presto mucha atención a los sentimientos.	1	2	3	4	5
2.	Normalmente me preocupo mucho por lo que siento.	1	2	3	4	5
3.	Normalmente dedico tiempo a pensar en mis emociones.	1	2	3	4	5
4.	Pienso que merece la pena prestar atención a mis emociones y estado de ánimo	1	2	3	4	5
5.	Dejo que mis sentimientos afecten a mis pensamientos	1	2	3	4	5
6.	Pienso en mi estado de ánimo constantemente.	1	2	3	4	5
7.	A menudo pienso en mis sentimientos.	1	2	3	4	5
8.	Presto mucha atención a cómo me siento.	1	2	3	4	5
9.	Tengo claros mis sentimientos.	1	2	3	4	5
10.	Frecuentemente puedo definir mis sentimientos.	1	2	3	4	5
11.	Casi siempre sé cómo me siento.	1	2	3	4	5
12.	Normalmente conozco mis sentimientos sobre las personas.	1	2	3	4	5
13.	A menudo me doy cuenta de mis sentimientos en diferentes situaciones.	1	2	3	4	5
14.	Siempre puedo decir cómo me siento.	1	2	3	4	5
15.	A veces puedo decir cuáles son mis emociones.	1	2	3	4	5
16.	Puedo llegar a comprender mis sentimientos.	1	2	3	4	5
17.	Aunque a veces me siento triste, suelo tener una visión optimista.	1	2	3	4	5
18.	Aunque me sienta mal, procuro pensar en cosas agradables.	1	2	3	4	5
19.	Cuando estoy triste, pienso en todos los placeres de la vida.	1	2	3	4	5
20.	Intento tener pensamientos positivos aunque me sienta mal.	1	2	3	4	5
21.	Si doy demasiadas vueltas a las cosas, complicándolas, trato de calmarme	1	2	3	4	5
22.	Me preocupo por tener un buen estado de ánimo.	1	2	3	4	5
23.	Tengo mucha energía cuando me siento feliz.	1	2	3	4	5
24.	Cuando estoy enfadado intento cambiar mi estado de ánimo.	1	2	3	4	5